

nueva nueva
politica politica
nueva nueva
politica politica
nueva nueva
politica politica
nueva nueva
politica politica
nueva nueva
politica politica
nueva nueva
politica politica
nueva nueva
politica politica
nueva nueva
politica politica

- SOCIALISMO Y NACION
Juan Carlos Portantiero
- HORA CERO DE LA
IZQUIERDA
Organización Política y
Fuerza Revolucionaria
Ismáel Viñas
- EL NUEVO IMPERIALISMO
Hamza Alavi
- JUEGOS DE GUERRA
Rodolfo Walsh
- CONCENTRACION
MONOPOLISTA
E HISTORIA INDUSTRIAL
Susana Fiorito
José G. Vazailles
Ismael Viñas

nueva politica

Año 1

Nº 1

Diciembre de 1965

Publicación de

I. D. E. A.

Instituto de
Estudios Argentinos

- SOCIALISMO Y NACION

Juan Carlos Portantiero

- HORA CERO DE LA
IZQUIERDA

Organización Política y
Fuerza Revolucionaria

Ismael Viñas

- EL NUEVO IMPERIALISMO

Hamza Alavi

- JUEGOS DE GUERRA

Rodolfo Walsh

- CONCENTRACION
MONOPOLISTA

HISTORIA INDUSTRIAL

*Susana Fiorito
José G. Vazeilles
Ismael Viñas*

La tradición de la izquierda argentina está tan cargada de elementos negativos, que la propia palabra "izquierda", ha llegado a ser puesta en tela de juicio. Y, sin embargo, existe un pensamiento de izquierda, una actitud, una acción de izquierda.

Lo que ocurre es que los partidos tradicionales que durante más de medio siglo monopolizaron la representación "de la izquierda", se comportan de tal modo que, no podemos asumir lo que ellos dan como imagen de una izquierda que sea tal, y no el uso abusivo de una palabra.

A partir de 1945, y aún más en los últimos años, el intento de una nueva praxis de izquierda, va acompañada, naturalmente, de una empeñada (a veces hasta desbordada) crítica y autocrítica. Hasta tal punto, que esa actitud ha oscurecido en buena medida, y cada vez más, la importancia de la discusión de los problemas que plantea una eficaz acción revolucionaria dirigida a la transformación de nuestra sociedad.

Los problemas principales que plantea la situación nacional pueden tal vez reducirse a:

¿Cuál es el camino real de la revolución: el internacional, tal como aparece en los clásicos, o lo que ahora se presenta como "caminos nacionales" de la revolución socialista?

¿Cuál es el papel de la burguesía en los países dependientes al actual nivel de la situación internacional?

¿Cuáles son vuestras "clases revolucionarias", entre las clases populares?

¿Cuál es el instrumento más eficaz para la realización de la revolución; cuáles son las formas operativas y organizativas más eficaces para la lucha revolucionaria?

Referido a nuestro país eso se traduce principalmente en la preocupación sobre el papel del peronismo, la tarea de la izquierda en relación con el mismo, la construcción del "partido revolucionario", los modos tácticos más aptos para enfrentar el poder burgués. Y, debajo de todo eso, fundamentándolo ¿cómo nacionalizar realmente nuestra revolución?

NUEVA POLITICA no pretende el monopolio de esa discusión, pretende, sí, contribuir a la misma, a que se profundice y alcance toda la fertilidad que lleva en sí. Para eso, no siendo una revista partidaria, sino una revista de coincidencias a partir de una perspectiva nacionalista, revolucionaria, y socialista, abre sus páginas a todos aquellos que la comparten, como medio efectivo de cumplir aquella tarea.

JUAN CARLOS PORTANTIERO

SOCIALISMO Y NACION

I

Si tuviera que resumir el saldo más estimulante para nosotros de la dilatada polémica entre chinos y soviéticos (tan impregnada de **ideología** y de **justificaciones nacionales**), elegiría uno, aportado por los comunistas chinos, que, de alguna manera refuerza el cambio de perspectiva para un análisis revolucionario del mundo de hoy: la aseveración de que el centro de la revolución mundial, entendida ésta como un progresivo ensanchamiento de las áreas de conflicto entre dominadores y dominados, pasa hoy por los países coloniales y dependientes, por ese universo periférico que durante siglos viviera desplazado de todo papel protagónico en la historia mundial.

A partir de esta suposición pueden construirse las hipótesis más generales para explicar el carácter cada vez más pluritemporal del mundo contemporáneo. Ya la marcha de los pueblos no pasa más —en lo decisivo— por el meridiano europeo. Incluso si una guerra mundial llegara a estallar (y ella será, evidentemente, una guerra entre sistemas más que una guerra entre naciones) los detonantes habrán de estar, seguramente, en el mundo colonial o dependiente y sus causas más inmediatas —aun cuando después, al universalizarse, se articularán con otras, complejizándose— formarán parte de una secuencia histórica que no se detiene: la liberación de los pueblos sometidos al imperialismo.

Creo que estas consideraciones que parecen obvias, pues basta la lectura de los diarios para advertir dónde se hallan los focos de los conflictos que sacuden al mundo entero, no siempre son asumidas por los argentinos de cualquier ubicación social o posición ideológica, de cualquier nivel profesional, como algo que atañe a su propia historia, en tanto personas y como comunidad. Hemos sido conformados de tal modo en el extrañamiento de lo que pudiera ser nuestra personalidad de "colonizados", que nada más lejos de la percepción inmediata, incluida la de los intelectuales, que nuestra dependencia y, sobre todo, **nuestra participación en un mundo dependiente**. (La dependencia, en todo caso, es sentida por nuestras capas medias y, en proyección, por nuestro "sentido común", como frustración por no gozar de posibilidades materiales para colocar nuestros modos de vida, cada vez más estancados —y no sólo en sentido material— a la altura de nuestros "hábitos evolucionados", pero jamás como condición estructural de su existencia).

No cabría, ahora, determinar las razones de ese marginamiento, que, sin embargo explicarían mejor que ningún otro punto de partida la configuración "consumidora" de nuestras élites intelectuales y/o políticas. Ninguna praxis política supone una participación tan privilegiada de una sólida conciencia crítica como la revolucionaria. Pienso —corriendo el riesgo de ser acusado de insistir en lo que parece el vicio más notorio de la izquierda argentina: su retoricismo— que la causa de la distancia que ha separado —y separa— a esas izquierdas de la realidad concreta de las masas populares argentinas, es la carencia, sobre todo, de una elaboración crítica correcta frente a esa realidad. Resulta difícil hacer comprensible para el exterior los motivos por los cuales la "izquierda" argentina, pese a su antigüedad y pese a las características propicias que para su desarrollo brindó y brinda la estructura económica, social y política, sigue estando tan marginada de la vida cotidiana del pueblo. Ideológicamente hemos sido coetáneos de todas las experiencias y de todas las discusiones del socialismo europeo. El sindicalismo, el anarquismo y el socialismo reformista conocieron su auge local paralelamente al que tuvieron en los países centrales. El leninismo es un proyecto político que tiende a expresarse como formulación en la Argentina, en el mismo momento de la Revolución Rusa; stalinismo y trotskismo son discutidos aquí con similar puntualidad que en Europa. Pero todo ello no sirvió para mucho: el primer gran movimiento de masas del siglo (el yrigoyenismo) barrió con el socialismo y el anarquismo; el segundo (el peronismo) paralizó y, en cierto sentido, liquidó políticamente al comunismo.

Eso no es lo más grave: la conclusión más desoladora que debe sacarse es que cada gran irrupción de las masas argentinas se hizo con símbolos no sólo distintos, sino también opuestos a los que proponía la "izquierda". Los intelectuales y/o políticos de "izquierda", que se manifestaban continuadores de la tradición liberal del siglo pasado, fundada por sus antepasados como lucha entre "civilización y barbarie", resultaron, efectivamente, epígonos de todas aquellas frustraciones que marcaran un hiato insalvable entre élites modernistas y masa, durante la primera etapa de configuración de la comunidad nacional. De tal modo, la historia de los intelectuales argentinos (y dentro de ella cabe, preponderantemente, la de los grupos políticos de "izquierda", pues la actividad de éstos es una clase especial, colectivizada, de la experiencia crítica) sigue líneas paralelas a la historia del pueblo-nación: no se entrecruza nunca con ella, y siempre la conciencia del movimiento de masas ha sido proyectada a éste por intelectuales de tipo "tradicional".

Plantear este prerequisite de "teoría" como necesidad imperativa para una participación de los intelectuales y/o políticos de "izquierda" en la praxis del pueblo-nación es —decía más arriba— correr el riesgo de ser señalado como cómplice de las efusiones verbalistas y simbólicas que marcan todo el pasado de esa "izquierda". Hay una humorada, bastante trágica por cierto, que en nombre de una lucha interna por la desalienación de las izquierdas circula insistentemente: En la Argentina —se afirma— los izquierdistas han escrito ya lo suficiente, no para fundamentar una revolución sino para hacer, por lo menos, dos revoluciones. La conclusión es obvia: aquí es menester pasar a una inmediata y audaz instrumentación de la acción frontal contra el sistema. ¿Es ello realmente así?

II

Creemos que no, pero la aclaración del por qué requiere suficiente afinamiento, a fin de que la posibilidad de caer en una retórica vacía no se transforme en perspectiva inevitable. Una acción frontal contra un sistema de opresión, o da por supuesto, o da por innecesario, en un principio, el vínculo estrecho entre la vanguardia de esa acción y el resto del pueblo. Si damos por supuesta esa vinculación, ello significa que todas las tareas previas han sido ya maduradas: que la organización revolucionaria existe, que se ha extendido capilarmente en el pueblo, que ha educado cuadros

en aquellos lugares decisivos en los que la acción frontal debe encontrar encadenamiento, etc. Si la vanguardia, en cambio, da esa vinculación como innecesaria en un primer momento, es porque supone que existen en el pueblo, acumulados, todos los prerrequisitos para la construcción de una fuerza revolucionaria coherente y que el desencadenamiento de la acción, por su mero efecto, habrá de servir como catalizador para quebrar la inercia que impedía la puesta en marcha de la revolución. Esto implica la creencia en que el grado de fusión de las masas con el sistema (al menos en lo que hace a aquellos puntos que la vanguardia levanta como sus banderas fundamentales) es ya tan bajo, que ante la mera presencia de una fuerza que desate en algún lugar la acción frontal, todos los supuestos para una operación revolucionaria integral —organización, extensión de la misma a varios niveles, profundización a través de cuadros que sirvan de correa de transmisión entre la vanguardia y la masa, etc.— habrán de darse sucesivamente, en un plazo más o menos breve.

Hay momentos, ciertamente, en que no pasar a la acción frontal puede imputarse a academicismo, bizantinismo u oportunismo, pero hay otros, en cambio, (y podrían acumularse muchos ejemplos al respecto, aquí y en otras sociedades) en que plantearse esa lucha frontal como actual no es más que voluntarismo. La diferencia se establece no en función de los deseos sino en función de las relaciones de fuerza, categoría que, a pesar de todo, sigue siendo la fundamental en política, cuando ésta equivale a conocimiento y transformación de la realidad. Estudiar las relaciones de fuerza tal como ellas se dan en toda su complejidad, es la operación primera, la base de toda praxis política.

Sin embargo, existe un aspecto local de la experiencia de nuestras "izquierdas" para el cual la humorada acerca de la acumulación de saber simbólico tiene validez: se trata de ese tipo de discusiones que, efectivamente, han monopolizado desde hace cuarenta años la atención de los marxistas. La erudición que los marxistas argentinos poseen sobre las revoluciones soviética o china y sobre las polémicas entre Stalin y Trotzki; la capacidad de reproducir a propósito de cualquier problema local alguna cita de Marx o Engels, de Lenin o Trotzki, de Stalin o Mao Tse Tung, es notable. Si las clases medias argentinas son típicas consumidoras de la moda extranjera y no productoras activas de sus hábitos de vida y de pensamiento, esto también ha sucedido en aquellos sectores de esas capas medias que han tratado de acercarse a "la comprensión del movimiento histórico en su conjunto", que han procurado concebirse como intelectuales "orgánicos" de la revolución.

Pero el problema no puede ser solamente un motivo de contemplación quejosa: si la izquierda argentina es libresca; si sus intelectuales se han sensibilizado mucho más que por otra cosa por la guerra civil española o por el antifascismo; si sus políticos, envueltos en el cosmopolitismo de las polémicas prestigiosas que se desarrollaban en otros centros, han cerrado los ojos y no han entendido los movimientos de masas más importantes del siglo, todo ello, además de medir una constante estructural en la conformación de las capas medias en la Argentina, tiene una explicación histórica, una explicación sociológica, una explicación política. Vale decir, que el examen de todo ello forma parte —si se quiere superar la situación y no solo desdeñarla— de la necesidad de elaborar una conciencia crítica e histórica de la que la izquierda ha carecido. Y esa elaboración, nos guste o no a quienes vemos pasar las hojas del almanaque con la velocidad de un segundero, es una labor también teórica, aunque cada vez más la presión de los hechos haga imperiosa su ligazón con la práctica.

Pienso que sería injusto suponer que si en la década del 20 la izquierda no entendió al yrigoyenismo y se marginó de la historia real del pueblo, y en la década del 40 no entendió que estaba naciendo, aquí en la Argentina, un reflejo particular y aún "prematuro" de la pugna de las sociedades dependientes que hoy englobamos dentro de la categoría de "Tercer Mundo"; si la izquierda, en fin, perdió en los momentos decisivos sus posibilidades de nacionalizarse, de situarse en la historia del pueblo-nación, sería simplista suponer que así sucedió porque le faltó coraje, decisión o audacia. Ello sucedió porque, espontáneamente, la izquierda de un país no es más que la imagen (en algunos casos inversamente reflejada, en otros ni siquiera eso) de ese país; pues si no todo el pensamiento de derecha es igual en el mundo, si ese pensamiento de derecha necesita ser explicado a través de su endogénesis y no solo por los universales de clase que defiende a escala mundial, lo mismo tenemos que hacer con el pensamiento de izquierda. Uno de los equívocos del "internacionalismo", cuando éste no es otra cosa que cosmopolitismo, consiste en reducir la comprensión de los factores nacionales a categorías universales, y así como el país y la sociedad es "explicado" con ese método, la propia izquierda se explica a sí misma ubicándose dentro de esas categorías. A partir de allí, la teoría, la discusión, se transforma en retórica, en colección de frases vacías, en erudición académica.

De esa teoría y de esa discusión renegamos.

Ninguna discusión tiene sentido si no está dirigida a construir sobre la realidad **tal como ella se da**, para a partir de allí modificarla. Evidentemente, la revolución argentina, las formas concretas que en nuestro país ella asumirá está ligada —lo quiera o no, lo sepa o no— a antecedentes cercanos y remotos: vivimos una época cuyo contenido fundamental es el paso del capitalismo al socialismo y de esa disyuntiva nadie escapa, pues la sociedad no plantea metas intermedias entre ambos sistemas, salvo como fase de transición. Pero vivimos ese conflicto desde una perspectiva particular: nuestro escenario no es el universo, sino una totalidad concreta del mismo, la que abarca a los pueblos sometidos a la explotación imperialista, aunque los grados alcanzados en una escala de desarrollo capitalista nos hagan suponer que, cualitativamente, hemos superado esa totalidad para insertarnos en otra.

En la realidad histórica la contradicción mundial entre capitalismo y socialismo, crea corrientes particulares, tradiciones ideológicas complejas, caminos de lucha diversos que solo admiten ser universalizados por vía de la síntesis entre cada experiencia regional o nacional, concebida como acontecimiento único e irrepetible. Como la historia, para un revolucionario, es un proceso de participación y no un espectáculo, asumir la particularidad supone la única manera de insertarse activamente en ella. Lo demás es consumo. Por no haber sabido elaborar esa particularidad, por haber sacrificado su originalidad a la infructuosa traducción de modelos, la izquierda argentina ha vivido ajena a la historia.

Y no creemos que el problema se salve reemplazando mecánicamente un modelo por otro, una retórica, pacifista, conciliadora, gastada, por otra retórica más agresiva o beligerante. Me refiero, claro está, a quienes en la actualidad son incapaces de asumir **críticamente**, p. e., el enfrentamiento de los comunistas chinos con los soviéticos y que en lugar de intentar sintetizar para un nivel particular (el de la revolución argentina) los aportes que un plano de generalidad han producido los chinos, los aceptan **in toto**, sin beneficio de inventario, aún cuando éstos supongan aberraciones tales como la de postular una lucha primitiva contra el "revisionismo" en la que se le otorga primer plano a la resurrección del stalinismo, como si fuera éste un eficaz punto de partida para ampliar la riqueza del marxismo creador y no todo lo contrario, tal cual es en la realidad.

Aquí y en las antipodas, el triunfo de la revolución es un problema de conciencia y no de necesidad; de libertad y no de espon-

taneidad. La creencia en la catástrofe final del imperialismo o del capitalismo o, siquiera, de un gobierno burgués equis, no ha ayudado en parte alguna a consolidar los objetivos del cambio revolucionario del poder. Cuando más articulada sea una sociedad y más complejas las fuerzas que actúan en su interior, menos apocalíptica puede ser la visión del revolucionario. La necesidad de la existencia de un centro autónomo de elaboración y decisión políticas —sea él un partido, sea un movimiento— sigue siendo el eje fundamental de todo acceso al poder de las nuevas clases. El grado de desarrollo que este centro tenga, será lo que determine la índole de las tareas asumidas, entendida esta relación no como meramente causal sino interactuada. Toda discusión realista debe empezar por allí, ya que los prerequisites de la acción política son de un nivel mucho más concreto, obligadamente, que los que exige la discusión ideológica acerca de las tendencias en la sociedad global y acerca de las tácticas que le den organicidad al nuevo bloque histórico que será agente y titular del cambio.

Pensamos que ese centro dirigente no existe sino en esbozos, pero, al mismo tiempo constatamos que las viejas estructuras de poder comienzan a estallar a todos los niveles. No nos referimos solamente a las formas **legítimas** con que las clases dominantes se han expresado hasta ahora: partidos burgueses, fuerzas armadas, organismos constitucionales, etc. (Aún la Iglesia Católica puede estar incluida en esta nómina de instituciones en las que se refleja el grado creciente de la lucha de clases). Pensamos también en las formas **ilegítimas**, es decir, aquellas que aparentando representar intereses opuestos, se hallan en realidad integradas como contrapeso **en el sistema**: sindicalismo burocrático, burocracias políticas de "izquierda" o populista, etc. Todos los conflictos que en esos niveles organizativos se desarrollan más o menos abiertamente desde 1955, forman parte de la protohistoria de la nueva fuerza política, del nuevo movimiento nacional revolucionario. Pero ninguno de ellos es para el mismo, condición suficiente: ni lo que suceda aisladamente dentro del peronismo; ni lo que suceda en la nueva izquierda, dificultada en su ligazón con las masas; ni tampoco lo que suceda en el PC, carcomido por deserciones y frenado en su marcha por un grupo dirigente cristalizado, impermeable a todo intento de cambio interno, de abajo hacia arriba, aunque fuera de tipo "transformista".

Esta fragmentación del viejo poder da lugar al nacimiento de tendencias centrifugas, cuyas divisiones entre sí, derivan, en muchos casos, de enfrentamientos o desconfianzas interpersonales o de abstractas disputas teóricas. En ciertas sociedades, este proceso de atomización es solamente detenido a través del liderazgo que uno de los grupos es capaz de proponer en la acción y que los demás acatan.

IV

Tal no parece ser el caso argentino, al menos por el momento. Esa potencialidad la tuvo (y la sigue teniendo, de forma cuantitativa) el peronismo, pero su misma heterogeneidad, **reflejo de la aguda lucha de clases que se desarrolla en su seno**, ha impedido y probablemente seguirá impidiéndolo, que **unitariamente** juegue ese papel.

La complejidad de la sociedad argentina, el carácter combinado que asumió su desarrollo capitalista, rechaza, aparentemente, la posibilidad de que se constituya un foco de atracción, único y subitáneo, que sea precipitante político de un proceso revolucionario total, al estilo ya clásico de los movimientos sociales del Tercer Mundo. Lo que en el "caso argentino" podemos llamar experiencia de clase del proletariado (y de las demás capas populares que ingresan en el nuevo bloque histórico), es la síntesis de un diversificado entrecruzamiento de antecedentes objetivos y antecedentes ideales, cada uno con su peculiar historia, al que es muy difícil aprisionar en una línea tendencial de características unívocas.

El centro de unificación autónomo, elaborador y organizador de la praxis política de las masas ("partido" o "movimiento"), necesario para conducir la etapa decisiva de la revolución, debe ser capaz de sintetizar creadoramente todas las contradicciones que el crecimiento combinado de la sociedad argentina ha ido fijando. Esas contradicciones expresan la particularidad concreta del "caso argentino" (y por lo tanto de sus tendencias posibles de desarrollo revolucionario) dentro de una configuración más inclusiva que es la del Tercer Mundo y que abarca a todas aquellas sociedades excéntricas cuyo estancamiento ha influido decisivamente en el acelerado desarrollo de las potencias centrales, desde la etapa de la expansión comercial hasta la del imperialismo financiero.

Dicho Tercer Mundo no supone, por cierto, una configuración indiferenciada, sino que se escala en una serie de grados de desarrollo en los que, partiendo de sociedades que aún no han superado totalmente la organización tribal —como el Congo o Nigeria—, llega a otras, entre las que preponderantemente se ubica la Argentina, caracterizadas por un estancamiento de sus fuerzas productivas, ahogadas al llegar a cierto nivel de crecimiento, imposible de superar sin una ruptura violenta de su sumisión al imperialismo.

Una sociedad abarcada por el Tercer Mundo, a raíz de las características estructurales de su dependencia frente a los centros mundiales de dominación; a raíz del peso del tradicionalismo rural en un vasto "hinterland", pero en la cual el eje del proceso de cambios (y no sólo como tendencia histórica sino en cuanto a participación

real, política) habrá de ser necesariamente el proletariado industrial: tal la característica fundamental de la Argentina que deberá ser asumida por quienes aspiren a un desarrollo de la revolución.

Estas características objetivas que el desarrollo del capitalismo bajo formas combinadas ha provocado en la configuración de la estructura económico y social, deben ser completadas por otras, de tipo ideal, que definen la experiencia de clase de cada uno de los grupos sociales integrantes del nuevo bloque histórico (proletariado urbano y rural; capas medias rurales; capas medias dependientes urbanas e intelectualidad revolucionaria) y que para la dinámica del cambio social tienen importancia equivalente con la de los datos que provee la estructura. Todas estas constelaciones de tipo ideológico, moral, actitudinal, etc. tienen una importancia fundamental, en efecto, para el planeamiento de la acción política y para el examen de las relaciones de fuerzas reales, no sólo desde la perspectiva de los datos objetivos sino desde la perspectiva de los actores: el hecho de que la mayoría del proletariado industrial y rural haya incorporado a su experiencia de clase la creencia en su participación decisiva en la estructura de poder durante la década peronista, por ejemplo, es un elemento de tanto peso que no puede ser subestimado para la elaboración de una estrategia de masas correcta. Otro tanto puede decirse de lo que significa como aporte a la experiencia de clase del proletariado la existencia de un aparato sindical poderoso que provee las bases para su unificación nacional como estructura de oposición al sistema; o de los conflictos —esto con signo predominantemente negativo— entre el proletariado industrial y las capas medias urbanas bajo el peronismo, etc. Todos estos elementos, dados a título de ejemplo, pero que deben ser necesariamente ampliados, sirven para llamar la atención acerca de la necesidad de historizar los métodos tendientes a lograr la cristalización de un partido o movimiento revolucionario que pueda llevar adelante las tareas de destrucción y reemplazo del sistema.

V

Concebir nuestra comunidad como integrante **particular** de la problemática del Tercer Mundo y, por lo tanto, incluir el proceso de su transformación y los instrumentos que habrán de llevarlo a cabo, dentro de la revolución colonial (al nivel de los países de capitalismo atrasado) significa, para nosotros, algo más que un enunciado cuya única proyección se da en el orden de la táctica.

La historia de las izquierdas marxistas en los países periféricos se ha visto, en general, envuelta en un equívoco, y los casos de revoluciones socialistas triunfantes han significado, de hecho, la superación del mismo. Pero casi nunca esa superación llegó a ser formalizada.

El equívoco resulta de la oposición simbólica entre un internacionalismo proletario abstracto (con el que se justifica el ecumenismo proletario y se considera a lo nacional como una proyección del mismo) y un nacionalismo popular que, en la realidad, ha sido la levadura y la forma de la revolución. Las consecuencias de esta contradicción siguen estando en el núcleo vivo de la polémica marxista.

El marxismo, como teoría de la revolución socialista cuyas hipótesis han sido, en general, confirmadas en su relación con el mundo real, surge en la historia de las ideas como producto de la lucha del proletariado de los países centrales, dentro de un mundo cuyos límites virtualmente acaban en Europa.

En los escritos de Marx y de Engels (salvo excepciones que se van haciendo más frecuentes en sus últimos años, al irse desmoronando las previsiones acerca de un proceso rápido de revoluciones europeas), la cuestión nacional y colonial casi no aparece. Cuando estos problemas se hacen presentes, la referencia es, más que nada, a nacionalidades oprimidas o a países sojuzgados que, dentro de Europa, buscan enrolarse en el proceso de afirmación nacional comenzado con la destrucción del mundo feudal y que termina de consolidarse a fines del siglo XIX (Alemania e Italia) y, más aún, con la destrucción posterior del imperio austrohúngaro.

Como clase social que surge en carácter de oposición principal a la burguesía industrial y como negación del orden capitalista por ella sustentado, el proletariado europeo asume la característica de una totalidad, de modo tal que se hace imposible conjeturar una revolución triunfante que no se extienda por el continente y que no comience por los países más desarrollados del mismo. A preparar fuerzas ideales y materiales para esa revolución destina Marx toda la labor teórica y política de la Primera Internacional. La revolución mundial, por entonces, era la revolución europea y el internacionalismo proletario, la réplica al mercado mundial instaurado por el capitalismo y al cosmopolitismo ideológico del liberalismo.

El fracaso de las previsiones acerca de la revolución europea determina cambios profundos para esta concepción estratégica. Este fracaso —como Lenin lo vería con agudeza poco más tarde— se ligaba con una verdad histórica que destruía el esquema único de las dos clases sociales dicotómicamente opuestas en los países centrales: el mundo no concluía en Europa, y si la primera etapa

de acumulación capitalista había sido principalmente financiada por la explotación comercial de las colonias, la etapa que se abría a fines del siglo XIX, con la estabilización relativa de la lucha de clases en las sociedades desarrolladas, mediante la promoción de una aristocracia obrera, estaba interrelacionada también con la existencia del mundo colonial; era virtualmente función de ésta, pues el fenómeno de la exportación de capitales y el dominio en las estructuras de poder de las sociedades capitalistas desarrolladas por el gran capital financiero, no pueden explicarse sin la existencia de la explotación, a nuevos niveles, de los pueblos periféricos.

Hasta el momento leninista, que mediante un reajuste fundamental entre las hipótesis marxistas y la sociedad rusa crea una nueva dimensión para la revolución socialista, abriendo el frente de combate por lo que después se llamaría "el eslabón más débil" de la cadena del capitalismo europeo, el "internacionalismo" de los movimientos socialistas agrupados en la Segunda Internacional no era más que el cosmopolitismo de la aristocracia obrera que, por su integración dentro del sistema, se había convertido en "clase nacional", beneficiaria menor de los saldos de la explotación imperialista del mundo colonial.

Con la aparición del imperialismo moderno, que supone las tasas más veloces de desarrollo para los países centrales, con un impulso superior en términos no solo absolutos sino también relativos al de la primera fase de apogeo del capitalismo y de disolución de la sociedad tradicional en Europa, la división entre el centro del mundo y su "hinterland" colonial fue aún más neta. El conflicto que llevará del capitalismo al socialismo, comenzó a trascender desde entonces los marcos del enfrentamiento entre burgueses y proletarios en los límites de las sociedades desarrolladas, para irse complementando con una lucha de naciones a escala del enfrentamiento entre los dos mundos, anverso y reverso necesarios del proceso de consolidación del capitalismo: el mundo metropolitano y el colonial, éste en sus diversos grados, configurando una especie de "proletariado histórico" económica, social y políticamente sometido al primero. El cambio en las condiciones del mercado, coronado por la aparición del fenómeno imperialista moderno, significó simultáneamente una extensión y una profundidad distinta del conflicto social; en el mismo ya no entraba solamente la dicotomía "burgueses y proletarios" de las sociedades desarrolladas, sino que otras variables, de tipo nacional, complejizaban las formas del pasaje del capitalismo al socialismo: los enfrentamientos nacionales entre países imperialistas y países colonizados significaban privilegiar a ciertas clases "nacionales" (como la intelectualidad revolucionaria y otros grupos de las clases medias, incluidos, en algunos casos, oficiales del Ejército), y a ciertas clases

"locales", como el campesinado, que en muchas situaciones históricas se encontraban a la cabeza de la lucha anticolonial, por la ausencia o por la inmadurez, objetiva o subjetiva del proletariado. Simultáneamente comienzan a producirse tendencias hacia la diferenciación nacional de sus universales de clase, por parte de sectores burgueses de los países periféricos, ahogados en su crecimiento por el centro imperial del que dependen, creando así condiciones para movimientos de tipo reformista que, aunque limitados, agudizan las contradicciones del imperialismo y provocan el comienzo de la movilización de las clases populares, rurales y urbanas.

A medida en que el tránsito hacia el socialismo se define más que como motivado por la lucha de clases en el interior de los países imperialistas, como producto del despertar hacia su liberación de los pueblos coloniales, los procesos revolucionarios tienden a nacionalizarse. Más aún: las revoluciones solo son posibles luego de la ruptura (o de la independencia de hecho) que los grupos revolucionarios efectivizan con los centros de poder político que se autoadjudican en cada momento la representación de los intereses universales del proletariado.

Ninguna de las revoluciones reales (no incluyo la transformación operada en los países de Europa Central tras la 2da. guerra) dejó de ser básicamente una revolución nacional. Cada una de ellas, además, trajo aportes distintos a la estrategia global de la toma del poder y de la puesta en marcha de procesos de tipo socialista. En la Revolución Rusa, Lenin rompe con la Internacional de su tiempo; en la Revolución China, Mao se mueve a pesar de la Internacional stalinista y en algunos momentos decisivos debe violar sus recomendaciones, mientras, en el plano del enriquecimiento teórico le otorga al campesinado, en los hechos, un rol protagónico que va mucho más allá del asignado por Lenin; en Indochina y en Yugoslavia los partidos comunistas deben transformarse en caudillos de reivindicaciones nacionales (en vanguardia de la **nación**, avasallada por el invasor con la complicidad de los grupos burgueses) y lo hacen sobre bases eminentemente campesinas. En Cuba y en Argelia, finalmente, a todas estas connotaciones se suman otras de un valor ya decididamente trascendental, como manifestación de la vitalidad de los caminos que elige la historia: pese a la existencia de partidos comunistas organizados, el poder es tomado por otras organizaciones de tipo nacionalista y los cuadros que dirigen el pasaje al socialismo son reclutados, en enorme proporción, en esas organizaciones. Lo que pueda suceder en Egipto e Indonesia o en sociedades africanas como Ghana, donde se desarrollan otro tipo de procesos totalmente originales, es aún inaprehensible.

No es, sin embargo, el marxismo leninismo quien queda desubicado de este panorama que abre la historia real de nuestro siglo, pues cualesquiera de estos casos demuestra que sin una puesta en práctica de las hipótesis derivadas de esa teoría no hay tránsito consecuente del capitalismo al socialismo. Pero las concepciones caquetísticas, esquemáticas, finalistas, de la lucha política, desarrolladas en nombre de un marxismo dogmático, sí se ven refutadas por la práctica.

VI

Los partidos "marxistas" de los países coloniales y dependientes no han asimilado, en general, esta verdad y han seguido atados a moldes ideológicos y/o estructuras internacionales de poder, que jugaron y juegan aún el rol de centro de iniciativa para sus propias actitudes nacionales, en nombre de un internacionalismo abstracto, transposición "socialista" de la ilusión burguesa decimonónica de un mundo único cuyo poder de decisión más alto se halla en manos de los países centrales. La teoría de la "coexistencia pacífica", tal cual se desenvuelve en los hechos, con sus implicancias de apaciguamiento de las luchas del mundo colonial y de mantenimiento del "statu quo" en vistas de lograr un desarrollo más completo de la URSS y de los países socialistas del Este de Europa, para que, en su momento, el mismo pueda volcar su peso a favor de una lucha que se presente más ventajosa contra el capitalismo, es una prueba de la pervivencia de posiciones en el movimiento revolucionario mundial que tienden a privilegiar determinadas situaciones en detrimento de otras, a fin de favorecer —así se justifica la decisión— una compensación temporaria de fuerzas a escala internacional que, oportunamente, habrá de transformarse en vuelco hacia el socialismo. El hecho de que estas iniciativas se tomen en nombre de la revolución mundial no puede ocultar la fuerte motivación nacional de las mismas; no creerlo así es voluntarismo moral, pues el internacionalismo no es, por el momento, sino un ideal de la humanidad que, efectivamente, es presumible tenga su expansión con el socialismo, pero con el socialismo a nivel de desarrollo mundial, no en la etapa de transición por la que atravesamos.

VII

La lucha por la estructuración de una fuerza orgánica que tome hasta el fin las tareas de la transformación socialista de la Argentina, no puede ser sino una forma —la más conciente y crítica— de desarrollo de la espontaneidad nacionalista y revolucionaria que viven actualmente las masas populares argentinas, a través de un proceso en el cual la “verdad” no es un ente metahistórico aportado por los ideólogos que han descartado teóricamente el “error”, sino una evidencia teórica y práctica cuya base de legitimación es la experiencia social del conjunto de las clases revolucionarias.

No se trata ésta de una decisión táctica; se trata, en cambio, de una convicción inscripta en los objetivos estratégicos de la Revolución Argentina —cuya dilucidación no depende solamente de las tendencias “materiales”, sino del contenido y de las formas de organización que asume la experiencia de clase de las fuerzas transformadoras— y que, como encuadramiento general, se basa en el análisis de nuestra adscripción como comunidad particular del Tercer Mundo.

La “izquierda” ideologizó a la Revolución Argentina, transformándola en un hecho extraño a la vida del pueblo, a la historia de la nación. Con esto, no sólo cerró el camino para una transformación profunda de la sociedad argentina, sino que, correlativamente, se negó a sí misma como probable instrumento de esa transformación. Como tampoco podía “integrarse” legalmente al sistema (a través del mecanismo parlamentario, como en los países centrales), por la impermeabilidad de la estructura de poder, la izquierda argentina no ha podido superar su carácter totalmente marginal.

Pero el país no necesita ya una “nueva izquierda” entendida como suelen hacerlo los críticos del PC, es decir, como producto de un proceso de “izquierdas que se critican y superan a sí mismas”. De lo que se trata —para quienes, regresando de esa “izquierda” buscamos los instrumentos para la revolución— es de ser capaces de asumir, de raíz, la crítica de la sociedad argentina en su pasado (lejano o inmediato) y en su presente; pero asumirla desde el interior de la historia del pueblo-nación. Desde el interior de un proceso, contradictorio y desgarrador, de “personalización” como comunidad del cual, tradicionalmente, han estado al margen los intelectuales. Esa “personalización” forma parte de un total proyecto nacional y el prerequisite para darle contenido crítico al mismo supone convenir que a esta altura de nuestro desarrollo no hay posibilidad de autonomía nacional sino en el tránsito hacia el socialismo.

Ese conocimiento crítico —que debe transformarse en organización para validarse históricamente— ya no puede depender de la sola espontaneidad del pueblo. Ella alcanzó para superar la enajenación de los intelectuales —y sigo incluyendo entre éstos a los grupos políticos de izquierda— cuando los marcos de su “nacionalización” no evadían la conciencia posible de sectores burgueses (en 1916 y en 1945) que entraban en colisión con otros sectores burgueses, aquellos que configuraban la “oligarquía” económica, social y política. Pero ahora, cuando el proceso requiere de un contenido socialista, la espontaneidad debe ser superada por la conciencia y ésta no puede ser sino el resultado de la fusión entre las élites revolucionarias y las masas.

Y en desentrañar los caminos para esa fusión concreta, histórica, inédita para los argentinos, se hallan los acicates más vivos de la imaginación política. Lamentablemente, los “clásicos” no predicen minuciosamente el porvenir; lo que nos dan es un marco teórico apto para producir hipótesis nuevas, cuya confrontación con la realidad no podemos delegar.

EDICIONES

LA ROSA BLINDADA

En Venta:

Juan Gelman, *El amante mundial*; Andrés Rivera, *Cita*; Beatriz Vallejo, *Siguiendo el juego*; Jorge Madrazo, *Orden del día*.

MARCHA

Se edita en Montevideo
y se vende en Buenos Aires
y toda América Latina.

Llega los viernes por avión

ISMAEL VIÑAS

HORA CERO DE LA IZQUIERDA:

ORGANIZACION POLITICA Y FUERZA REVOLUCIONARIA

Hoy, en nuestro país, se encuentran en discusión prácticamente todos los problemas de la revolución, incluso los más clásicos.

Eso no es porque sí: la situación económica, social y política es tal, que en el aire flota la inevitabilidad de un cambio:

En diez años, la burguesía no ha podido asegurar un gobierno estable, ni dar siquiera comienzo de solución a los graves problemas que afectan a nuestra estructura económica, ni obtenido que la clase obrera ingrese efectivamente en el juego político burgués. Es más, ni siquiera ha logrado que los diversos grupos burgueses acepten lealmente las reglas de ese juego para respetarlas en el trato entre sí. En relación a esto último, el problema es aún más viejo: bien miradas las cosas, desde 1930 los partidos en el poder han apelado siempre a diferentes formas de fraude y violencia, dosificadas en diversas proporciones, y aun desde antes los partidos opositores han estado optando siempre entre renunciar a acercarse al poder o recurrir a la conspiración y a la violencia para abrirse camino hacia él. Podrá discutirse si fue necesario o positivo, pero no cabe duda de que el peronismo restringió al mínimo los derechos políticos de la oposición, sin intentar —ni pretender intentar— la destrucción del régimen burgués. Al derribar al peronismo, la burguesía en su conjunto postulaba, con esa ambigua buena fe de su clase, la reinstalación de un juego democrático "intachable". Es decir, la reinstalación apacible y cubierta de ropajes republicanos de su dictadura

de clase, sin la "demagogia", la "grosería", y, sobre todo, los riesgos del peronismo. Pero todo no pasó de las buenas palabras: dictaduras militares, golpes, y gobiernos semititeros surgidos de fraudes mal embozados, apenas han logrado asegurar una espasmódica continuidad, salpicada de conspiraciones, golpes y enfrentamientos armados. A la fecha, las elecciones de 1967 marcan otro límite al parecer insalvable para la continuación del juego: mientras unos políticos se estrujan los sesos para encontrar algún modo de limitación del peronismo, otros especulan sobre las posibilidades de beneficiarse con el futuro golpe militar. Del que no quedan excluidos, por cierto, los propios dirigentes peronistas.

En materia económica las cosas no son muy diferentes. La crisis de 1930, que cerró el ciclo de expansión agrícola-ganadera en nuestro país, permitió abrir un lapso de veinte años de expansión industrial. Pero esta también, a partir de 1950, encontró sus límites, que se tornaron férreos desde el 55. Hoy, sin revestir los caracteres catastróficos de 1962, la crisis industrial sigue sin solución, y no es precisamente el "país agrario" el que puede dar las salidas. Las empresas industriales medianas, uno de los pilares del crecimiento habido entre 1930-55, desaparecen en una ola ininterrumpida, creando las obvias consecuencias sociales: pequeña burguesía empobrecida y angustiada, desempleo obrero. Las carencias fundamentales del país, por otra parte (comunicaciones y transportes, industria pesada, energía, capitales) siguen sin solución. La incapacidad financiera y económica del Estado, a su vez, le hace angustioso el enfrentar sus obligaciones externas e internas, aun a los niveles más elementales: el pago a los empleados públicos y a sus proveedores.

Frente a todo eso, no es raro que todos los políticos burgueses se constituyan en analistas sombríos y en profetas de desastres desde el llano, y que sólo muestren un optimismo profesional y obligatorio cuando les toca el turno del gobierno.

Entre líneas ya ha sido dicho: No es la menor dificultad que afronta la burguesía la de la existencia de una clase obrera numerosa, concentrada en las grandes ciudades, con experiencia sindical y política, unificada políticamente, y que se niega a dejarse "asimilar".

Muchas voces aseguran ya, incluso bien alto, que una dictadura de "orden" es la única salida para los problemas... de la burguesía: la sombra de la revolución que se expande por el mundo y el fantasma revolucionario que creen ver pasearse dentro de nuestras fronteras, crean una intranquilidad que se apoya sobre sus propios, angustiosos problemas. La violencia alcanzada en algunos momentos por movimientos huelguísticos, la originalidad y audacia espontáneas

de algunos de ellos, la esporádica presencia de guerrillas en el norte, y la gran capacidad de movilización de los sindicatos, han contribuido por cierto, sea cual fuere su valor objetivo, a alentar la histeria de los grupos partidarios de la dictadura y el temor general de la burguesía.

¿Y nosotros?

Este panorama es el que pone en pie el gran problema para nosotros, todos los que desde una u otra perspectiva planteamos la revolución y la sociedad socialista como vía única para dar una respuesta humana a los problemas del hombre.

Porque la verdad es ésta: estamos aquí, en nuestra patria, en un pantano. La burguesía no es capaz de crear una nación autónoma, y ni siquiera dan ya las cosas para que solucione bien sus problemas manteniendo a nuestro país en situación dependiente. Pero tampoco nosotros somos capaces de tomar el problema nacional en nuestras manos y darle solución. Más: ni siquiera somos capaces de modificar, aunque sea en parte, una situación política que desde hace diez años es cada vez más desfavorable a los intereses nacionales y de las clases populares.

Una ligera mirada a nuestra historia política contemporánea nos muestra esto: los dos grandes movimientos nacionales burgueses significaron ciertos avances, pero no modificaron las estructuras básicas del país (en el sentido burgués, se entiende), fueron desplazados sin lucha real, y buena parte de su obra fue fácilmente destruida. Los partidos de izquierda, por su parte (socialismo y comunismo), estuvieron enfrentados a los nacionalismos burgueses, y, a través de esa posición, enfrentados de hecho a la lucha antiimperialista y aún a conquistas concretas de la clase obrera, en las dos coyunturas de mayores posibilidades de nuestra historia.

Hoy, a la vez, es evidente que con todos sus problemas es la burguesía (y en especial sus sectores asociados directamente al imperialismo) quien tiene la iniciativa.

Frente a estos hechos, se pueden tomar diversas actitudes:

Se puede, por supuesto, instalarse dentro del sistema, participando lo más posible de él, aprovechando sus lacras para posar de izquierdistas con todas las ventajas: cierta consideración de la burguesía, aunque algo conmisericordiosa y desdenosa; bancas obtenidas a través del fraude montado por el régimen contra el proletariado; etc. Todo eso sin dejar posturas más o menos bizarras y la esperanza —al menos verbal— en un manso futuro de reformas. Ahí está el actual Socialismo Argentino para demostrar que eso es posible.

Se puede, como el Partido Comunista, intentar ignorarlo todo. Repetir año tras año las mismas afirmaciones generales, los mismos informes, las mismas consignas, con el solo trabajo de modificar algunos nombres propios y algunos datos para adaptarse a los cambios que traen los tiempos. Se puede hablar con optimismo panglosiano, cada vez, de "que se están produciendo cambios importantes... en lo relativo al frente único, no sólo por abajo, sino también por arriba", de que crecen "las luchas... por la formación de un gobierno de nuevo tipo, verdaderamente democrático que... realice las transformaciones de fondo contenidas en el programa de nuestro partido...". Se puede inflar la propia fuerza, exagerar el papel jugado en actos electorales cuando se ha apoyado a partidos masivos como el peronismo, describir a las organizaciones paralelas como movimientos multitudinarios (1). Etc.

Es decir, se puede fantasear una realidad inexistente, obrando con el mismo optimismo "profesional" de la burguesía cuando habla desde el oficialismo y tiene que fingir que todo anda en el mejor de los mundos. Este optimismo fantasioso tiene su contrapartida: cuando se hace evidente que las palabras no concuerdan con los hechos, en lugar de revisar la conducta propia, buscar y corregir errores, se explica el fracaso echando la culpa a los demás. A la burguesía por "no entender", por no ser comprensiva. O a los que no siguieron los consejos de unidad, a los que desoyeron los llamados "frentistas". Es decir, o a los enemigos, o a los supuestos amigos que no hicieron lo que se daba por hecho. Esto suele ir acompañado con detallados inventarios de las dificultades existentes, que, lógicamente, no se ponen realmente donde están sino en otra parte: dureza del gobierno, persecución policial... ¡Como si las revoluciones hubieran de hacerse con el consentimiento de aquellos contra quienes van dirigidas!

Esta actitud del P. Comunista no es única. De un modo o de otro inficiona a casi toda la izquierda, aun a aquella que dice reconocer que la situación no es en realidad tan brillante y que se impone buscar los medios aptos para transformarla. Rara es la organización o grupo que no fantasee sobre sus propias fuerzas, o en relación con sus ligazones con las clases populares. Esto lleva, inevitablemente, a formular tácticas y plantearse problemas y sus res-

pectivas soluciones que no responden a la realidad, sino a situaciones de mucho mayor nivel.

Apreciaciones falsas de la realidad social y apreciaciones falsas de las propias fuerzas, llevan a plantear problemas abstractos, con soluciones aún más abstractas, destinadas por lo tanto a quedar en la mera subjetividad de quienes lo hacen, aun cuando se intente hacerlos pasar a los hechos.

Las variantes de la falta de realismo son muchas: confianza en que de la acción espontánea del proletariado o de la de sus organizaciones sindicales va a surgir el oleaje revolucionario que barrerá con el sistema; traducción de esquemas que resultaron eficaces en otras partes en la esperanza de que serán mágicamente eficaces también aquí **porque lo fueron allí**; creencia en que la pura actividad sin examen de los problemas a resolver, sin propuestas de soluciones concretas para esos problemas concretos, logrará resultados satisfactorios como consecuencia inevitable de la actividad misma; ingenua creencia en que basta plantear las cosas de otro modo que las izquierdas tradicionales para tener suerte y acertarla.

En todos los casos, la raíz es la misma: negativa a reconocer que la realidad es dura de modificar, por una parte, y, por la otra, negativa a reconocer que cada realidad social es original, inédita, con sus dificultades y posibilidades propias, todo lo cual exige planes e instrumentos adecuados. Y esto significa también que cada tarea tiene su hora, que planear en vista a objetivos finales es válido y necesario, pero que para lograrlos es necesario plantear bien y resolver los problemas del presente, aquellos que surgen de la situación general actual de la sociedad y de la capacidad propia actual para influir en esa situación.

Un paréntesis: optimismo y pesimismo

El pantano actual en que estamos chapaleando exige un llamado al realismo, lo que significa un llamado al marxismo, pero al marxismo no como erudición, sino como conocimiento y utilización del instrumento que sirve para conocer y transformar la sociedad.

Este retorno al realismo, y hasta a la más simple veracidad con nosotros mismos, implica, no lo dudemos, un inventario que no nos es favorable ni grato. Pero ¿cómo lograr resultados si no sabemos con qué contamos? La cosa parece tan obvia y simple que casi ni debería valer la pena defenderla. Sin embargo sé que muchos opinan que si la situación no ofrece perspectivas de rápidos cambios y triunfos, no vale la pena trabajar. Y otros, que se empeñan en el trabajo, opinan que tener en cuenta los factores negativos y las dificultades que hay que afrontar significa caer en el pesimismo y en

(1) Informe de Orestes Ghioldi en la reunión organizada por la "Re vista Internacional" en 1962. Publicado con el nombre de "Problemas del frente único antiimperialista", Ed. Anteo, Bs. As. 1962, pág. 9 y ss. Esta cita específica puede apoyarse en sinnúmeros ejemplos: ilusiones sobre supuestos generales naseristas, sobre "giro a la izquierda" del peronismo, sobre la "brecha democrática" en la UCRP, etc.

la esterilidad. ¿Vale la pena discutir? Tal vez no. Pero, al menos, vale la pena aclarar algunas cosas para aquellos que viven engañados, hamacándose en ilusiones que nacen de fantasías fabricadas por otros. Puede ser que duela, puede ser que muchos prefieran seguir viviendo de ilusiones. Pero la revolución no la haremos con ilusiones, ni con ilusionados, sino con clara y lúcida aceptación de los hechos, y con la firme decisión de enfrentarlos y modificarlos.

Planteos generales

Cuando criticamos a los partidos de izquierda tradicionales (y en cierto sentido es "tradicional" parte de la llamada "nueva izquierda") su falta de realismo: su desconocimiento de la realidad nacional y la sobrevaloración de las propias fuerzas, su ceguera ante la situación que debemos enfrentar y resolver, no se está exigiendo que inventen métodos políticos desconocidos. El marxismo es válido como método de comprensión de las sociedades y como método de acción para lograr su cambio de un modo universal, tanto como lo es el arado para labrar la tierra. Pero como el arado, el marxismo es también un instrumento que debe adaptarse a situaciones diferentes, a otras tierras, otros climas, otros hombres.

Lo que exigimos y nos exigimos es bien modesto: pensar revolucionariamente, aplicar ese pensamiento a esta realidad nuestra, igual pero diferente a otras, a este tiempo nuestro. Y obrar en consecuencia.

Pero aun esa exigencia de concreción supone ciertos principios políticos generales, válidos para toda lucha por la conquista del poder para la transformación de la sociedad capitalista en sociedad socialista:

a) La revolución necesita un instrumento que se haga cargo de las tareas concretas que llevan hacia la disputa por el poder y de la conquista del poder en sí mismo. Esto no lo pueden llevar a cabo individuos aislados, ni grupos formados por individuos que obren descordinadamente, ni grupos homogéneos pero que se limiten a actuar para organizaciones ideológicas. Para afrontar las tareas revolucionarias es necesaria una organización política, formada por militantes activistas, que, como entidad colectiva, tome a su cargo la planificación a corto y largo plazo de la acción, la difusión de la ideología revolucionaria, el esclarecimiento de la conciencia popular, la destrucción de las ideologías enemigas, la lucha material contra el poder de las clases opresoras, las necesarias movilizaciones de masas.

b) La organización revolucionaria no podrá crecer sólidamente, ni mantener su carácter revolucionario, ni llegar a conquistar el poder para la revolución, si no se liga a la clase que está en oposición total al sistema imperante: el proletariado, tanto industrial urbano como rural.

Esa ligazón es de dos tipos: directa, por el encuadre de obreros en la organización revolucionaria. E indirecta, por la influencia ejercida en núcleos del proletariado, ya en forma organizada en el frente de masas obrero, (sindicatos, listas sindicales, particularmente), ya en forma no organizada por el prestigio logrado. Esto, a su vez, permitirá influir sobre movimientos de masas en ciertos momentos o colaborar con movilizaciones de masas aparecidas por causas transitorias, tratando de impulsarlas y darles organización más o menos permanentes u objetivos que vayan más allá de los perseguidos originariamente. Fines a lograr serán el obtener o participar en la dirección de movimientos y organizaciones de masas de la clase, tratando de que tengan mayor organización y acepten la ideología revolucionaria.

Dentro de los límites de generalidades a que aquí me circunscribo no es necesario establecer mayores precisiones; pero a los fines de este apunte, y sin perjuicio de volver sobre el tema, más adelante, es conveniente aclarar ya que si la ligazón con el proletariado es inescusable para que la organización revolucionaria sea tal y no una simple organización de activistas o un grupo ideológico, no quiere decir esto nada sobre la cuantificación de esa ligazón. Precisamente esta es la médula de la discusión: la organización revolucionaria puede impulsar la revolución en cuanto a lucha por el poder político, y éste conquistarse, sin que el tamaño de dicha organización y sus ligazones con el proletariado sean masivos. Pueden darse condiciones en que una organización relativamente pequeña y con ligazones muy limitadas con la clase modifique o ayude a modificar la relación de fuerzas en la sociedad y aun llegue a tomar el poder o participar decisivamente en él. De hecho esto ha ocurrido y parece ser la forma más habitual en que se producen los cambios revolucionarios. Es la excepción el caso de que la organización revolucionaria haya adquirido un gran peso cuantitativo en relación con el sistema (es decir, con el aparato del Estado y con el "tamaño" de los partidos burgueses), y también es excepcional que haya adquirido antes de la conquista del poder o de los instantes inmediatamente previos una influencia decisiva sobre el proletariado. La regla ha sido más bien la inversa: un "tamaño" relativamente reducido y una influencia minoritaria en el proletariado.

c) El proletariado necesita buscar aliados entre las otras clases, a fin de no aislarse, y para debilitar al enemigo.

Estos aliados saldrán sobre todo de las llamadas clases o capas medias rural y urbana: empleados; clase media intelectual y profesional; campesinado, chacareros pobres y medianos, tanto arrendatarios como propietarios. Pero en los países dependientes como el nuestro, también son aliados potenciales algunos núcleos de la burguesía, en general de la burguesía mediana, con contradicciones económicas con el imperialismo y la gran burguesía asociada a éste.

Desde luego, no se trata de aliados fáciles ni de aliados fieles. Unos, por vacilantes y con tendencias a dejarse arrastrar por la gran burguesía, cuyos ideales y valores comparten: las clases medias. Otros, porque ellos también viven de la explotación del proletariado: la burguesía mediana y grupos de las clases medias productoras (pequeña burguesía artesanal, chacareros). Se trata en principio de aliados temporarios, dispuestos tal vez a recorrer parte del camino en la lucha por la liberación nacional, pero dispuestos también a defeccionar en cualquier momento. Si se obra con suficiente lucidez, pueden llegar incluso a participar en la construcción de la sociedad socialista. Corresponde a la organización revolucionaria encontrar los medios estratégicos y tácticos para lograr esas alianzas para el proletariado, y obtener ~~que~~ de ese modo se debilite el poder de la gran burguesía y del imperialismo.

* * *

Deliberadamente he mantenido estos planteos en el plano de las generalidades. Se trata de principios de validez universal que deben adecuarse a cada sociedad concreta y a cada situación particular dentro de las mismas. No sirven, por lo tanto, más que como puntos de partida.

No pretendo en este trabajo formular esa adecuación, sino algo más modesto: apuntar algunas reflexiones y propuestas surgidas de la experiencia, en particular con relación a la "organización política revolucionaria".

Me refiero a "organización revolucionaria", y no a "partido revolucionario", porque este constituye un tipo especial de aquella organización. Supone, en efecto, la existencia de la organización política como "vanguardia" del proletariado, su "dirección organizada" y, por lo tanto, un fuerte arraigo en la clase, el predominio (si no el dominio) en sus organizaciones de masa, respondiendo a una dirección centralizada y única, de acuerdo al modelo clásico leninista. Supone que una organización es la que representa y expresa exclu-

yentemente a la clase obrera, y, como consecuencia, que toda otra organización política, tendencia o agrupación debe subordinarse en las tareas revolucionarias. Tal es la posición del Partido Comunista, la de algunas organizaciones menores que quieren construir el "verdadero partido comunista" (por ejemplo, Vanguardia Comunista), y, en el fondo, la de otras organizaciones y agrupaciones que postulan la creación del "partido marxista leninista" a través de su propio crecimiento, de la fusión de varias organizaciones de ideología marxista o de otras formas similarmente mecánicas de plantear objetivos y métodos para lograrlos.

Este problema está ligado con otro: el de la relación de la organización revolucionaria con la clase obrera y con las demás clases, que también he tocado de un modo general y abstracto. Sólo una descripción previa de la situación argentina en una selección de datos ligados con ambos problemas, nos permitirá salir de estas generalizaciones.

Algunos datos concretos imprescindibles

a) El primer dato, obvio, evidente, que siempre se cita, pero del cual no se suelen sacar las conclusiones necesarias es el de la existencia del peronismo como "partido" que engloba a la clase obrera como tal clase, aunque numerosos obreros militen en otros partidos o los sigan.

b) El segundo dato, íntimamente ligado con el anterior, es el del carácter reformista de los partidos de ideología izquierdista mayores, de la pequeñez numérica relativa de las demás organizaciones de izquierda, y, en conjunto, de la fuerza relativamente escasa de toda la izquierda organizada.

c) Un tercer dato importante lo constituye la existencia de tendencias revolucionarias dentro del peronismo, las que, a pesar de no tener una gran claridad ideológica, deben ser consideradas en un pie de igualdad con las izquierdas para todo planteo revolucionario. Ya veremos qué significa esto.

d) En cuarto lugar, debe prestarse atención a la particular situación de las clases no proletarias en nuestro país, incluyendo en ello grupos de la burguesía, con referencia directa a las alianzas de clase.

e) Y, finalmente, es necesario considerar el problema que plantean numerosísimos individuos y grupos independientes de izquierda, que comparten la ideología revolucionaria, y que aun actúan esporádicamente a ciertos niveles, pero que no están integrados a ninguna organización.

Desde luego, es imposible en este artículo analizar en detalle y profundamente todas estas cuestiones, pero es sin duda necesario extenderse un poco más allá de las simples enumeraciones, porque de ellas surge el carácter y los límites de las tareas que nos toca encarar y resolver, así como las prioridades de las mismas.

a)

Las dos calificaciones primitivas que desde la izquierda se dieron al peronismo fueron la de "fascista" (por el P. Comunista y el socialismo) y la de "bonapartista" (S. Frondizi, Ramos, troskistas en general).

La primera era francamente un disparate, y sólo sirvió para que el P.C. tomara actitudes antiobreras y reaccionarias, como apoyar el lockout patronal de 1945, realizado contra la conquista del aguinaldo. La de bonapartismo fue, sin duda, una superación de la anterior. Pero no sirve en todo caso sino para calificar al gobierno peronista (lo que es, por lo menos, discutible) y no sirve en absoluto para comprender el contenido de clase del movimiento peronista en su peculiaridad frente a la situación internacional de ese entonces ni la ideología a que ha llegado el proletariado argentino.

En la actualidad, el P. Comunista trata al peronismo, como partido, como si fuera igual a los otros partidos burgueses (la UCRI en el 53, la UCRP en el 63). No tiene en cuenta que los programas escritos de los partidos burgueses tienen muy relativa importancia, y que lo que importa son las tendencias que nacen de sus contenidos de clase, estén formuladas programáticamente o no, y aun contra sus formulaciones. Respecto del peronismo no tiene en cuenta que éste está formado mayoritariamente por la clase obrera y sectores de clases populares, y que su dirección está compartida por dirigentes sindicales y representantes de grupos burgueses medianos, en su mayor parte pertenecientes a la burguesía mediana del interior (es decir, con contradicciones económicas con la gran burguesía). Esto constituye una diferencia profunda con los otros partidos burgueses, lo que el P.C. no tiene en cuenta ni aun cuando establece que el "frente antimperialista debe contar primordialmente al peronismo", como se afirma en el informe de O. Ghioldi citado antes.

Pero aun aquellas organizaciones que reconocen y hasta subrayan el contenido de clase del peronismo (partan o no de su calificación como bonapartismo), no suelen hacer una correcta evaluación de ese hecho. Unos, a partir de su reformismo burgués nacionalista, o de su reformismo proletario, proponen en los hechos el más directo seguidismo (Ramos), como aceptando que el débil na-

cionalismo burgués actual y su correlato, el reformismo sindical, es el "máximo posible", tal vez por temor a repetir el "izquierdismo abstracto" que los partidos de izquierda tradicionales opusieron a las realizaciones nacionalistas burguesas. Otros consideran al peronismo como si fuera un partido reformista (burgués) europeo, en el que se diera la circunstancia de que se reúne la mayor parte del proletariado. Aceptan que el peronismo tal como es puede —o debe— formar parte del "frente antiimperialista", a condición de "luchar sin tregua", "implacablemente", "frontalmente", contra su ideología, pues el peronismo es "un enemigo ideológico" (Vanguardia Comunista, Partido del Trabajo, MIRA, tienen, con diversos matices, esta perspectiva). Esta apreciación no impide a veces sacar consecuencias correctas de carácter concreto, pero sí impide un planteo general adecuado, y, por lo tanto, no evita vacilaciones, cierta estrechez de visión respecto del comportamiento del proletariado, y una inadecuada estimación de las fuerzas relativas y de la dinámica de clases en nuestro país, así como del papel de las ideologías y del aprovechamiento de éstas.

Sumariamente, los datos claves son éstos:

El peronismo dió al proletariado, a través de su experiencia concreta como clase, una conciencia que no es reformista sindical, sino nacionalista burguesa, y no solamente reformista burguesa. Y eso es capital en un país dependiente, pues en éstos el nacionalismo burgués es una ideología revolucionaria,⁽²⁾ con independencia de que la burguesía que lo porta sea revolucionaria o reformista (como fue el peronismo).

En un país central, el nacionalismo es regresivo: constituye la ideología de burguesías que ya han realizado su ciclo, y es solamente un instrumento de engaño y opresión respecto de los proletarios propios y de los pueblos dependientes.

En nuestros países, el nacionalismo burgués es ambiguo, ya que sirve como en todas partes de instrumento de engaño respecto de los proletariados y clases populares locales; pero, a la vez, es positivo pues expresa tendencias de crecimiento de la sociedad (lo que significa enfrentamiento con el imperialismo), y, además, su desarrollo lleva inevitablemente a la ruptura con la propia ideología burguesa. Además, en nuestro caso particular, significa un avance en la conciencia del proletariado desde otras ideologías burguesas y aun respecto del reformismo socialista. (Este, anotémoslo de paso, es en cambio un retroceso, una degradación de la ideología socia-

(2) Se entiende que la ideología es la revolucionaria, y que quiero decir "revolucionario en los límites de la revolución burguesa" completada en los países centrales y no aquí.

lista revolucionaria, del marxismo, como lo muestra toda la historia del reformismo en nuestro país).

Por aquellas razones, la ideología peronista no es un enemigo frontal, sino un enemigo que es a la vez un punto de apoyo, en la medida misma en que la clase obrera peronista ha llegado a un grado de conciencia nacionalista burguesa y existen, por un lado, la imposibilidad de la realización de los objetivos que surgen de esa misma ideología sin romper los límites del capitalismo, y, por otro, contradicciones finales del proletariado con una ideología que, al fin, es burguesa. Es posible entonces apoyarse en la ideología nacionalista burguesa para superarla, lo que exige entenderla, separar sus rasgos positivos de los negativos con cuidado y habilidad, ejercer una crítica certera desde la perspectiva del proletariado, utilizar sus elementos tanto como las reivindicaciones de clase para ayudar al ascenso de la conciencia de la clase. Ni complacencia, ni seguidismo, ni ignorancia, ni desdén, sino utilización y crítica: he aquí el camino, en nuestra circunstancia histórica concreta, para la desalienación de nuestra clase obrera. En este hecho se encuentra uno de los caracteres originales de nuestro camino revolucionario. Y por eso no basta calificar al peronismo como bonapartista, como burgués o burgués reformista, sino que debe entenderse y aprovecharse el significado de su ideología nacionalista burguesa.

Es más:

A medida que los grupos burgueses que portaron esa ideología se debilitan y van alejándose cada vez más de la coyuntura mundial que permitió su desarrollo, la clase obrera tiende inevitablemente al reformismo proletario, al sindicalismo o trade-unionismo, lo que constituye el sustento general de sus actuales direcciones. Tal ideología debe ser combatida no sólo en nombre del marxismo, del socialismo revolucionario, sino también en nombre del nacionalismo, respecto del cual es un retroceso, pues lleva a la transacción con la gran burguesía y el imperialismo. Eso permite apoyarse en el nivel actual de la conciencia del proletariado y en su tradición, formada por su experiencia concreta. Consecuencia práctica de primer orden que surge de la adecuada caracterización del peronismo. Sin extendernos sobre el asunto, es posible señalar que, además, la adecuada comprensión y utilización de los contenidos nacionalistas burgueses constituyen la base adecuada y clave para realizar una política con la burguesía y las clases medias.

Y en el terreno político, donde la dirección peronista no sólo representa a la clase obrera sino que corporiza su conciencia nacionalista, es parte de toda estrategia revolucionaria el hallar los

medios para atraerla al campo antiimperialista, lo que incluso debería aumentar las contradicciones que en su seno existen. Esto sin perjuicio de tener muy claro que hoy esa dirección es una valla y no un estímulo para la lucha por la liberación, y criticándola en la medida correspondiente.

b

Las críticas a los diversos partidos, organizaciones y grupos de izquierda son muy conocidas y difundidas. Tanto la propia izquierda entre sí como algunos de los grupos más ideológicos de la derecha (MID, sobre todo) se han encargado de llevarlo a cabo con gran eficacia, y algunas veces con acierto: entre calumnias, ataques sectarios y diatribas personales, se han mezclado también muchas verdades. Los más prolíficos en esta materia, refiriéndose sobre todo al P. Comunista y al socialismo, han sido y siguen siendo los grupos de la "izquierda no comunista", cuyos análisis son siempre parcialmente correctos, pero suelen pecar de algunos defectos básicos: en general, revelan una verdadera obsesión por el P.C., lo que tiñe sus críticas de parcialidad y de una desmesura más bien inútil y no pocas veces ineficaz. Pero lo más grave es que esa preocupación suele hacer olvidar que los problemas reales que se debe afrontar no son tanto los que exige la crítica a la izquierda tradicional (tarea útil, pero limitada y secundaria), sino el análisis autocrítico que exige el afrontar con eficacia el objetivo que debemos propórnos: la creación de condiciones revolucionarias y la realización de la revolución. Esto obliga a una constante autocrítica conjuntamente con una continua observación y análisis de lo que ocurre en lo que constituye el panorama real de nuestra sociedad: la situación y relación entre nuestras clases sociales; traducido en términos políticos, lo que ocurre con el peronismo y los demás grandes partidos.

El examen de lo que ocurre con los partidos de la izquierda tradicional y con el conjunto de la izquierda, debe incluir en cada caso lo que ocurre con todas las organizaciones de izquierda (también la propia) para un fin bien claro: no repetir errores, y buscar una mayor eficacia para actuar, una mayor adecuación a la realidad.

Con ese sentido, es útil repasar algunos datos básicos, teniendo en cuenta que los objetivos inmediatos a los que debemos hacer frente son estos: REALIZAR UN ANALISIS DE LA REALIDAD SOCIAL NACIONAL QUE NOS PERMITA ELABORAR UNA TEORIA

DE LA ACCION ADECUADA PARA CAMBIAR LA ACTUAL RELACION DE FUERZAS Y AFRONTAR LA DISPUTA POR EL PODER. Esto incluye la creación del instrumento humano colectivo apto para llevar a cabo esas tareas: la organización revolucionaria.

Al examinar el panorama de la izquierda debemos tratar de establecer si existe algún grupo o grupos que hayan analizado la realidad de un modo que parezca correcto, o, que al menos, den muestras de la necesaria agudeza y flexibilidad para hacerlo. Si algún grupo u organización tiene la fuerza y las cualidades necesarias para actuar en un cambio real de situación.

Inevitablemente, al intentar este análisis debo partir de algunos criterios, que pueden ser discutibles y discutidos, pero que no puedo fundar en este artículo sino solo mencionarlos:

En lo más fundamental y mínimo, por más que se declare marxista, una organización política no será apta para actuar en la modificación real de nuestra situación si no tiene una práctica revolucionaria. Tampoco lo será si no ve con claridad el papel del imperialismo, su penetración dentro de nuestras estructuras, la asociación de nuestra gran burguesía al mismo. Del mismo modo, no lo será si aplica a nuestra sociedad y a las necesidades de nuestra revolución esquemas ajenos, que pueden ser o haber sido correctísimos en otras partes, pero que no pueden ser copiados o trasladados mecánicamente. A la vez, no serán capaces de actuar correctamente en esta realidad los que den más importancia a lo que ocurre afuera, pues la sociedad que tenemos que cambiar es esta, no otra, y eso exige conocerla y aferrarse a ella con uñas y dientes. Finalmente, modificar esta sociedad exige una fuerza adecuada para ello.

A primera vista, entre los grupos que se declaran socialistas podemos distinguir:

1) Los socialistas no marxistas, incapaces por lo tanto de llegar siquiera a constituirse en revolucionarios, y que, en los hechos, o permanecen en el reformismo (Socialismo Argentino), o han arribado simple y lisamente a la derecha (Socialismo democrático). Este último no sirve más que para ilustrar lo confusas que pueden llegar a ser las palabras y aun las actitudes en un país dependiente, pues el ghildismo se considera a sí mismo "de izquierda" y aun propone reformas laborales indudablemente beneficiosas para la clase obrera al nivel de sus reivindicaciones económicas, sin perjuicio de lo cual políticamente se coloca a veces muy cerca de la extrema derecha. El Socialismo Argentino, con su reformismo parlamentario, actúa como izquierda del régimen, generalmente asociado a las expresiones liberales de nuestra burguesía, lo que ha significado

hasta ahora ser la izquierda de la gran burguesía pro-imperialista.

Los cambios ocurridos en el mundo y en nuestro país presionan de tal suerte cada vez más, que aun el reformismo tiene que elegir. Podrá seguir siéndolo, pero tendrá que optar entre estar al lado del proletariado, sus aliados de clase posibles y contra el imperialismo, o colocarse al lado de sus enemigos y a favor del imperialismo. La ambigüedad política actuante será cada vez menos posible, tendrá márgenes cada vez más estrechos. El ghildismo significa una elección clara. La ambigüedad del Socialismo Argentino, si trata de mantenerse, dará lugar a enfrentamientos internos inevitables. Por eso, es necesario tratar de atraer al Socialismo Argentino de este lado de la trinchera, considerándolo un aliado posible aunque limitado, lo que implica presionar sobre él, y en particular sobre sus grupos juveniles, permanente ala izquierda de este tipo de partidos.

2) El Partido Comunista plantea problemas especiales.

Su pensamiento no es propiamente marxista; es la aplicación a nuestro país de ciertos esquemas marxistas con reajustes que no proceden de una libre y creadora elaboración propia, sino de "modelos" elaborados en la Unión Soviética, con o sin la participación de los partidos comunistas de otros países. A esta dependencia intelectual y política se suma que el pensamiento propio de nuestro P. Comunista está inficionado del progresismo liberal de la ideología tradicional de nuestra burguesía, y que un vasto burocratismo constituye su esqueleto partidario.

Como resultado, el P. C. Argentino no sólo es reformista, sino que, además, su concepción de nuestra sociedad, de las fuerzas sociales que se mueven y enfrentan en ella está muy alejada de la realidad. Por eso su acción no sólo no es revolucionaria, sino que sus posiciones políticas son en general erradas y carecen de eficacia.

Pero a los efectos prácticos, hay que tener en cuenta otras cosas, pues el revolucionario no puede quedarse en las meras disquisiciones teóricas ni empantanarse en discusiones sobre hechos ya sabidos. En primer lugar hay que tener en cuenta que la dependencia de nuestro P. Comunista respecto de la Unión Soviética implica que su enfrentamiento con el imperialismo, y, por lo tanto, con el sistema, es inevitable. Desde luego, el enfrentamiento que procede del propio P. C. es muy variable, y depende no sólo de su reformismo estructural sino también de la política internacional de la URSS. Cuando ésta está dispuesta a transar, en aras de sus necesidades nacionales como potencia, la transacción de nuestro P. C. la acompañará. Pero no hay que perder de vista que en lo profundo, el enfrentamiento entre la Unión Soviética y el mundo capitalista es insoslayable. Y, a la vez, no hay que dejar de lado que si bien nues-

tro P. C. estaría dispuesto a caminar de modo reformista y lo más legalmente posible dentro de los carriles del régimen, éste no está dispuesto a permitírsele demasiado ni muy a menudo: en la misma medida en que el P. C. sea fiel al mundo socialista, será rechazado por el sistema y sus representantes. En esa misma medida, y con todos los inconvenientes señalados, el P. C. está de este lado en la batalla y no del otro. Aquellos marxistas que olvidan la importancia de la existencia del bloque socialista y su inevitable enfrentamiento con el bloque imperialista, para analizar al P. C. sin tener en cuenta eso, cometen un grave error político. Ya ni las discusiones ni los análisis pueden hacerse sólo en términos de internacionalismo o nacionalismo, de reformismo o revolución. La relación de fuerza ha cambiado en el mundo, y eso tiene consecuencias prácticas fundamentales.

Pero, hay que tener en cuenta otra cosa: el P. C. es con mucho el partido más fuerte de la izquierda, y, además, se beneficia directamente, en cuanto a imagen y prestigio, de su ligazón con la Unión Soviética. A sus filas acuden, por esas razones, en proporción mucho mayor que a cualquier otro grupo marxista, aquellos que quieren actuar contra el sistema. Esto aumenta por ahora, en cierto modo, el círculo vicioso en que está envuelta toda acción revolucionaria posible en nuestro país. Pero, a la vez, plantea ciertas posibilidades que hay que tener en cuenta: creada una política revolucionaria de suficiente peso, las contradicciones del P. C. se revelarán cada vez con mayor fuerza, y esto puede arrastrarlo a participar en la lucha revolucionaria, so pena de ser quebrado y fraccionado.

Por eso, no se trata de envolverse en disputas con el P. C., de crear frente a él "bloques de izquierda", sino de crear una fuerza antiimperialista activa de peso suficiente como para establecer un polo de atracción, y una organización revolucionaria suficientemente capaz como para impedir que esa fuerza antiimperialista se licúe o desvíe. Que todo el P.C. se acerca a ella, o que se fraccione, es otro problema.

Mientras tanto, el P. C. debe ser tratado como un aliado posible en la lucha antiimperialista, conociendo de antemano lo difícil que es tratar con él, no sólo por las razones apuntadas, sino también por su sectarismo. El P. C., en efecto, se considera a sí mismo "el partido", representante y expresión del proletariado, dirigente de la revolución. Eso no coincide con los hechos, pero impide al P. C. aceptar que tal vez en otra parte (en otro partido, grupo, tendencia) se esté elaborando la teoría revolucionaria aplicable a nuestro país y sugiriendo la práctica consecuente. Aún más: le hace imposible tratar a otros partidos u organizaciones en pie de igualdad, como camaradas en la revolución.

Nada impide, sin embargo, la colaboración con el P. C. en agrupamientos más amplios, por objetivos de reivindicación inmediata de la clase o por objetivos antiimperialistas. La dinámica de los hechos a que me refiero al hablar del socialismo tiene aquí aún más validez.

3) La superizquierda. En este párrafo están incluidos todos los grupos de izquierda que de un modo o de otro "mitifican" al proletariado, y aplican crudamente esquemas pensados para otras sociedades a nuestra actual situación, con la particularidad de que esa aplicación esquemática les suele dar un aire abstracto, totalmente desligado de nuestra realidad.

Sus diversos matices hacen imposible una descripción en detalle, pero resulta fácil reconocerlos en la acción: suelen unir una enorme, infatigable militancia de sus activistas, a propuestas prácticas inaplicables (huelga general por tiempo indeterminado del P. Obrero Troskista; comportamiento a partir de considerarse "el partido marxista-leninista" de Vanguardia Comunista). A esto suelen unir un desconocimiento total de la necesidad de contar con el poder burgués, tanto para enfrentarlo como para obtener grupos de aliados temporarios dentro de la burguesía, y, a la vez, una fuerte obsesión con el P. Comunista y una despreciativa apreciación de la dirección peronista y de la ideología nacionalista burguesa.

En los hechos, es muy difícil tratar con estos grupos, pues a pesar de su pequeñez se consideran "el partido", los únicos marxistas ortodoxos, y respecto de cualquier otro partido u organización obran como si ellos fueran los mentores de la revolución: establecen excomuniones, intentan imponer condiciones, etc. Una fácil iracundia en el trato con otros grupos de izquierda completa el cuadro.

4) La izquierda nacional. Con una sola excepción (la de Abelardo Ramos) la llamada izquierda nacional no ha intentado constituir partidos, y está formada por ideólogos dispersos, ya independientes, ya actuando dentro del peronismo (Puiggrós, Astesano, Hernández Arregui, etc.). Aun en el caso de Ramos no existe una elaboración que responda a una actividad colectiva, sino, en su conjunto, opiniones y actitudes individuales.

Con todo, es posible encontrar en ellos un común denominador: frente a las izquierdas tradicionales, que ignoraron las diferencias y contradicciones entre nuestros grupos burgueses, la izquierda nacional puso de relieve esas contradicciones y señaló el papel del nacionalismo burgués en nuestro país. Su propia dinámica los ha llevado, sin excepción, a exagerar ese papel, y a proponer una especie de "aceptación de lo dado": la esperanza en el liderazgo de grupos

burgueses, civiles o militares; la aceptación acrítica de la dirección peronista sindical y de su reformismo.

Tratándose de individualidades (aun cuando los acompañen grupos más o menos numerosos) las relaciones con ellos son útiles o no, posibles o no, según de quien se trate.

5) El practicismo. Al margen de toda elaboración ideológica especial existen diversos grupos de muy diferentes orígenes, con múltiples niveles de manejo expreso de las categorías marxistas, pero que se caracterizan por una actitud general: tratan de encontrar el modo de construir una salida para las condiciones específicas de nuestra sociedad, a través de continuos tanteos prácticos, en algunos casos acompañados de una constante reflexión (cuyo nivel no es del caso discutir aquí).

El exceso de practicismo lleva a algunos de estos grupos a ser incapaces de plantear una política diferenciada respecto de los dos polos de atracción que sufre la izquierda en nuestro país: el P. Comunista y el peronismo. Tal ocurre al actual P. de Vanguardia Popular, la rama subsistente más fuerte de lo que fue el Socialismo de Vanguardia. Esta actitud, aunque puede rendir éxitos relativos a corto plazo, imposibilita una política fructífera a largo plazo y de fondo. En efecto, comprender lo que significa el peronismo, elaborar una política especial para resolver lo que su existencia significa, no debe confundirse con ceder al peronismo, anegarse en sus mitos, no enfrentar a su dirección en el campo ideológico y práctico.

En otros casos, el practicismo va unido a vicios de arrastre del espíritu de la "vieja izquierda": disputas hirientes e inacabables con el resto de la izquierda, obsesión de enfrentar al P. Comunista, sectarismo más o menos disimulado, rencillas basadas en problemas ya casi puramente históricos que separaron a los grupos marxistas ortodoxos. Un ejemplo típico de esta actitud es Palabra Obrera, sin que algunos de sus ensayos, en particular el entrismo que practicó un tiempo en el peronismo, dejen de ser una experiencia útil a tener en cuenta. Precisamente por la constancia con que fue aplicado y por el fracaso a que arribó.

Pero a pesar de esto es evidente hoy que existen grupos socialistas que intentan encontrar el modo de operar sobre nuestra realidad con eficacia, resolviendo los problemas que hasta ahora han hecho inoperante a nuestra izquierda. Algunos de estos grupos han creado organizaciones políticas, otros se mueven a través de revistas y publicaciones. Y, conjuntamente con ellos, existen multitud de pequeños grupos casi de amigos y de individuos aislados. En total, nos encontramos aquí ante lo que podemos llamar el "clima de una nueva izquierda" (no todavía de una nueva izquierda real) abierta

a las experiencias, atenta a las experiencias y fracasos ya habidos, deseosa de salir del actual marasmo. Es difícil saber si de ese clima, que ahora existe, con sus rasgos actuales, pueden salir elementos reales para la creación de la nueva izquierda efectiva que la situación nacional exige.

Seguramente no saldrá solamente de allí. Se trata tan sólo de uno de los elementos que hay que tener en cuenta para la construcción real de una "nueva izquierda", de una de las bases posibles para ello. Otra, ya lo veremos, la constituyen los grupos y tendencias peronistas que de un modo o de otro tratan de superar las limitaciones de la actual dirección.

Estas observaciones no implican reconocer más que lo que existe: un "clima" favorable para una nueva política marxista. Pero no hay que desdeñar tampoco los peligros que acechan a estos grupos y corrientes:

El dilantismo y el cansancio, la falta de verdadera voluntad revolucionaria, puede llevar a que muchos de estos grupos se disuelvan o decidan acoplarse a alguno de los polos que hoy atraen a todo el que quiere hacer algo o, al menos, participar en alguna manera en la política activa: el P. C. y el peronismo. Esto es aún más fácil, desde luego, respecto de los individuos aislados y de los grupos no organizados, dada la debilidad que esa situación entraña. Pero también acechan otros riesgos: el populismo; o su contrario, el sectarismo; y, sobre todo, los restos de izquierdismo liberal, tan metido en la conciencia de nuestra izquierda.

Una ilusión recorre hoy particularmente a estos grupos de izquierda y a buena parte de la "izquierda independiente": la de que es posible construir una poderosa organización revolucionaria que cambie la actual relación de fuerzas, y aun el "partido revolucionario", por el acuerdo o la fusión de los diversos grupos que componen la izquierda, la "nueva izquierda" o algunos de ellos. Las posibilidades que nacen de algunas fusiones posibles entre grupos socialistas son, en primer lugar, apresuradas todavía: la heterogeneidad de orígenes y de posiciones, las diferencias teóricas y prácticas son aún hoy excesivas para permitir una acción en común fructífera que pase de los acuerdos parciales. Por otra parte, las ideas de fusión, o cuentan solamente a los marxistas y no a la izquierda peronista, o participan de la creencia de que es posible arrastrar a grupos peronistas a participar de esa fusión. Se trata de una errónea apreciación, en el primer caso, de la urgencia de las tareas a emprender hoy; y en el segundo, de una visión poco clara del atractivo que significa para la izquierda peronista el pertenecer a tan enorme movimiento de masas.

No existen hoy soluciones repentinas al problema de la revolución. Sin perjuicio de posibles fusiones parciales, que darían sin duda una mayor capacidad de acción, pero no más, otras tareas y no la fusión indiscriminada en sí misma están puestas en primer plano en el orden de prioridades: ante todo, la elaboración de una correcta teoría de la acción para la realización de nuestra revolución nacional, y la aplicación práctica consecuente y flexible de la misma.

Cada organización que postula ese objetivo es responsable de su cumplimiento. Al lado de esto, es necesario encontrar modos de acción en común concretos, no solo entre grupos socialistas, sino también con grupos de la izquierda peronista. Ello exige, a su vez, una franca y leal discusión que acompañe los acuerdos prácticos, para establecer la estrategia y las tácticas aplicables a nuestra realidad. Todo esto sin duda ayudará a elevar el actual nivel de lucha, sentando una de las bases para la modificación de la relación de fuerzas existentes.

Seamos bien claros: la organización o la fuerza que modifique por sí el actual estado de cosas no saldrá de la mera fusión de organizaciones y grupos de izquierda (comprendidos o no los peronistas de izquierda). Ese logro exige una tarea más trabajosa y compleja. Pero los acuerdos prácticos y la discusión teórica constituyen uno de los modos de contribuir a que ese objetivo se alcance. Pero también quiero hacer resaltar esto: tales acuerdos son útiles y deseables, pero no constituyen la única tarea útil, y aun pueden llegar a no existir sin que el proceso revolucionario fracase. Dicho de otro modo: útiles para la maduración del proceso revolucionario, esos acuerdos no son su condición. Si, por otra parte, no se logra una concordancia suficiente en materia ideológica, estratégica y táctica, es mejor que dichos acuerdos queden limitados al nivel de pactos parciales y limitados. "Golpear juntos pero actuar separados" es, en determinadas condiciones, todavía una regla excelente.

e)

Debido a las contradicciones que existen entre la dirección peronista y las necesidades de la clase obrera, en el marco de las actuales limitaciones para todo reformismo (burgués nacionalista o trade-unionista), dentro del peronismo aparecen simultáneamente una dinámica espontánea y grupos o corrientes concientes, que tienden a superar a su dirección.

En el primer caso se trata en general de explosiones locales, producidas en la lucha por reivindicaciones económicas, que se escapan de las manos a la dirección peronista nacional y aun a las direcciones regionales. Se han producido allí verdaderas invenciones de parte de nuestro proletariado, que incluso significan poner en cuestión el derecho de propiedad capitalista (ocupaciones de empresas con mantenimiento de la producción, rehenes, etc.).

El papel de la dirección peronista ha consistido siempre en "ordenar", en meter dentro de los límites del sistema esas experiencias. Y, a su vez, el carácter de éstas, limitadas al terreno sindical (vale decir, económico) y, todavía, circunscriptas geográficamente, impide que se constituyan en experiencias de la clase en su conjunto (lo que implicaría un salto hacia lo político).

El papel de las organizaciones revolucionarias consiste, precisamente, en participar en tales experiencias, organizarlas, adecuarlas, y extenderlas de modo conveniente. Esto no es posible sin que existan organizaciones revolucionarias que puedan dar sostén a esas experiencias, extraigan de ellas las enseñanzas necesarias, y las adecúen al ritmo y posibilidades de la lucha política. Se trata de uno de los medios indispensables para que las propias organizaciones revolucionarias aumenten su poder en la clase, por un lado, y, por el otro, de uno de los medios para que aumenten su influencia indirecta. Esto último contribuirá a la creación de una fuerza revolucionaria, más allá de la capacidad de la organización política, que dará las bases para el cambio de la actual relación de fuerzas.

Los grupos y corrientes que conciente y voluntariamente tienden a sobrepasar las limitaciones de la actual dirección peronista, presentan problemas propios, muy diversos entre sí. En algunos casos, en efecto, se trata de tendencias puramente sindicales; en otros, de grupos puramente políticos, de agitación y propaganda; y en otros, en fin, de conjunciones político-sindicales. Ni unos ni otros, sin embargo, han logrado hasta ahora constituir reales organizaciones, más allá de la apoyatura que a algunos grupos les dan los sindicatos, o más allá de la organización básica que pueden darse grupos poco numerosos de activistas. En ningún caso, por cierto, existe una dirección orgánica de carácter nacional, ni tampoco organizaciones sólidas más allá de ámbitos locales, con una política de conjunto. Más importante es, con todo, que ningún grupo o tendencia ha logrado crear una política independiente, con al menos líneas generales estratégicas, frente a la dirección peronista.

Esta situación tiene como consecuencia que la izquierda peronista, si podemos llamarla así, se ve casi imposibilitada de crecer, lo que a su vez la hunde en el círculo vicioso de no poder intentar

una política de masas real y a la vez propia, en el seno de un partido masivo: su política es, por supuesto, la de las masas cuando se confunde con la de la dirección oficial, pero esto es puramente pasivo, más aparente que real. Y esa política lleva al aislamiento cuando se opone o diverge de la dirección oficial.

Trabada por múltiples divisiones internas, asediada por las tentaciones del sistema desde afuera del peronismo, desde el aparato sindical y desde el propio partido, la izquierda peronista constituye, sin embargo, otro de los puntos de apoyo para la construcción de la fuerza revolucionaria que haría cambiar la actual situación. Una política de acuerdos especiales debe ser estructurada por eso con las corrientes peronistas que se diferencian "por la izquierda" de la conducción oficial.

Y he aquí planteado otro de los problemas originales con que nos enfrenta nuestro país, a través del carácter y características de nuestras izquierdas socialistas, de las diferencias que existen entre ellas, y de la existencia y carácter de las "izquierdas peronistas".

Repasemos un poco:

Algunas de las izquierdas son a la vez reformistas y no intentan siquiera construir una política que parte de la comprensión de la realidad nacional; otras se plantean objetivos revolucionarios, pero tampoco intentan instrumentar el marxismo para la actuación eficaz sobre nuestra sociedad, sino que se quedan en soluciones esquemáticas y ajenas; otras tratan de adaptarse, pero caen en el reformismo; y, finalmente, existen corrientes y organizaciones que tratan de plantear una política revolucionaria específica para nuestro país. Ya hemos visto que esto posibilita diversos grados de relaciones, que van desde la participación en acuerdos limitados y de objetivos prácticos y mínimos, hasta acuerdos más amplios, sino más estrechos.

El peronismo plantea problemas de relación especiales, y ya sabemos que algo semejante ocurre con ciertos grupos burgueses y de las clases medias.

Pero si el problema se limitara a esto, podrían ser válidas en sus líneas generales algunos esquemas estratégicos clásicos: a través de diversos tipos de acuerdos, pactos y alianzas, se iría construyendo, para decirlo también en términos clásicos, por una parte, un "frente de izquierdas" y, por la otra, un frente más amplio, el "frente antiimperialista" (o, para no entrar en discusiones que aquí no me interesan, "un frente democrático").

No importa en este momento determinar si se trata de frentes permanentes y orgánicos, o de sucesivos y variados acuerdos. De cualquier modo, nos encontraríamos con dos conglomerados diferen-

tes, aunque coincidentes en lo general, ambos marcados por la ideología: en el "frente de izquierda", los que participan de la ideología marxista; en el "frente antiimperialista", aquellos, y partidarios o grupos burgueses "progresistas".

Pero, ¿qué queda entonces de lo que hemos dicho sobre las izquierdas peronistas? Y, sobre todo ¿cómo meter en ese esquema a las "izquierdas peronistas"? Estas no pueden, rectamente hablando, ser consideradas marxistas en ningún caso, aunque en mayor o menor grado estén influidas por el marxismo, y aun algunas se declaren marxistas.

El que todos ellos acaten en última instancia la dirección de un individuo —Perón—, sin discusión interna, sin democracia en el real sentido de la palabra, es más, mucho más que un hecho político. Es un hecho ideológico de importancia fundamental. En efecto, el ser marxistas supone reconocer y exigir la igualdad de los individuos y, sin meternos en honduras, eso significa a nivel político que toda decisión debe ser discutida (elaborada por decisión colectiva) libremente por todos los miembros de una organización, al menos dentro de ciertos límites: militancia, jerarquía de dirección, etc. Tal cosa no ocurre, por cierto, en el peronismo. Pero, además, tampoco ocurre dentro de las propias tendencias rebeldes en su mismo seno, como resulta del grado de estructuración interna en que se hallan.

Esta incapacidad actual para la acción política racional impediría en principio acuerdos en igualdad de condiciones entre grupos peronistas "de izquierda" y grupos marxistas, lo que se liga en los hechos, y decisivamente, con la imposibilidad de los primeros para tomar decisiones autónomas de fondo.

Pero si de lo que se trata es de crear o ayudar a crear una fuerza revolucionaria eficaz para nuestro país, un objetivo de primer orden es lograr formas de acuerdo coherentes, profundas y orgánicas con la "izquierda peronista". Y subrayemos esto: tales acuerdos deben y pueden ser en igualdad de condiciones, no obstante lo que he señalado antes, pues a las limitaciones objetivas de los peronistas corresponden otras de parte de los marxistas. Efectivamente, las limitaciones ideológicas y prácticas de los peronistas no impiden que los mismos sean auténticos revolucionarios en cuanto postulan, no sólo la revolución nacionalista burguesa hasta sus últimas consecuencias, sino aún más allá, hasta la revolución socialista. Desde un punto de vista "ortodoxo" constituyen núcleos burgueses radicalizados, aliados naturales e íntimos de la revolución marxista. Y así deberían ser considerados si en nuestro país existiera lo que no existe: el partido marxista lucionario. Pero en la situación real, de los peronistas de izquierda como de cualquier grupo marxista revolucionario puede surgir la

revolucionario. Pero en la situación real, de los peronistas de izquierda revolución, el impulso decisivo para ella, o constituirse a su alrededor. Eso depende no de lo que somos ahora, sino de lo que lleguemos a ser, del modo como superemos las limitaciones que cada uno te-

Veamos ahora algunas consideraciones prácticas: en última instancia, la superación de sus limitaciones por los peronistas que ahora podemos llamar más cómodamente "revolucionarios", depende de su ruptura con la actual dependencia de Perón. Pero eso no implica la ruptura para hoy, sino que exige que establezcan una línea político-estratégica, se organicen seriamente, y actúen con eficacia en la propaganda, la agitación y el reclutamiento. Las organizaciones marxistas tienen semejantes problemas a resolver, en cuanto a la inserción de su actividad en la realidad concreta.

Precisamente, la solución de esos problemas por unos y otros, o por unos u otros, traerá un cambio significativo en la actual situación. Es imposible establecer reglas precisas para que ello ocurra; pero si puede asegurarse que ese cambio ocurrirá más fácilmente en unos y en otros si al esfuerzo de cada uno para lograrlo se suman del modo adecuado los esfuerzos, fuerzas y experiencias de los demás. Dado lo que he dicho antes sobre las izquierdas, es obvio que entiendo posibles acuerdos más estrechos entre peronistas revolucionarios y algunos grupos marxistas, que entre muchos de los miembros de la llamada "izquierda".

Es más: creo en unos casos imposibles, en otros inútiles y en otros rechazables los acuerdos indiscriminados entre la izquierda marxista, y necesario y posible el acuerdo entre algunos de los grupos marxistas y peronistas revolucionarios. Por eso no es conveniente hablar de "frente de izquierda", sino de "frente, tendencia o acuerdo revolucionario" lo que coincide más con la realidad y las posibilidades que se abren hacia el futuro.

Ya volveré más adelante sobre los modos prácticos como creo que pueden realizarse esos acuerdos, en base a la experiencia habida, y sin perjuicio de que experiencias superiores y más ricas indiquen otros modos mejores.

d)

Dicho de un modo muy general, los aliados posibles del proletariado son todos los grupos sociales que de un modo o de otro tienen contradicciones objetivas —de intereses— con el sistema. En ese nemos.

sentido, lo serían todos, salvo la gran burguesía, y la solución para nuestros problemas residiría en encontrar los modos adecuados para que funcionaran aquellas contradicciones y los puntos de contacto con el proletariado. De tal manera quedaría constituido un poderoso "frente antimperialista", dispuesto a barrer al puñado de burgueses y gerentes de empresas extranjeras obcecados en permanecer en el poder.

Esta visión eufórica se desprende del modo como son descritos los acuerdos circunstanciales que a veces se han logrado entre direcciones políticas de modo limitado, de la exagerada apreciación de algunas movilizaciones de masas de clase media, y del modo como se describe o da por supuesto que ha de funcionar "el frente antimperialista". No es extraño que el fracaso de las expectativas desanime a los militantes y sirva a los grupos superizquierdistas para darse por vencedores en toda polémica: ante la fantasía y el ridículo hasta ellos tienen razón.

¿Es posible establecer una estrategia eficaz para llevar a grupos burgueses y de clase media a la lucha contra el sistema, sin caer en esquematismos, sin fabricar ilusiones y fantasías, sin desvirtuar los objetivos de nuestra propia lucha?

La experiencia, aun la nacional, demuestra que sí es posible. Es posible, en determinadas circunstancias, llevar a grupos no proletarios, e incluso a partidos o sectores de partidos, a tareas en común de enfrentamiento al sistema. Algunas reglas y algunas prevenciones son, sin embargo necesarias.

En el actual estado de cosas, no se puede esperar que ninguna movilización que comprenda a sectores burgueses o de clase media vaya más allá de algunas reivindicaciones económicas que interesen a esos grupos o de alguna reivindicación antiimperialista. Tampoco se puede esperar que los acuerdos respectivos tomen forma orgánica y permanente. Lo lógico es que sean informales y transitorios. Esto se debe a un hecho clave, ya reiteradamente aludido en esta nota: no existe una organización revolucionaria que pueda servir de eje a una acción permanente y orgánica, que la aliente y sostenga, no ya que la dirija. Es más, ante esa falta, es posible que ocurran dos cosas, si la movilización se transforma en permanente por circunstancias especiales: que bien se desvíe y limite a objetivos puramente burgueses, y que, además, sea un grupo burgués quien dirija la movilización. La espontaneidad del proletariado lo llevará a aceptar el liderazgo burgués. Sólo la presencia de una fuerte organización revolucionaria puede modificar esa espontaneidad.

Se dirá entonces que no se ve la ventaja de impulsar o participar en las actuales condiciones en un frente de esta especie. Nada menos

acertado: si se está allí con claridad de objetivos, dispuesto a no ceder en cuestiones fundamentales, tratando de empujar con habilidad y audacia medida las coincidencias de fuerzas más allá de los objetivos burgueses o remarcando de entre éstos los que afecten más al imperialismo, y si se busca al mismo tiempo fortalecer las tendencias revolucionarias y marxistas, la participación en estos frentes será positiva.

Todo esto, bien llevado a cabo, significa participar en el juego dialéctico de fuerzas sociales tal como estas son hoy, contribuirá a modificar la relación de fuerzas, y permitirá el fortalecimiento de la propia organización. Nada de ilusiones, sí; pero tampoco nada de timideces, de miedo a actuar. Tal es la regla del político revolucionario, el arte de la revolución.

e)

Era habitual en el pasado la existencia de burgueses y miembros de las clases medias "progresistas", dispuestos a acompañar a "la izquierda" siempre que eso no implicara mayores compromisos de trabajo y abnegación, y, sobre todo, siempre que no comprometiera demasiado con problemas referidos a nuestro país. Desde luego, ese tipo de personas subsiste, y es necesario encontrar para ellas lugares de trabajo.

Pero, además, en este momento existe un vasto número de "independientes de izquierda" que son otra cosa: han militado o desean militar por la revolución. Y si no lo hacen en ninguna de las organizaciones existentes es porque se han tornado escépticos de sus posibilidades a través de su experiencia, personal o referida. Tal como son las cosas, por una parte somos nosotros, los revolucionarios los que tenemos que hacerles recuperar su fe, y, por otra, es preciso encontrar para ellos formas y lugares especiales de trabajo que permitan aprovechar sus esfuerzos en favor de la creación de una vasta corriente revolucionaria, uno de los objetivos de la hora.

Nos encontramos ante algo similar a lo que ocurre con grupos obreros que espontáneamente exceden a las direcciones sindicales, pero en este caso entre miembros, sobre todo, de las clases medias: la ineficacia de los partidos grandes y de la izquierda tradicional y la presión de las circunstancias los empujan a tratar de encontrar caminos para un cambio de la situación. Hay que ofrecerles lugares desde donde puedan ayudar a crear ese camino.

Esto da una idea de la flexibilidad que hay que usar en las actuales circunstancias: la mayoría de estos "independientes de iz-

quierda" son cuadros posibles de cierto nivel, lo que indica a la vez su utilidad eventual y lo difícil que será indudablemente el trato con ellos sin que estén encuadrados en una organización militante, pues tenderán al individualismo y a la dispersión de esfuerzos.

La única solución definitiva es, sin duda, crear el polo de atracción faltante: una política revolucionaria, la organización revolucionaria y la fuerza o movimiento general revolucionario. Mientras tanto, debe ser posible conciliar los esfuerzos de múltiples individuos independientes, sin contar con que entre ellos exista una disciplina rigurosa, ni organizativa ni ideológica. Sólo una acción permanente y clara, y una actitud de abierta y fraterna discusión, sin pretensión de imposiciones basadas en la cita de textos o de la mayor fuerza (tan relativa) permitirá aprovechar los esfuerzos de los independientes. Se dirá que esta sugerencia rompe con toda idea de trabajo disciplinado y orgánico, llevando a la indisciplina y al caos.

No lo creo así, y mi opinión está avalada por la experiencia: buscar el crecimiento y la disciplina de la organización revolucionaria y su actuación eficaz y disciplinada hacia afuera, no impide una real democracia interna ni la flexibilidad en el trato con otros. No se trata, en realidad, sino de instrumentar para este caso particular lo que he sugerido en el trato entre diferentes organizaciones, y entre éstas y otras fuerzas. No se me oculta que llevar seriamente este tipo de política exige una gran confianza revolucionaria, una terca voluntad, y una honestidad muy grande entre todos los que se propongan realizarla. Pero ¿qué otra cosa podemos hacer, qué menos nos podemos exigir? ¿Fantasear con que existe una realidad diferente y refugiarnos en ella? Para modificar la realidad, primero hay que aceptarla tal cual es, luego buscar los medios para cambiarla, y obrar como revolucionarios plenos, tomando la tarea de la hora sin hesitación, sin preferir otra.

ALGUNAS PROPUESTAS

I

Mi intento, a lo largo de este artículo, ha sido éste: he dado por supuestas las peculiaridades que proceden de pertenecer a un país dependiente, con características especiales aun dentro del conjunto del mundo colonial; en ese marco (al que están referidos toda una serie de supuestos y alusiones) he tratado de buscar cuáles son las condiciones y las necesidades actuales en nuestro país para establecer las tareas organizativas que exige el camino de la

revolución, EN ESTE MOMENTO. Es decir, no las tareas que surgen de los clásicos y de los ejemplos de otras revoluciones, ni tampoco las tareas que tal vez en algún momento sea necesario emprender aquí, sino las tareas que exige esta hora, el día de hoy, y los elementos que existen para llevarlas a cabo.

Es más, he tratado también de mostrar que algunas tareas que se dan por imprescindibles para la realización de la revolución, tal vez no lo sean tanto; pero que, en mi concepto, sí existen otras que son inexcusables: en particular, la creación de la organización política revolucionaria y de la fuerza revolucionaria que aquella impulse y de la que extraiga su fuerza, así como la de alianzas del proletariado con grupos de otras clases.

Creo que es éste el momento de resumir, aclarar y ordenar algunos de los conceptos utilizados, cuál entiendo que es la actual situación desde el punto de vista utilizado, y cuáles entiendo que son las propuestas de la hora, aun repitiendo algunas de las cosas que he dicho al pasar.

Veamos los dos primeros puntos, que exigen algunas aclaraciones:

En las izquierdas abunda en nuestro país la rutina y la soberbia. Continuamente se parte de los conceptos de "vanguardia" y de "partido", dándose por supuesto que cada organización o grupo son la vanguardia, y son o van a ser "el partido" de la revolución.

La idea de vanguardia supone que un grupo de intelectuales y obreros es el núcleo más lúcido, más activo y militante en el quehacer revolucionario, y que se halla a la cabeza de la clase, no necesariamente de modo organizativo, pero sí proponiéndole dirigiendo y llevando a cabo las tareas más adecuadas de la hora. Supone, además, que persistiendo en su acción, ese núcleo habrá de constituirse necesariamente en el eje y la dirección de la revolución, que el proletariado habrá de polarizarse a su alrededor. Es decir, que la revolución habrá de pasar por allí, y no por ninguna otra parte.

El "partido", el partido revolucionario, a su vez, es la cristalización de la vanguardia. Supone que UNA organización política es el centro exclusivo de elaboración ideológica, estratégica y táctica de la revolución; la única expresión y representación legítima del proletariado; y, a la vez, supone otros criterios más objetivos u objetivables: que realmente se trata de una organización de masas, con gran fuerza numérica, con arraigo en el proletariado suficiente como para encuadrar núcleos numerosos de la clase, y esto en lugares claves de la sociedad. La consecuencia es que "el partido", representante único de la revolución socialista, no admite —ni debe admitir— iguales en otros partidos u organizaciones, sean burgue-

sas o proletarias. Exige y trata de conquistar su subordinación, o, en el caso de que se trate de organizaciones proletarias, la disolución en su seno.

El concepto de vanguardia es en sí mismo correcto: todos los esfuerzos por la realización de la revolución deben llevar a agrupar a los individuos más lúcidos, activos y resueltos a fin de dar dirección al proceso y concretarlo, y en un momento dado del mismo, UNO o VARIOS grupos revolucionarios asumirán ese papel. Lo que no es correcto, por decir lo menos, es autodecretarse vanguardia, o, aun peor, "LA vanguardia", en una situación como la que existe en nuestro país y que he tratado de describir: partidos relativamente grandes pero reformistas, grupos numéricamente débiles que, en todo caso, se esfuerzan por encontrar el camino de la revolución. En estas circunstancias, considerarse "la vanguardia" no es más que pura soberbia. Tal vez en algún caso no sea más que expresión de la desconfianza en las propias fuerzas, síntoma de debilidad que trata de aparentar fortaleza. Este es un momento de experiencias, de tanteos, de formación, y por lo tanto de intercambio de experiencias, de uniones de prueba. La lucha es hoy, al mismo tiempo un aprendizaje. Para nosotros, los revolucionarios, para cada uno de nosotros, para cada grupo, para cada organización, no para otros. La vanguardia aparecerá en ese proceso, a través de él se irá formando, y los hechos, sólo los hechos, demostrarán como se ha formado, donde se ha polarizado.

Mientras tanto, no se trata de ser o no "la vanguardia". Se trata de ser los que trabajamos por la revolución, los instrumentos de la revolución. Y actuar "como si fuéramos la vanguardia" para asumir todos los deberes, todas las tareas, pero pronto a reconocer que otros están haciendo lo mismo... quizás mejor que nosotros. Dispuestos por lo tanto a aprender, a trabajar colectivamente, a compartir con todo aquel que asuma iguales deberes, la fraternal igualdad revolucionaria.

La cuestión de la necesidad del partido revolucionario, planteada y machacada por Lenin, se adaptaba exactamente a las necesidades y posibilidades de la Rusia pre-revolucionaria. Los que aquí insisten sobre su necesidad y eficacia suponen que se trata de un objetivo, por un lado, inexcusablemente actual, por el otro, necesariamente previo a la revolución. Dicho llanamente: sin la construcción del partido, que debe ponerse en primerísimo lugar, no habría revolución, y el partido hay que dedicarse a construirlo ahora, en las actuales circunstancias. ¿Es éso así?

Por una parte, la tarea de construir el partido no está dentro del horizonte actual de lo urgente y posible, y tampoco de lo nece-

sario. Si es, por supuesto, que se quiere construir el partido en serio, y no denominar así a cualquier cosa para darse el gusto.

No es posible pensar que a corto plazo (relativamente corto inclusive) se va a construir el partido, tal como lo he descrito, a partir de fuerzas revolucionarias tan débiles como las que existen hoy, tan dispersas, con tantas diferencias y resquemores entre sí. Toda unidad organizativa entre ellas sería imposible en este momento (y sólo una unidad más o menos total causaría un apreciable cambio). Y ninguna tiene la fuerza necesaria como para convertirse en polo de atracción suficiente de otros grupos.

Otras tareas son más urgentes, incluso para encarar luego, en condiciones adecuadas, la construcción eventual del partido. Ya las he ido mencionando a lo largo de este artículo: encontrar modos de hacer coincidir los esfuerzos de organizaciones y corrientes revolucionarias, establecer una teoría de la acción eficaz para nuestra realidad, difundir el marxismo en forma suficientemente masiva, nuclear alrededor de él (como ideología de acción, en la acción) grupos importantes del proletariado y de clase media, lograr prestigio ante las masas, organizar grupos de militantes y de apoyo en los frentes de masas, etc. Recién entonces se podrá plantear el problema del partido, pues sino estaremos poniendo el carro delante del caballo.

Autodecretarse "el partido" tendría todos los inconvenientes de autodecretarse vanguardia: impediría el diálogo múltiple, de igual a igual, entre grupos, que incluso tienen diferentes niveles de desarrollo ideológico y organizativo; dificultaría, por lo menos, las tareas en común; etc. La tendencia que hoy existe entre muchas organizaciones a autodecretarse "el partido" (ya formado o en embrión), el sectarismo, ya dificulta y traba bastante las tareas, manteniendo vivas las rencillas, agudizando los resquemores, y ayudando a presentar una imagen de debilidad y atomización.

Ya llegará el momento, si es que llega, y eso lo indicarán las circunstancias, de poner sobre el tapete, en serio, la cuestión del partido. Si es que llega. Pues aquí reside la otra faz del problema:

Puede ocurrir que, si el proceso revolucionario sigue determinadas líneas, el problema de la construcción del partido haya madurado cuando ya no sea el momento de dedicarse a él sino a la revolución en marcha, quizás a la lucha por el poder. ¿Que esto traerá problemas? ¿Que no ofrece la imagen de una revolución bien planeada, razonable y que deja mucho margen a la improvisación y a lo impredecible? Pero ¿quién ha dicho jamás que la revolución es algo simple y claro, ordenado de antemano, sin sorpresas e inconvenientes de todo tipo, ni nada librado a la improvisación? Solamente los burócratas, no los revolucionarios.

Ninguna revolución fue "ordenada", realizada según un esquema previo perfecto. En todas, el arte de los revolucionarios inventó soluciones para cada problema. En cada revolución problemas y soluciones fueron diferentes. Y, por cierto, si bien en todas estuvo presente la "organización revolucionaria", en muy pocas fue el "partido" un elemento determinante o aun existente. Al menos, no fue así en el sentido que lo decía Lenin. Y aun en el caso de la revolución rusa ¿no se superpusieron los soviets al partido? Y que esto no sirva ¡por dios!, para que nadie comience a proponer los soviets como nuestra solución. Ya alguna vez se hizo...

II

A

Al ir describiendo las condiciones que nos ofrece la situación actual, sobre todo políticas, y al desechar algunas propuestas vigentes y sugerir otras, me he referido continuamente a dos tipos de entidades: la organización revolucionaria, y la fuerza o movimiento revolucionario.

¿Qué quiero decir con eso?

En realidad, de una forma o de otra ya lo he dicho, pero conviene resumirlo aquí. La organización revolucionaria debe ser idéntica al partido revolucionario en cuanto a su estructura interna, democrática centralizada, pues debe estar formada por militantes en una pirámide del grupo o la célula a la dirección, de tal modo que permita tanto la elaboración colectiva como la acción. Sin ello, sin la existencia de ese tipo de organización, el proceso revolucionario no puede plantearse ni progresar.

Pero no es el "partido": no es, por lo pronto, una organización de masas, aunque sí debe ser lo suficientemente numerosa como para poder influir en las masas, movilizar sectores importantes de ella, y tener la fuerza bastante como para jaquear al poder. No sólo se trata de una cuestión de oportunidad, ya que en este momento no es posible dar el salto a la organización de masas, sino que, como lo he dicho antes, ese salto al tamaño de partido no es un requisito de la revolución. Pero no es eso sólo: la organización revolucionaria, a diferencia del partido, no es —no se considera— centro exclusivo de elaboración ideológica, ni representante único del proletariado. Admite la existencia o la posibilidad de la existencia de centros de igual jerarquía, y ello también en el sentido organizativo. En consecuencia, no sólo está dispuesta al diálogo y al acuerdo en igualdad

de condiciones, sino también a la fusión y aun a la disolución en otra organización, en el caso que esta hubiera alcanzado un mayor nivel ideológico, organizativo y de real eficacia.

En el estadio adecuado de su desenvolvimiento y de la lucha revolucionaria (hechos íntimamente ligados entre sí), la organización puede y debe llegar a ser no sólo la vanguardia de la revolución, sino también su eje organizativo, táctico y operativo, sin que sea posible prever nada sobre la posibilidad y necesidad de su transformación en "el partido de la revolución".

Pero un ejército de esta clase, por sí sólo, no puede llegar a enfrentar con éxito al poder imperialista y burgués. Esto, ya es un axioma, sólo puede llevarse a cabo con el apoyo del proletariado, el que a su vez necesita aliados fuera de su clase. Dicho de este modo, tal afirmación no pasa de ser una generalidad abstracta. En concreto, supone que debe formarse una vasta red de núcleos de militantes en los frentes de masas, de acuerdos y alianzas, de organizaciones paralelas, todo lo cual permitirá, en los momentos adecuados, apoyar las acciones en movilizaciones de grupos obreros y de otras clases que excedan la capacidad operativa de la organización revolucionaria. Esta red es la que constituiría la "fuerza revolucionaria", más compleja que un frente, más soldada a la revolución que éste, más capaz de accionar operativamente. Ello no excluye la formación de frentes de diverso tipo; al contrario, puede facilitarlos, aunque tal vez también suplirlos en algunos aspectos.

B

El cambio de la situación actual exige, como parte de las tareas para lograr la concreción de la organización y la fuerza revolucionaria, un trabajo múltiple y complejo que debe al menos cubrir:

- a) El análisis sin preconceptos de nuestra sociedad, y la elaboración de la teoría de la acción necesaria para lograr la modificación sustancial de la actual relación de fuerzas y el pasaje a la lucha revolucionaria por el poder.
- b) La elaboración de una adecuada estrategia política revolucionaria.
- c) La creación de múltiples centros de elaboración y de difusión ideológica, a todos los niveles y para los diversos frentes de clase.

- d) La formación de una corriente ideológica socialista, revolucionaria y nacionalista, de un poderoso "clima" ideológico, que sirva de sustento a la acción.
- e) Acuerdos para tareas en común entre los grupos marxistas revolucionarios y los grupos peronistas revolucionarios.
- f) Acuerdos con grupos burgueses nacionalistas (antiimperialistas).
- g) En los frentes de masas, obreros y de clase media, esto debería traducirse o tender a la creación de corrientes nacionalistas, revolucionarias y socialistas, que a su vez se aliaran en estructuras más amplias con grupos burgueses nacionalistas.
- h) Una acción consecuente propagandística y agitativa, que tienda a las movilizaciones de masas, apoyada en las reivindicaciones concretas de la clase obrera y, en general, de las clases populares, y en reivindicaciones nacionalistas. Estas últimas deben comprender reivindicaciones nacionalistas burguesas.

Ello indica una actividad teórico-práctica colectiva, en la que la acción no está destinada solamente a actuar sobre la realidad exterior, sino que debe revertir sobre la elaboración teórica tanto como ésta debe guiar a la acción. De la adecuada fusión de ambos elementos es que surgirá la teoría de la acción y la estrategia aptas para modificar el actual estado de cosas, tan desfavorable para las clases populares.

En escala aún relativamente pequeña, todo esto existe, lo que demuestra su viabilidad. Que llegue a concretarse en la escala necesaria, depende de nuestro trabajo, de nuestra persistencia, de nuestra honestidad y convencimiento revolucionario, de que sepamos extraer experiencias tanto de los éxitos como de los fracasos. No se trata de buscar recetas para la revolución, sino de proponerse y llevar a cabo una práctica consecuente y tenaz, pronta y dispuesta a la autocritica. Nada se construye sólo con sueños. Nada se construye en un día, sin sacrificios y sin esfuerzo.

Monthly Review

SELECCIONES EN CASTELLANO

Es una revista estadounidense fundada por Leo Huberman y Paul Sweezy... Ofrece mensualmente, una perspectiva precisa de los más candentes problemas de la situación social, económica y política mundial... Sus editores han sabido demostrar que es posible llegar a un vasto sector de lectores brindando información fidedigna indispensable para orientarse en las cuestiones más debatidas de nuestro mundo contemporáneo, tarea que cumplen con gran rigor científico y objetividad...

La versión castellana se propone derribar la barrera del idioma y hacer accesible a la mayor cantidad de gente posible la perspectiva abierta por *Monthly Review*...

\$ 60,— el ejemplar

Avda. Pte. R. Sáenz Peña 760 - 5º - 531. — Bs. As., Argentina

SUSANA FIORITO
JOSE VAZEILLES
ISMAEL VIÑAS

CONCENTRACION MONOPOLISTA E HISTORIA INDUSTRIAL

Desde que se desató la crisis industrial en 1962, un hecho apareció como dato dominante. Si bien esa crisis afectaba a toda la producción industrial, las grandes empresas sobreviven al naufragio, en tanto las empresas medianas y pequeñas desaparecen por centenares, barridas por el estrechamiento del mercado interno y por la debilidad de su propia estructura.

Apenas tres años después, a ese hecho viene a sumarse otro: Las grandes empresas no sólo han sobrevivido, sino que luego de pasar por un período de baja en la producción, han remontado la cuesta de la crisis, y hoy aparecen multiplicando sus índices de producción, ventas y ganancias. (*)

A primera vista nos encontraríamos aquí frente a un típico caso de concentración capitalista, en un todo de acuerdo con la conocida ley según la cual los momentos de crisis acentúan la tendencia general del sistema: reducción progresiva de la libre competencia, mediante la desaparición de empresas y la absorción del mercado por un puñado de productores.

O, dicho de otro modo: la monopolización creciente, en beneficio de un reducido número de empresas, que imponen su ley al mercado, destruyendo o (en el menor número de casos) absorbiendo competidores.

(*) En la elaboración de este artículo colaboró Rubí Subosky.

Pero esta impresión a primera vista ¿es real?, ¿en qué medida se cumple en nuestro país una verdadera concentración monopolista? Y aun suponiendo que, con los dudosos datos que puedan recogerse, se confirme esa impresión, ¿se cumple entre nosotros la regla de la concentración de capitales del mismo modo que en los países centrales? Contestar a estas preguntas a fondo exigiría una descripción histórica de nuestro desarrollo industrial y un análisis estadístico que exceden, en cuanto a lo primero, los límites de esta nota; y en cuanto a lo segundo, la posibilidad de disponer de datos suficientes, sobre todo con respecto a la actualidad.

Una investigación más profunda traería sin duda una nueva luz sobre problemas tan importantes como el de si existe o no una burguesía nacional. (2)

Pero aun limitándose a apuntar algunos de los rasgos de nuestra industria, de su historia y de las características de la crisis actual, es posible dibujar un cuadro que, siendo nada más que aproximado, puede servir de aporte a una discusión de primera importancia para comprender el proceso nacional.

CARACTERISTICAS DE NUESTRO PROCESO INDUSTRIAL

En los países capitalistas de desarrollo clásico, la concentración monopolista puede describirse esquemáticamente como una lucha entre empresas originariamente iguales que poco a poco va suprimiendo competidores hasta el establecimiento de mercados dominados por un puñado de sociedades económicas gigantescas, dueñas reales del aparato productor y del mercado.

En los países coloniales típicos, el esquema es completamente diferente: sociedades precapitalistas asisten al ingreso de grandes empresas extranjeras, que dominan omnímodas un mercado que manipulan a su antojo.

Nuestro país, en este aspecto como en otros, forma parte de una tercera categoría: Al ingresar plenamente en el mercado capitalista mundial (después de 1853) y al quedar convertida en provincia del imperio económico británico (hacia 1870) en la Argentina ya se ha desarrollado una burguesía local de tipo capitalista, sobre todo de base terrateniente, ganadera y comercial. Parte de esa burguesía fue barrida por la penetración imperialista, otra parte se asoció a los capitales imperialistas, pero otra subsistió como burguesía más o menos independiente, sobre todo en los sectores y las zonas más marginales. El proceso posterior es sumamente complejo, y nunca ha sido descrito correctamente en detalle. Pero,

muy esquemáticamente, y sin tener en cuenta los sucesivos ciclos de nuestro desarrollo, puede ser descrito así. El crecimiento del mercado interno y las solicitudes de los mercados exteriores, estimularon la inversión de capitales privados independientes en diversas áreas de la economía. Así se desarrollaron los primitivos ingenios azucareros mecanizados hacia 1879, las estancias originales, el frigorífico Terrasón de San Nicolás (1885), las fábricas textiles y de paño, los molinos harineros, etc. (3)

Los capitales monopolistas exteriores se asociaron a algunas de esas empresas (asociación con los hacendados de la oligarquía, con los ingenios) o desplazaron a los capitales independientes, ya sea por compra, ya barriéndolos del mercado (desaparición del frigorífico Terrasón, instalación de los frigoríficos ingleses —1883— y norteamericanos —1907). (4)

Pero, a la vez, esta situación se modifica, por el progresivo desarrollo del mercado, y porque los propios monopolios al crear nuevas fuerzas productivas y nuevas necesidades ayudan indirectamente a que aparezcan empresas independientes: nacen y se expanden los ganaderos medianos, crece la industria de la construcción, se desarrollan industrias artesanales y empresas industriales medianas.

Simultáneamente, los capitales monopolistas y sus asociados locales hacen inversiones en ciertos sectores de la industria, sobre todo de la alimentación, ya muy tempranamente: La Banca Tornquist funda en 1897 la "Refinería Rosario" y muy poco después la "Compañía Azucarera Tucumana"; en 1891 adquiere el frigorífico "Sancinena"; en 1897 participa en la fundación de "Cervecería Palermo"; en 1902 se asocia a los talleres metalúrgicos "Rezzónico, Ottonello y Cia", que luego de la absorción de la "Compañía Argentina de Hierros y Aceros de Pedro Vassena" (fundada como empresa independiente en 1880) dio lugar a "Tamet". Leng Roberts participa en "Bodegas Tomba" y "Bagley". Douglas Fraser and Sons absorbe en la década del 80 a "Fábrica Argentina de Alpargatas". Etc.

Las crisis periódicas del sistema capitalista (1872, 1890, 1914), obran por su parte de estímulo a la producción independiente, al desaparecer la importación de productos extranjeros, en forma temporaria, en un mercado continuamente creciente.

En gran medida las crisis modifican, pues, el desarrollo que podemos llamar "normal" de nuestra economía, al estimular a los capitales independientes. Pero se trataba siempre de interrupciones del proceso, no de cambios perdurables.

Terminada cada crisis, los grandes capitales invadían con más fuerza aún nuestro mercado, repitiendo el proceso: asociación con algunas empresas, adquisición de otras, destrucción de la mayoría,

creación de nuevas empresas de capitales monopolistas o dominadas por ellos. Un caso característico es "Di Tella", que en 1927 se asocia a la Westinghouse, transformándose en "Sociedad Industrial Americana de Maquinarias Di Tella", y que ahora aparece ligada a British Motors.

El caso no es único, por supuesto, y se repite en cada ciclo: "Fábrica Argentina de lápices" se asocia a "Eberhard Faber Pencil Co", EMA a Remington Rand, etc.

Llegamos así a 1930. De nuevo la crisis, al limitar el comercio internacional, obra a modo de estímulo de la producción, particularmente en la industria manufacturera. Pequeños y medianos capitales independientes se establecen, y se amplían empresas ya existentes, favorecidas por un proteccionismo de hecho. El valor de la producción industrial aumenta el 62 % entre 1937 y 1946; el número de obreros ocupados aumenta en el 75,4 % entre 1937 y 1946; el volumen físico de la producción aumenta en un 53,7 % entre 1937 y 1946. El número de establecimientos de más de 10 obreros pasa de 430.143 a 770.541 entre 1937 y 1946. De cada 100 establecimientos existentes en 1935, 25,2 han surgido durante los años 1931-35. De cada 100 existentes en 1937, 31,2 han aparecido entre 1931 y 1937.

Pero no son solamente estos los capitales que se invierten en la industria, sino también los de los monopolios internacionales y los del Estado.

En el primer caso, es sobre todo notable lo que ocurre con los capitales alemanes, que se invierten en las industrias químicas, del acero y la construcción. Thyssen Lametal, Tubos Manessman, Inag. Sesna, Siemens, AEG, Osram, GEOPE, Bayer, Schering, se instalan o desarrollan en esos años. La penetración imperialista no se reduce a esos capitales: en 1934, Du Pont de EEUU e Imperial Chemical Industries crean Duperial, que a su vez se asocia con "La celulosa Argentina S.A.". (6)

La inversión de capitales imperialistas en la industria es, como hemos visto, un hecho antiguo, contemporáneo a la aparición del imperialismo moderno, del imperialismo financiero (1870), pero el imperialismo modifica sus formas de penetración con el tiempo, y, además se adecúa a los cambios de estructura de los países dependientes. En los primeros tiempos el imperialismo se orienta sobre todo a los servicios públicos, el agro, los empréstitos, el comercio y las finanzas. La década del 30 marca una reorientación hacia la industria propiamente dicha. Eso es particularmente notable en nuestro país: en 1909 los títulos de gobierno, los servicios públicos y las actividades agropecuarias representaban el 80,6 % de las inversiones. En 1953, las industrias de transformación y el sector co-

mercial y financiero representaban el 66 % y los servicios públicos el 26,3 %.

En el caso del Estado, es sobre todo el ejército el que se aboca a la formación de verdaderas empresas industriales. El golpe militar de 1943 no sólo continúa y aumenta esa tendencia sino que, al declarar la guerra a los países del Eje, con la consecuente incautación de la "propiedad enemiga", y al iniciar las nacionalizaciones, pone en gran escala las bases del estado empresario. El peronismo propiamente dicho, no hará sino continuar su obra. (6) Debe tenerse en cuenta que si esta política no modifica la concentración industrial en su aspecto material, sí lo modifica en cuanto a la relación de fuerzas, pues frente a los monopolios imperialistas aparece un fuerte sector de capitalismo de Estado.

Aquí es pues necesario hacer una aclaración: Si bien el desarrollo industrial durante el peronismo no mantuvo el ritmo de industrialización de la década anterior a 1945, y no se rompe la estructura tradicional, por primera vez aparece un gobierno que estimula y protege deliberadamente, por medios políticos, a la industria manufacturera una vez terminado el estímulo "espontáneo" producido por una crisis mundial y que aparece creando un "bloque de oposición" frente al imperialismo en relación al mercado interno, con las consecuencias correspondientes: regulación indirecta de precios, empresas subsidiarias que trabajan para el bloque estatal, etc. (7)

Por estos años tenemos muy clara la pirámide capitalista de nuestra industria, con una enorme base de empresas artesanales y semi artesanales, una gran capa de empresas medianas, y un reducido vértice formado por un puñado de empresas que dominan monopolísticamente el conjunto.

En 1946 encontramos 11.548 establecimientos que ocupan de 10 a 100 obreros, 1.264 que ocupan de 101 a 1.000 obreros y 64 que ocupan a más de 1.000 obreros.

El cambio posterior a 1950, que lleva al peronismo a abandonar el intervencionismo, en un retorno al libre-empresismo como modo de atraer lo que ya entonces se llamó "radicación de capitales", si bien ayudó efectivamente a que se establecieran nuevas empresas, no modificó el cuadro sensiblemente, pero marca ya la prosecución de la tendencia general de nuestra economía, tras la breve interrupción de una década: la concentración industrial prosigue, nuevamente en beneficio exclusivo de los monopolios extranjeros y de su asociado local, la gran burguesía. Las empresas extranjeras aumentan escasamente en número, pero crece su importancia real y relativa.

En 1954, encontramos 12.637 establecimientos que ocupan de 10 a 100 obreros, 1.345 que ocupan de 100 a 1.000 obreros y 88 que ocupan a más de 1.000. El censo de ese año nos permite darnos una idea de la concentración industrial existente: 88 establecimientos de más de 1.000 obreros producen el 17,5 % del total, sobre 151.799 establecimientos. 430 fábricas de más de 300 obreros producen el 33 %. Es decir, menos del 1 % de las fábricas producían más, por ejemplo, que 145.000 establecimientos de hasta 25 obreros. Considerada la producción según su monto en dinero, las 409 empresas mayores producían tanto como las 149.551 de menor tamaño. En cuanto al número de obreros, la concentración es coincidente: 234 establecimientos, que representan el 1,6 % de todas las que ocupan un mínimo de 10 obreros, emplean el 31,8 % de los obreros: (Se trata de los establecimientos de más de 500 obreros). Esta concentración es mayor si se atiende al papel de las sociedades anónimas. Estas poseen para 1954, 3.273 fábricas que ocupaban el 33,7 de todos los obreros y aportaban el 42,2 % de la producción. No se poseen datos para establecer a cuantas empresas pertenecían esas 3.273 fábricas, pero para 1937 los 2.294 establecimientos pertenecientes a sociedades anónimas correspondían a sólo 671 empresas. La concentración industrial es notable, superior relativamente a la de Estados Unidos, pero no sensiblemente superior a la de años atrás. Ya en 1936, 47 fábricas (0,1 % del total) emplean el 15 % de los obreros. En 1954, 1.126 establecimientos (0,74 %) ocupan el 39 % de los obreros y sólo 69 establecimientos (0,05 % del total) aportan el 20 % de la producción. Los establecimientos con más de 500 obreros han pasado de 108 en 1937 a 234 en 1954, representando respectivamente el 28,5 y el 31,8 del total (sin contar los talleres de menos de 10 obreros). (*)

LA SITUACION ACTUAL

Es la caída del peronismo y la liberalización posterior a toda marcha de la economía lo que modifica el cuadro. Pero no en un sentido tendencial, sino solamente cuantitativo. Es decir que se mantiene el cuadro de una fuerte concentración capitalista industrial, formada por la pirámide clásica: un puñado de grandes empresas en la cúspide, que realizan la parte preponderante de la producción, absorben la mayor parte de la mano de obra y dominan el mercado: una capa de empresas medianas, y una extensa base de empresas chicas, que van desde pequeños establecimientos a simples talleres artesanales, con uno a diez obreros, que en muchos casos son miembros de la familia del patrón y no verdaderos asalariados.

Pero el proceso de crisis comenzado en 1950 y desatado agudamente a partir de 1961, ha introducido cambios cuantitativos en el cuadro. En efecto, ese proceso, si bien afectó a toda la producción industrial ha incidido sobre todo a partir del primer nivel de empresas medianas.

La crisis, por cierto, ha afectado a todos los niveles de empresas. Pero los grandes capitales pueden sobrepasar la coyuntura de depresión, no sólo debido a su mayor capacidad financiera sino porque pueden utilizar en grandes cantidades el capital de los ahorristas, tanto directamente a través de la emisión de acciones y su venta en la bolsa, como indirectamente, a través de préstamos baratos tomados en los bancos oficiales y privados. Las empresas menores no gozan —o gozan muy limitadamente— de esas ventajas. Deben recurrir en cambio a préstamos en dinero caro, lo que apresura su destino al crearles deudas ilevantables.

La desaparición de empresas menores es sin duda fabulosa en estos años, como se hace notorio por los síntomas: quiebras, desocupación. Pero es imposible saber con exactitud en qué medida real han desaparecido ya que no existen datos precisos. Aquellos que se poseen, referidos sobre todo al número de quiebras, son solamente indicativos e ilustrativos, pues muchas empresas no se presentan o no son llevadas a la quiebra legal, sino que simplemente desaparecen, y al revés, muchas quiebras decretadas son levantadas una o más veces por la misma empresa, no anotándose estadísticamente en ese caso sino una vez.

Existe la impresión generalizada de que la crisis ha afectado sobre todo a las empresas medianas, sobrellevándola mejor los pequeños talleres. Es probable que sea así, aún cuando no existen datos suficientes para asegurarlo. De cualquier modo, y por su valor indicativo es útil tener en cuenta que las quiebras mantenidas en un nivel anual estable desde 1941 a 1950, pegan un salto apreciable en 1951-52, otro en 1961 (con un pico interno en Mayo de 1962), bajan en 1964 y se mantienen en altos niveles desde entonces.

(Damos los valores en pesos de cada año —1ª columna— y en pesos constantes de 1958, teniendo en cuenta el índice del costo de la vida, excluido el alojamiento —2ª columna—. Ninguno de los dos criterios permite relaciones exactas, pero dan un panorama sumamente ilustrativo):

1941	57.805.406,64	940.000.000,—
1942	54.257.418,39	830.000.000,—
1943	51.424.806,76	760.000.000,—
1944	42.268.139,76	612.000.000,—

1945	60.155.755,30	750.000.000,—
1946	37.609.184,67	385.000.000,—
1947	42.566.776,40	375.000.000,—
1948	35.279.324,92	272.000.000,—
1949	73.124.823,06	420.000.000,—
1950	37.406.935,66	167.000.000,—
1951	127.335.544,71	415.000.000,—
1952	527.503.820,21	1.210.000.000,—
1953	519.472.919,51	1.160.000.000,—
1954	687.917.880,21	1.460.000.000,—
1955	672.537.496,81	1.270.000.000,—
1956	406.202.101,61	680.000.000,—
1957	881.428.909,41	1.160.000.000,—
1958	600.359.785,41	600.000.000,—
1959	826.708.336,56	410.000.000,—
1960	1.845.435.022,51	740.000.000,—
1961	2.770.367.742,—	990.000.000,—
1962	13.045.558.536,—	1.040.000.000,—
1963	13.988.894.947,—	890.000.000,—
1964	11.436.946.036,—	595.000.000,—

En 1965, para los primeros seis meses tenemos un total de quiebras de \$ 7.831.777.370 en pesos de este año.

A efectos comparativos, damos los datos mensuales de Enero a Junio de 1963, 64 y 65 (también en pesos de cada año).

1963	1964	1965
Enero \$ 677.833.196,—	Enero \$ 978.134.787,—	Enero \$ 453.597.332,—
Febrero \$ 860.277.097,—	Febrero \$ 1.335.927.577,—	Febrero \$ 740.858.030,—
Marzo \$ 1.310.726.065,—	Marzo \$ 689.035.492,—	Marzo \$ 1.660.146.812,—
Abril \$ 2.813.216.527,—	Abril \$ 1.010.764.745,—	Abril \$ 382.901.833,—
Mayo \$ 1.575.669.769,—	Mayo \$ 652.062.283,—	Mayo \$ 1.014.444.758,—
Junio \$ 924.087.848,—	Junio \$ 750.370.348,—	Junio \$ 3.579.828.525,—

Aquí vemos con cierta claridad la desaparición y las dificultades de firmas medianas, pero no, por supuesto, lo que pasa en el resto de la industria, sobre todo a nivel de las empresas menores. En efecto, el cuadro anterior muestra en uno de sus aspectos la persistencia de la crisis, y sí, a modo de ejemplo tomamos el monto total de las quiebras producidas de abril a junio de 1965 y lo dividimos por el número de quiebras, tenemos: \$ 4.977.175.116 dividido por 543 quiebras: \$ 9.166.068, lo que arroja el promedio de los quebrantos. (9)

Pero el panorama se completa (cualitativa sino cuantitativamente) si atendemos a lo que ha ocurrido al mayor nivel de la industria. En la industria manufacturera, el proceso de radicación de capitales se demoró brevemente entre los años 1955-58. Pero a partir de ese momento, el gobierno devuelve la mayor parte del complejo D.I.N.I.E., al mismo tiempo que pone en práctica una política ampliamente liberal respecto del capital extranjero: éste ocupa áreas básicas de la estructura (petróleo). Se expande en ciertos sectores, al mismo tiempo que inicia una rápida carrera de concentración de capitales mediante asociaciones monopolistas, y una feroz lucha competitiva (automotores). Se asocia a capitales nacionales (ACINDAR, ACINFER), o completa en un sentido horizontal asociaciones ya existentes (Siam-Westinghouse, vieja asociación que crea nuevas ligaduras: SIMCA), e incluso completa el círculo monopolista a través de más complejos acuerdos (SIAM-KAISER). En otros casos, en fin, se crean monopolios de hecho mediante "acuerdos de caballeros", que permiten barrer a competidores más débiles: Olivetti llega a un acuerdo con Kraft e IBM, por el cual Olivetti queda dueña del mercado de ventas de máquinas de escribir y calcular, a lo que renuncian las otras dos firmas. Esto permite a Olivetti barrer del mercado a productores menores, e impedir el ingreso de otros (SKODA, NUMERIA).

A este cuadro debemos agregar que algunos monopolios se ponen de acuerdo para explotar nuestro mercado en común: Simca-Gordini trabajan unificados; Citroen (y el gobierno francés) vienen en auxilio de Peugeot; Ford y General Motors encargan parte de su producción a Kaiser; Kaiser y Siam llegan a un acuerdo en ciertos renglones; etc. (10)

Pero todavía el cuadro se hace más completo si atendemos a que los monopolios realizan acuerdos e integraciones a nivel imperialista (Dupont-General Motors, por ejemplo) de tal modo que su actuación aquí ya está cartelizada afuera.

En resumen: a esta altura una vasta red de acuerdos cubre toda nuestra producción industrial, manejada en sus altos niveles por los monopolios asociados a la gran burguesía local. Esta red

se completa y complementa con la que existe en el agro, y con la constituida en el sector financiero: bancos y seguros, en los que el proceso ha sido análogo. La burguesía menor que sobrevive, o lo hace muy precariamente, o se ha asociado como apéndice a la red monopolista, o depende de ella en forma indirecta, como mera subsidiaria.

De todo lo dicho podemos extraer las siguientes conclusiones:

a) La estructura económica argentina es dominada muy temprana y rápidamente "desde adentro" por el imperialismo en asociación con la gran burguesía o burguesía oligárquica. Esa situación no ha sufrido nunca ninguna modificación.

b) Tal hecho no quiere decir que todo el aparato económico esté en manos de monopolios. Junto a ellos subsisten y aun se desarrollan productores independientes. Pero su situación es de debilidad relativa, y de subordinación. Tal es, por lo demás, la clásica estructura monopolista, que significa dominio del mercado, no presencia exclusiva de los monopolios.

c) Monopolización es en nuestro país, dominio de los monopolios extranjeros, directamente y en asociación con la gran burguesía.

d) Hasta 1930 los capitales extranjeros se invierten preferentemente en el agro o en relación con él, dominando así una economía preponderantemente agraria. Pero aun con anterioridad a 1930 se ubican también en la industria, dominando las empresas mayores. Después de 1930 las inversiones extranjeras se orientan a la industria coincidiendo con el cambio de nuestra estructura económica.

e) El dominio monopolista es, pues, constante, y la burguesía independiente o relativamente independiente ocupa siempre y únicamente los niveles inferiores; ganaderos medianos, industriales medianos. La cúspide está siempre ocupada por los monopolios extranjeros y la gran burguesía, su asociada. De ahí la debilidad de los intentos nacionalistas burgueses: yrigoyenismo y peronismo.

f) La concentración de capitales es constante: se agudiza, simplemente en los momentos de crisis interna. Esa concentración de capitales (monopolización) tiene en nuestro país caracteres propios, típicos de un país dependiente de nuestra especie, (no colonial clásico): se realiza con la participación preponderante, determinante y en beneficio de los monopolios imperialistas asociados a la gran burguesía local.

NOTAS

(1) La industria automotriz, por su concentración desde un principio y por su juventud (instalación en el país desde hace apenas una década) ofrece un cuadro clarísimo de lo que afirmamos: Las 26 empresas iniciales se han reducido a 12, y la producción, después de la caída de la crisis, ha vuelto a ascender. En el primer trimestre de 1962 se produjeron 34.526 unidades; en el primero de 1964, 26.518; y en igual período de 1965, 41.244 unidades. Todas, salvo Isard y Dinfia, aumentaron su producción.

Pero la verdad de la afirmación no se reduce a un ramo de la industria, aunque en otros ramos sea más difícil la constatación por la multitud de empresas medianas que impiden mostrar con claridad el proceso simultáneo de desaparición de éstas y de recuperación de los monopolios. (Esto sólo sería posible con un estudio exhaustivo, imposible de realizar con nuestros medios). Sin embargo, algo puede deducirse si se tiene en cuenta el aumento de las ganancias de las grandes empresas, que damos a continuación, y lo que ocurre con las quiebras, a que nos referimos más adelante: la ola de quiebras, que continúa, no impide la recuperación de los monopolios, sino que es la consecuencia del funcionamiento del sistema.

En efecto (y lo que sigue sirve a título de ejemplo simplemente ilustrativo, pues sólo se refiere a algunas empresas, y no está referido a términos iguales): CORCEMAR gana en los primeros 9 meses del ejercicio 1964-65, \$ 370.208.900, en tanto en igual período de 1963-64, ganó \$ 244.266.000. CINZANO, en el primer trimestre de 1964 ganó \$ 11.500.000; en el primero de 1965, \$ 31.957.400. CIMET, en el primer trimestre de 1964, \$ 48 millones; en el primero de 1965, \$ 135 millones. COFIA, \$ 1.106.700 y \$ 30.646.800. CUARETA S.A. (Volcán), ganó \$ 85 millones en 1963 y \$ 138 millones en 1964. CELULOSA ganó en el ejercicio 1964-65, \$ 1.221.030.328. DANERI ganó en los tres primeros meses de este año \$ 72 millones; en igual período de 1964, \$ 17 millones. Destilería Internacional OTARD DUPUY S.A., vendió en el último ejercicio \$ 320 millones, lo que representa un aumento del 40,8% sobre el ejercicio anterior. DOMEQ tuvo utilidades en 3 meses de 1965 de \$ 45.515.100 sobre un capital de \$ 170 millones. FABRICA ARGENTINA DE ALPARGATAS ganó 703 millones sobre un capital de \$ 3.600 millones en el ejercicio 1964-65. IPACO ganó \$ 246 millones en el segundo trimestre del ejercicio 64-65; en igual tiempo del ejercicio anterior, \$ 88 millones. LA EMILIA ganó en el tercer trimestre del ejercicio \$ 100 millones; en el anterior \$ 28 millones. PEREZ COMPANC ganó al segundo trimestre del ejercicio 64-65, \$ 73 millones; igual período anterior, \$ 38 millones. SQUIBB, en el primer trimestre del 65, ganó \$ 12 millones; en anterior ejercicio, \$ 3 millones. SNIAFFA, ganó \$ 224 millones en el segundo trimestre del ejercicio 64-65; el año anterior, igual período: \$ 68 millones. ACINDAR ganó \$ 11.358.100 en 1963, y este año alcanzó a \$ 151.414.600 en sólo el primer trimestre.

El caso de los bancos es sumamente ilustrativo. El Banco de Italia, sobre un capital de \$ 532 millones, ganó 423 millones al 31-12-64. El Nuevo Banco Italiano, sobre un capital de \$ 522 millones, ganó en el segundo trimestre del ejercicio 64-65, \$ 120 millones; en el anterior ejercicio, ganó \$ 55 millones con un capital de \$ 356 millones.

(2) Sin pretender entrar aquí a fondo en el problema, que exige un desarrollo especial, puede apuntarse esto: No existe un grupo burgués que se comporte continuamente como "burguesía nacional", nacionalista, antiimperialista. Tampoco existen grupos entre la gran burguesía que hayan tenido tal comportamiento en nuestra historia "moderna" (posterior a 1853). Sí existen grupos de la burguesía "mediana", no dominante, que en determinados momentos se comportaron como "burguesía nacional", entrando en conflictos (limitados) con el imperialismo, e intentando crear un mercado propio autónomo. Tal ocurrió con los ganaderos bonaerenses con Yrigoyen, y los industriales medianos con Perón. Pero tampoco esos grupos son constantemente nacionalistas o se comportan como "burguesía nacional". Además de ser de por sí ambiguos y tender a la conciliación y a la transacción, y de su debilidad relativa que les impide desarrollar una política audaz y coherente, su comportamiento cambia con las circunstancias nacionales e internacionales: cuando éstas le son propicias, aumenta su "nacionalismo", cuando éstas le son adversas se precipitan a la conciliación con el imperialismo. De tal modo, los ganaderos medianos fueron "nacionalistas" desde los alrededores del 900 hasta más o menos 1930-40 y conciliadores después, y los industriales medianos fueron nacionalistas entre 1943 y 1950-52 y conciliadores después.

Lo que no existe es una contradicción a este nivel entre la industria y los terratenientes, pues, como es bien sabido y tratamos de demostrarlo en este trabajo, la "oligarquía" y el imperialismo dominan la gran industria tanto como el agro.

La verdad es que esta discusión está llena de malos entendidos: Frente al Partido Comunista que ignoró durante decenios la existencia de grupos burgueses de comportamiento nacionalista (y llamó fascistas a Yrigoyen y Perón), la izquierda nacional (Astesano, Puiggrós, Abelardo Ramos, Hernández Arregui) "inventaron" una "burguesía nacional" de comportamiento continuamente nacionalista desde la colonia y una burguesía industrial como parte de esa "burguesía nacional". Trajeron así algunos datos esclarecedores a la comprensión de nuestro proceso histórico, pero introdujeron nuevas confusiones. Como oposición a éstas, aparecen las posturas de super-izquierda, que niegan toda existencia a grupos burgueses de comportamiento nacionalista, así sea limitado y temporario.

Por otra parte, el criterio objetivo para ubicar esos grupos burgueses de comportamiento nacionalista no es simple: No son todos los industriales, pues la industria dominante es imperialista. No son los que producen para el mercado interno, pues toda la industria produce para éste y muchos ganaderos nacionalistas de la época yrigoyenista producen para exportar. Tampoco el criterio de empresarios medianos basta, pues es muy difícil determinar estadísticamente su existencia: estancias chicas y fábricas relativamente menores pueden pertenecer en algunos casos (y de hecho es así) a empresas monopolistas o a la gran burguesía.

El criterio real es económico: empresarios no ligados al imperialismo por tener capitales independientes y estar en contradicción de intereses con aquel. Pero una determinación más o menos exacta exigiría investigaciones completas y profundas que no han sido efectuadas. Y aun así, el criterio apuntado no garantiza un comportamiento nacionalista por las razones aludidas.

A los fines de este trabajo, puramente indicativos, es estadísticamente válido diferenciar entre grandes empresas y el resto, puesto que es en aquellas donde se ubican los capitales imperialistas y la gran burguesía de preferencia, y no hay allí capitales independientes. Así mis-

mo, fuera de esas empresas (fábricas menores y medianas) los capitales independientes son mayoría. Llamamos empresas medianas a las que tienen de 100 a 1.000 obreros, pero quizás un análisis más fino debería limitarse a las que emplean de 100 a 500. Por eso combinamos ambos criterios en el trabajo.

(3) En 1873 se instala la primera fábrica textil, la "Sociedad Industrial del Río de la Plata", con 60 operarios, pero ya en 1890 existen tres fábricas de paño, una de las cuales, Dell'Acqua, da trabajo a 2.000 obreros. Ese mismo año se cuentan 156 molinos harineros a vapor, 7 a gas y 2 eléctricos. Según el censo industrial de 1887 existían 5.815 establecimientos con 42.321 obreros. Esto daría un bajo índice de concentración (7 obreros por establecimiento), pero tales cálculos carecen de validez para una economía incipiente como la de esa época: el dominio del mercado por los monopolios se refleja en la estadística de modo muy diferente en una economía dependiente de pequeños talleres como la de fin del siglo pasado, en una economía de mayor desarrollo capitalista pero dependiente como la Argentina actual, y en la economía de un país central. Las cifras son siempre indicativas; su significado hay que interpretarlo. De cualquier modo, debe tenerse en cuenta que para 1895 (2º Censo Nacional) aproximadamente el 8% de los establecimientos industriales representa el 60% de los capitales.

(4) El primer frigorífico inglés, "The River Plate" de Campana, se instala en 1883. Luego aparecen "La Negra" de Avellaneda (1885), "Las Palmas" de Zárate (1886), "Cuatrerros" de Bahía Blanca (1902), "Liebig's" de Colón (1902), "La Blanca" de Avellaneda, "San Julián" y "Río Gallegos" (1903), "Smithfield" de Zárate (1904), "La Plata Cold Storage" (1904), etc. En 1907 los norteamericanos invaden el mercado. Swift compra ese año los frigoríficos "San Julián", "Río Gallegos" y "La Plata Cold Storage"; y Armour "La Blanca". En 1910, Armour instala un frigorífico en Santa Cruz, y en 1913 Wilson compra el "Frigorífico Argentino".

En este caso como en todos los de esta nota, se dan sólo ejemplos a modo de ilustración, ya que enumeraciones más completas alargarían el artículo al tamaño de un vasto libro. Para completar el panorama, nos remitimos a la bibliografía citada en cada caso, y en general a los libros ya clásicos de Ricardo M. Ortiz y de Dorfman.

(5) Para una ampliación del tema: Luis V. Sommi "Los capitales alemanes en la Argentina", (1943), "Los capitales yanquis en la Argentina", 1949, Jaime Fucks "La penetración de los trusts yanquis en la Argentina, 1959. Para lo que sigue: Juan Carlos Esteban: "Imperialismo y desarrollo económico", 1961. Pero es ilustrativo seguir el monto de las inversiones extranjeras directas. En 1914 las inversiones inglesas llegan a 2.100 millones de dólares, las francesas a 600, las alemanas a 200. Ya en 1926, mientras las inglesas son de 2.100 millones, las francesas 425, las norteamericanas llegan a 600, las alemanas a 375. Según Dorfman, para 1947 los capitales británicos han descendido a 698 millones de dólares en virtud de la nacionalización, mientras las norteamericanas directas están estabilizadas en 600 millones, pero teniendo en cuenta las empresas subsidiarias la estimación es de 830 millones, y en 1950 si se toman las empresas "dominadas". Las estimaciones para 1959 establecen que el 31,1% del capital extranjero invertido en nuestro país era norteamericano y el 99,8 del capital extranjero estaba invertido en la industria, el comercio y actividades afines.

(6) En 1954 pertenecen al Estado empresas industriales que representan el 0,7% de los establecimientos, ocupan el 12,7% de los obreros y aportan el 10% de la producción total. En rigor de verdad, las nacionalizaciones comienzan en la época de Castillo (Puerto de Rosario), pero cobran impulso a partir de 1943. Luego de las grandes nacionalizaciones de servicios públicos (ferrocarriles, teléfonos, electricidad, transportes de Buenos Aires, gas y puertos) realizadas hasta 1948, se producen aún las de Bodegas Giol y grupo Bemberg.

(7) El período peronista, a partir de 1945 y aún más a partir de 1950 tuvo un ritmo de crecimiento industrial menor que el de los años precedentes. Si tomamos la base 100 para la producción industrial de 1950, tendremos la siguiente secuencia: 60,7 para 1939; 76,5 para 1945; 100,7 en 1948; 100 para 1950; 100,1 para 1954.

La modificación que introduce el peronismo es doble: por primera vez un gobierno protege e impulsa deliberadamente a la industria, y, sobre todo, trata de hacerlo con aquella de capitales no monopolistas. Antes del peronismo, es cierto, la gran burguesía había advertido la necesidad de la industrialización, pero no hacía distinciones entre industria de capitales independientes (nacionales o nacionalizados) y capitales monopolistas, "internacionales". A la vez repudiaba la presencia del Estado como empresario. Es ilustrativo al respecto ver como Leopoldo Lugones (vocero de la gran burguesía) apoya en "La grande Argentina" (1930), págs. 37, 38, 44, la industrialización, pero rechaza la intervención estatal, inclusive el monopolio de Y.P.F. Este carácter del peronismo es, precisamente, lo que diferencia su política hasta 1949 y la posterior: después de ese año se torna más y más libre empresista y acepta como necesarios también los capitales monopolistas. Tenemos allí prefigurado el posterior "desarrollismo" frondicista.

Sin discutir las causas, lo cierto es que las inversiones extranjeras revelan una franca baja durante el peronismo, como lo advierte Esteban op. cit. p. 69 "Fichas", desde opuesta perspectiva, lo reconoce implícitamente - N° 2, p. 64.

(8) La concentración industrial es incluso mayor que la de la propiedad de la tierra. El 2,4% de los propietarios poseen el 50% de todo el ganado vacuno y el 1% de los propietarios tiene en su poder el 70% de la tierra. En la industria, el 0,2% de los propietarios controla el 65% de la producción y ocupan el 50% de los obreros. Gino Germani, "Estructura social de la Argentina". Ed. Raigal, 1955, p. 181 "Fichas", N° 1, Abril 1964, p. 61; Esteban, (obra citada.)

No hacemos notar ni aquí ni en el texto de las últimas relaciones entre monopolios imperialistas —terratenientes— gran industria, porque el hecho no está referido directamente al tema. Por lo demás, ya ha sido señalado y documentado muchas veces y desde muchos ángulos, a partir de la obra ya clásica de Dorfman "Historia de la industria Argentina". Se trata, por otra parte, de un hecho lógico y obvio: imperialismo y gran burguesía aparecen asociados a todos los niveles y en todos los sectores de la economía.

(9) Este cuadro debe ligarse con los datos que damos en Nota 1 sobre ganancias.

Los "saltos" mencionados surgen con claridad del cuadro transcripto, salvo en lo que afirmamos respecto a 1962. Para ese año las quiebras mes a mes arrojan las siguientes cifras:

Enero	\$ 128.789.936	Julio	\$ 426.584.007
Febrero	439.858.768	Agosto	1.069.159.933
Marzo	447.141.478	Septiembre	1.796.890.292
Abril	511.911.043	Octubre	1.716.063.326
Mayo	1.070.704.311	Noviembre	2.370.613.286
Junio	2.211.183.076	Diciembre	856.659.053

(A pesos de ese año).

De lo expuesto se deduce la verdad de nuestra afirmación de que la crisis comienza en 1950 y luego no hace sino agudizarse paulatinamente. Resulta claro también lo irresponsable de las afirmaciones frondicistas, que tratan de ubicar la crisis después de marzo de 1962: el frondicismo se ubica en su centro. Lo dicho se confirma con otros datos del trabajo (a lo que resulta de la Nota 7 hay que agregar la caída de la producción en 1959, aún no totalmente recuperada).

(10) Como en todo lo demás, este modo de actuar no es inédito, sino que representa una extensión de modalidades anteriores. Recuérdese lo que se ha citado antes en relación al acuerdo entre Dupont e ICI para crear Duperial en la década del 30.

BIBLIOGRAFIA: Aparte de la citada en las notas, fue usada conjuntamente con ella y en forma comparativa, la bibliografía general común existente: Cafiero Antonio: Cinco años después - 1960.
Dorfman Adolfo: Evolución de la economía industrial argentina, 1955.
Ferrér Aldo: La economía argentina.
Naciones Unidas: El desarrollo económico de la Argentina (Cepal).
Ortiz Ricardo M.: Historia económica de la Argentina, 1955.
Portnoy Leopoldo: Análisis crítico de la economía, 1961.

LITERATURA Y SOCIEDAD

Año 1

No. 1

Crítica Literaria e Ideología: *Sartre, Gramsci, Luckacs, Della Volpe, Goldman, Salinari.*

Crítica Literaria en la Argentina: *Masotta, Sebrelí, Jitrik.*

Escritores de Hoy: *Pavese por Calvino.*

Poemas de: *Pavese, Szpumberg, Feüerbach.*

Cuentos: *E. Hemingway, N. Bertol.*

Sartre: *Un análisis del teatro burgués.*

Lefebvre: *Chaplin, Brecht y la vida cotidiana.*

"Amenaza": *Acto único de Wesker.*

Ediciones del Movimiento de Liberación Nacional

En Venta

POR QUE NO DESPUES DEL 12 DE OCTUBRE. - *Ismael Viñas*

¿Qué es el Radicalismo del Pueblo?

¿Podía predecirse en 1963 que Illia terminaría apaleando obreros, interviniendo la CGT y cediendo al FMI?

Este folleto lo demuestra. - *3a. Edición.*

LINEAMIENTOS POLITICOS DEL MLN

Una exposición ágil para la propuesta política de una organización revolucionaria. - *5a. Edición.*

QUE ES EL IMPERIALISMO. - *H. Poggio y R. Reyna*

Una definición del imperialismo en términos comprensibles para el público no especializado, seguida por la descripción de la acción imperialista en nuestro país en el plano de la economía, de la política y de la cultura.

ESTRATEGIA EN LA UNIVERSIDAD. - *Ramón Alcalde*

La Universidad: ¿isla democrática, ¿trenza académica?, ¿coto de la oligarquía, ¿instrumento para la revolución?. Un partido político la analiza y define el papel que puede cumplir en el proceso de liberación nacional.

POLITICA Y SINDICATOS. - *José G. Vazeilles*

¿Son los sindicatos un instrumento revolucionario? ¿O se trata de establecer la relación entre la clase obrera y la acción revolucionaria?

Este artículo fue tomado de la Revista "Les Temps Modernes", N° 219-220, y lo que hoy publicamos es la primera parte, reservando, por razones de espacio, la conclusión del mismo para nuestra segunda publicación.

El trabajo forma parte del debate que se viene desarrollando alrededor de un tema: la nueva cara del Imperialismo después de la Segunda Guerra Mundial.

La hegemonía de los EE. UU. en el mercado internacional, el proceso de descolonización a nivel de lo político, el control del Imperialismo del mercado de precios, el hecho de que el Imperialismo se haga cargo del desarrollo industrial de los países semicoloniales, con su correlato: el papel de las burguesías nacionales en estos países; son los problemas frente los cuales están vueltos la mayoría de los trabajos contemporáneos alrededor del tema arriba mencionado. (*)

La implantación de fábricas, en los países semicoloniales, contribuye al desarrollo de las fuerzas productivas. ¿Es éste un hecho positivo o negativo? (Con la fábrica aparece el proletariado, pero también el patrón y la policía del patrón).

¿Habrá una nueva crisis del Capitalismo? De haberla, ¿provocará el derrumbe final del sistema, o por el contrario el Capitalismo no se cae solo?

De las respuestas a estas preguntas, se desprende una teoría para la acción. NUEVA POLITICA, cree entonces, en la importancia de esta discusión, y esto es, de alguna manera, un modo de proponerla.

- (*) M. BARRAT BROWN: After Imperialism.
SHIGETO TSURU: Ha cambiado el Capitalismo.
R. BANFI: "A propósito del Imperialismo de Lenin", Revista Storica del Socialismo. Set-Dic. 1964.
V. PARLATO: Introducción al Imperialismo face Superior del Capitalismo de Lenin, E. de Uniti. Milán 1964.
PIERRE JALEE: Explotación y subdesarrollo, Revolution, N° 12. 1964.
ERNESTO GUEVARA: "Conferencia de Comercio y desarrollo de Ginebra. 1964. Discurso pronunciado en el "Seminario Afro-Asiático", Argel. 1965.

El resumen de las distintas posiciones, se puede encontrar en el trabajo de Paolo Santi, "El debate sobre el Imperialismo, en los clásicos del marxismo", en "Crítica Marxista", Año 3, N° 3.

HAMZA ALAVI

EL NUEVO IMPERIALISMO

I

"El imperialismo anuncia el advenimiento de la Revolución Socialista", escribía Lenin en una época en que los corazones de los revolucionarios estaban llenos de la visión apocalíptica de una transformación social que debía seguir a la desintegración del capitalismo moribundo. El capitalismo de los monopolios iba hacia los últimos sobresaltos de su crisis general; el imperialismo era en el momento supremo de su evolución. Los movimientos de liberación nacional en los territorios coloniales constituían un factor importante del proceso revolucionario, ya que socavaban las posiciones del imperialismo y agravaban sus contradicciones.

Desde Lenin los combates de los movimientos de liberación nacional en los territorios coloniales han llegado a la conquista de la independencia, al menos de la independencia formal y a la liquidación de la dominación directa. Al mismo tiempo, ha surgido un grupo de Estados Socialistas que se sitúa sin equívocos, fuera de la órbita imperialista. Han pasado veinte años desde que comenzó, después de la última guerra, la liberación en escala mundial de los territorios coloniales. Si esta evolución significa el fin de la dominación colonial directa, la crisis final que debía marcar el fin del capitalismo de los monopolios y anunciar la era del socialismo todavía no han tenido lugar.

- (*) Este artículo fue publicado con el título "Imperialism old and new", en "Le Socialist Register 1964" dirigida por Ralph Miliband y John Saville (The Merlin Press, Londres). Amza Alavi es un economista pakistano residente en Londres, viejo jefe de redacción de "Pakistan today".

Dos series de preguntas se plantean.

En primer lugar, ¿en qué medida la expansión imperialista ha contribuido a mantener la dinámica capitalista? ¿En qué ha sido afectada por el acceso de los pueblos coloniales a la independencia? Si la expansión colonial juega un rol necesario en el proceso del desarrollo capitalista a causa de las aperturas que ofrece a los excedentes de capital —medio que permite conjurar la ineludible crisis de realización— el acceso de los territorios coloniales a la independencia ¿debe automáticamente provocar una interrupción brutal de la economía de los países metropolitanos? O bien las potencias imperialistas han encontrado su rejuvenecimiento al reducir la independencia recientemente adquirida por los antiguos territorios coloniales.

O bien, todavía, el capitalismo de los monopolios ha encontrado una dinámica nueva que le permite continuar funcionando, aunque la posibilidad de expansión colonial le haya sido cerrada.

Estas preguntas, que se refieren a las condiciones de la crisis general del capitalismo, son esenciales al estudio de la estrategia de la revolución socialista en los países metropolitanos.

Se puede mirar el mismo problema bajo el ángulo de los nuevos Estados que deben emprender hoy la transformación de su economía de tipo colonial. ¿Cuál es la realidad de este tercer mundo del cual se supone que ellos forman parte? ¿Qué tipo de relaciones se han instituido entre las potencias imperialistas y los nuevos Estados? Las viejas relaciones entre explotadores y explotados, entre el imperialismo y los habitantes de esos países, han cedido su lugar a una nueva era de cooperación, ¿o la ayuda es prestada y administrada según métodos apropiados para favorecer el desarrollo económico de las antiguas colonias? ¿Qué finalidades estrictas persigue el capitalismo del monopolio de los países avanzados al tratar con esos países, y qué medios utiliza?

Examinaremos algunos aspectos del debate sobre el imperialismo y el capitalismo contemporáneo que se han revelado en el curso de los últimos 10 años, y las preguntas formuladas serán estudiadas bajo la doble luz de ese debate y de la situación actual. Hoy, sin embargo, el debate puede ser tratado bajo otro aspecto totalmente distinto. Ha sido estimulado, ante todo por el hecho que, a pesar de ciertas crisis menores, la gran crisis económica —universalmente esperada inmediatamente después de la última guerra— no se ha producido. En segundo lugar, hubo el desafío lanzado por los defensores del capitalismo que afirmaban que una revolución social y tecnológica, había transformado la naturaleza de ese sistema. Hecho paradójico, a pesar de que ese debate se desarrolló a la luz de la revo-

lución colonial que estaba en pleno crecimiento, el rol del imperialismo o la importancia de acordar a su liquidación fue apenas destacada.

Pero, sobre todo es necesario comprender que este debate se ha desarrollado en medio del clima intelectual de la guerra fría y que lleva su marca. Hoy los cambios acontecidos en la situación mundial y más particularmente, la gran confrontación que se ha alzado en el seno mismo del movimiento comunista internacional han contribuido a situar esas preguntas en un contexto totalmente distinto.

El fondo del problema consiste en apreciar las condiciones objetivas que deben determinar la estrategia de los movimientos socialistas. La tarea de dichos movimientos se reduciría al fin de cuentas a la simple espera de la maduración de las condiciones objetivas si se estima que el crecimiento de las fuerzas objetivas —la agravación de la rivalidad interimperialista, la erosión de las bases del imperialismo consecutivo a la victoria de los movimientos de liberación nacional, la exasperación de las contradicciones internas del desarrollo capitalista— provocará ineludiblemente, y tarde o temprano, su caída dramática.

Pero la tarea de los movimientos socialistas aparecería como siendo a la vez inmediata y por otra parte imperiosa, si se admitiera que la crisis del capitalismo, tal como es, está ya en curso: no una caída dramática, sino una lenta deriva, hacia el estancamiento, enmarcado por la concentración cada vez más notable del poder de los monopolios en los países metropolitanos y la vuelta de la expansión de los monopolios en los países de ultramar.

II

Antes de examinar las obras contemporáneas relativas a ese problema, nos parece útil resaltar ciertos elementos de la teoría leninista. La base teórica para el análisis del imperialismo propuesta por Lenin es la teoría de Marx sobre las crisis de reproducción y de "realización". La piedra angular de esta teoría es el problema de la salida de los excedentes de capital que aumentan rápidamente, dada la disparidad creciente, inherente al sistema capitalista, entre las fuerzas productivas en expansión y el consumo limitado. Lenin ha examinado al capitalismo en una nueva etapa histórica, la del capitalismo de los monopolios que ha sucedido, como lo ha demostrado Marx a la etapa anterior fundada sobre la libre competencia.

En esta nueva etapa histórica, sin embargo el problema esencial seguía siendo el de la salida del excedente de capitales siempre cre-

ciente. Lenin hacía observar que la exportación de capitales que era un aspecto característico de esta nueva etapa, ofrecía ahora una salida al capital excedente y acordaba al capitalismo un respiro temporario retardando el momento en que sus contradicciones llegadas a su madurez, provocarían la crisis.

El poco espacio que Lenin le concede a este problema en su capítulo relativo a la exportación de capitales no disminuye en nada la importancia crucial del problema para la teoría de la crisis. Lenin escribía: "Un enorme excedente de capitales se ha acumulado en los países avanzados... Se supone que si el capitalismo podría desarrollar la agricultura... si podría elevar el nivel de vida de las masas... no se plantearía la cuestión de los excedentes de capitales... La necesidad de la exportación de capitales viene del hecho que, en un pequeño número de países ha llegado a un estado de sobresaturación... El capital no encuentra más un campo de inversiones rentable". (1)

Según Lenin el imperialismo (2), era la dominación del capital financiero. "El capital financiero, decía él, extiende sus redes sobre todos los países del mundo". En su polémica con Kautsky, Lenin señalaba que "el aspecto característico del imperialismo es precisamente, su esfuerzo por anexas **no solamente** las regiones agrarias, sino también las regiones más altamente industrializadas (Alemania, Bélgica, Francia, Lorraine), porque en primer lugar habiéndose realizado ya el reparto del mundo, los que desean una redivisión son llevados a tratar de poner la mano sobre todo tipo de territorio; en segundo lugar, uno de los aspectos esenciales del imperialismo es la rivalidad entre varias potencias que buscan la hegemonía, menos para ellas mismas que para debilitar al adversario y perturbar su hegemonía". (3)

Era claro entonces que la expansión era dirigida principalmente hacia los "países atrasados", donde la posibilidad de exportar capitales era particularmente atrayente en razón del nivel elevado de las ganancias debido a la escasez de los capitales (o poca cantidad de capitales), al bajo costo de la tierra y de las materias primas, y al bajo nivel de los salarios.

Se puede hacer aquí la distinción entre tres cuestiones ligadas a la teoría leninista del imperialismo. En primer lugar, se debe considerar el rol de la exportación de capitales en tanto salida ofrecida

al capital excedente que se acumula en el cuadro de una economía metropolitana y retarda así la crisis de "realización".

Para tratar esta cuestión, hay que examinar las condiciones de desarrollo de los países capitalistas avanzados y las diversas salidas que se ofrecen a la masa de los capitales en vía de acumulación. ¿La exportación de capitales es la **única salida posible**? Veinte años antes de escribir su libro sobre el imperialismo, Lenin había iniciado con los populistas una polémica que se instalaba precisamente en el problema de la posibilidad de "la expansión interior del capitalismo". (4)

El desarrollo del mercado interior, hacia observar, es posible a pesar del consumo limitado de las masas (o a pesar de la ausencia de desembocaduras exteriores) porque, para desarrollar la producción (para "acumular" en el sentido categórico del término) es necesario ante todo producir los medios de producción y, con ese fin, desarrollar el sector de la producción social que fabrica los medios de producción y, por consecuencia, **atraer allí** a los trabajadores que crean entonces una demanda para los artículos de consumo. Resulta así que "el consumo" se desarrolla de **acuerdo** con la "acumulación". (5) De esta forma, indica Lenin, la plusvalía acumulada podría ser absorbida, hasta cierto punto, gracias a la expansión relativa del sector productor de los medios de producción. Pero este no sería más que provisorio para el capitalismo, ya que, en última instancia, la expansión de la capacidad de producción no puede proseguir más que sobre una base restringida de consumo. Sin embargo se comprueba aquí que Lenin ha entrevisto dos alternativas posibles de expansión capitalista: la expansión interior del capitalismo a través de la expansión relativa del sector que produce los medios de producción y la expansión exterior del capitalismo a través de la exportación de capitales. La segunda cuestión, que no se debe confundir con la anterior, es la de la fuerza motriz que lleva a la expansión exterior del capitalismo (o la empuja). La teoría leninista reconoce aquí dos elementos: Uno es el crecimiento del capitalismo de los monopolios y su orientación por la hegemonía. El otro es la diferencia entre la tasa de ganancia obtenida en la metrópolis y el atractivo de una tasa muy superior garantizada por la explotación colonial. En la tesis de Lenin estos dos factores se combinan para

(1) V. I. Lenin, "El Imperialismo", Cap. IV (F.L.P.H., edición de Moscú) pp. 103-104.

(2) Ibid, p. 110.

(3) Ibid, pp. 155-156.

(4) V. I. Lenin, "El desarrollo del capitalismo en Rusia" (F.L.P.H., edición de Moscú), Cap. I.

(5) V. I. Lenin, "Una caracterización del romanticismo económico" (F.L.P.H., edición de Moscú, p. 44).

dar nacimiento a una fuerza poderosa que tiende a la expansión de ultramar. La cuestión es saber si los mismos motivos para la exportación de capitales existen siempre. Hay que preguntarse igualmente si el capitalismo de los monopolios ha elaborado nuevas formas de expansión de ultramar y juzgar la importancia relativa de esas nuevas formas respecto de la exportación de capitales. Esto será el objeto del capítulo V de nuestro estudio.

En tercer lugar está el problema de la naturaleza parasitaria del imperialismo y del rol del tributo sacado de la explotación colonial en tanto soporte la prosperidad del país metropolitano. Lenin no examinaba a fondo las consecuencias de la repatriación de la plusvalía sacada de los países coloniales que se agrega a la plusvalía ya acumulada en los países metropolitanos y para la que hay que encontrar una desembocadura.

Teóricamente, cuanto más grande es el "tributo", más grande es la dificultad que se les crea a ese respecto a los países metropolitanos. Toda estimación de las incidencias de la exportación de capitales debe por lo tanto hoy tener en cuenta las consecuencias de la reimportación del beneficio sacado de las colonias. Además, se llega frecuentemente a creer que el ingreso corriente que proviene de las inversiones de ultramar pasa largamente el monto de las salidas de capitales para las inversiones en el extranjero. No es bajo este aspecto, sin embargo, que los autores modernos han abordado el problema del "tributo" colonial. Palme Dutt examina el rol de ese "tributo" en la prosperidad de Gran Bretaña, e identifica lo que considera la crisis de Gran Bretaña con una caída brutal de ese "tributo".^(*) Barret Brown, critica a Palme Dutt sobre este punto.

Sostiene que en los años de post guerra los ingresos provenientes de ultramar "han apenas alcanzado el nivel de los años treinta, años en los que Gran Bretaña estaba lejos de ser próspera". Pero este es precisamente el razonamiento de Palme Dutt. En realidad, todo el debate entre Palme Dutt y Barret Brown, se dirige a lo siguiente: el primero ve en la situación de postguerra un periodo de crisis imputable a una baja del monto del "tributo" colonial, mientras que el segundo considera este periodo como una fase de prosperidad basada en los factores nacionales de crecimiento, en comparación con los cuales el monto de los productos de ultramar es insignificante.

Barret Brown hace observar que haciendo la deducción de la remuneración de los capitales extranjeros en Gran Bretaña, el pro-

(*) R. Palme Dutt, "Gran Bretaña y la crisis del Imperialismo Británico" 1953).

ducto proveniente de los países de ultramar era apenas superior al uno por ciento del producto nacional; es difícil entonces aceptar que este producto haya sido la base de la prosperidad británica después de la segunda guerra mundial. En todo caso, la base sobre la cual Barret Brown calcula el monto del "tributo" y le da importancia para Gran Bretaña, es decir, el producto neto de las inversiones exteriores en tanto porcentaje del producto neto nacional suscita algunas objeciones. Ante todo, es del ingreso bruto de la inversión exterior lo que debemos tener en cuenta, y no una cifra obtenida de acuerdo de la deducción de los pagos en favor de los haberes extranjeros en Gran Bretaña, ya que este pasivo existe independientemente de la inversión exterior británica. Si el ingreso de las inversiones de ultramar, en sentido inverso, ha ayudado a Gran Bretaña a hacer frente a sus compromisos, esto se refiere al rol que han jugado los productos provenientes de la producción de ultramar en la economía nacional.

En segundo lugar, como lo demostraremos en la sección 5ª la transferencia de beneficios y dividendos importados del extranjero representan una parte solamente de los provechos sacados de las inversiones de ultramar. Fundamentalmente por razones de índole fiscal, una parte del producto exterior es "gastada" en la plaza en concepto de gasto de representación, de comisiones, de rentas, etc., y figura en el balance de pagos en el rubro de la compra de "servicios". Es necesario tener en cuenta también que una parte considerable de los beneficios es reimportada bajo la forma de un provecho monopolista realizado sobre el valor de las mercaderías vendidas en el extranjero en condiciones particulares, como se verá igualmente en la sección 5ª.

Así, también la cifra correspondiente al producto bruto de las inversiones sería una subestimación del valor real de ese producto. En tercer lugar, se debe considerar al producto de la inversión de ultramar como un complemento del excedente disponible acumulado en la metrópolis; sería entonces más indicado compararlo con la inversión interior neta más que con el ingreso nacional global. Surge de las cifras suministradas por Barret Brown que, en años de postguerra, el ingreso bruto de las inversiones de ultramar ha sido del 3,3 % al 4 % del producto nacional global y la inversión interior neta del 6 al 10 por ciento. Por lo tanto, el ingreso de la inversión de ultramar representa en Gran Bretaña una parte de ningún modo despreciable del excedente disponible para la acumulación de capital, inmenso si se basa sobre una cifra que nosotros consideramos una subestimación de la magnitud real del excedente proveniente de los países de ultramar.

La importancia de la corriente de los ingresos provenientes de las inversiones de ultramar es más grande todavía para esos países subdesarrollados de ultramar de los cuales se sacan esos ingresos. Para no hablar de los países extremadamente pobres del África, donde la mayor parte del excedente viene de un sector de la economía dominado totalmente por el capital extranjero, tomemos como ejemplo el caso de la India, que se puede considerar como la antigua colonia más completamente emancipada de una manera más completa del capital extranjero. De la India, el capital extranjero no retira menos del cuarto del total de los provechos sacados en el sector capitalista privado, como lo veremos más ampliamente en la sección quinta. En fin, resulta de las cifras provistas por Barret Brown⁽⁷⁾ que el porcentaje máximo de la inversión exterior neta por comparación con el producto nacional ha sido del 1,2 % en el período 1948/49; en otros términos, las exportaciones de capitales representaban una fracción solamente del ingreso sacado de los países de ultramar.

Es el primero de los tres puntos examinados aquí que retendrá principalmente nuestra atención en las dos secciones siguientes a saber: **El rol de la exportación de capitales en cuanto salida para el excedente acumulado en la economía metropolitana** y la tesis del derrumbamiento del sistema. El último problema —la amplitud del tributo tomado sobre los países de ultramar— concierne a esta cuestión en la medida en que las entradas correspondientes al “tributo” deben ser balanceadas con las salidas correspondientes a la exportación de capitales si se desea evaluar el efecto neto sobre el problema de la utilización de los excedentes. El problema de la vuelta de la expansión de ultramar será examinado en la sección quinta.

III

Desde el fin de la segunda guerra mundial, dos autores han abordado el tema del imperialismo bajo el punto de vista del rol de la exportación de capitales como soporte de la dinámica del desarrollo capitalista. John Strachey por su parte, estima que la exportación de capitales no tiene nada que ver con la dinámica del capitalismo contemporáneo y que, en consecuencia, no hay más motivo para la expansión de ultramar. Por el contrario Víctor Perlo considera la exportación de capitales como un factor primordial que ha per-

(7) Michael Barret Brown, “After Imperialism” (1963), pág. 236.

mitido al capitalismo americano hipertrofiado continuar funcionando.

Michael Barret Brown responde a las dos posiciones y pone en duda la validez del “análisis de Hobson” (y como consecuencia de Lenin) “que consideraba que el imperio era en función de las inversiones de ultramar, a su vez función del declinamiento de las posibilidades de inversiones interiores, causado por la falta de poder adquisitivo de las masas... Ni el fin del imperio, ni la parte creciente de los salarios en el ingreso nacional han puesto término a las inversiones de ultramar...”⁽⁸⁾

Víctor Perlo expone la posición ortodoxa al escribir: “es en los EE.UU., el más poderoso de los países capitalistas, que los factores inherentes a la decadencia imperialista se manifiestan de la manera más brutal. Si la inversión exterior americana se ha acrecentado desde 1930, el sistema de producción y sobre todo las ganancias de los monopolios gigantes, se han desarrollado más rápidamente todavía... Paralelamente el mercado interior civil inflado por su desarrollo durante la segunda guerra mundial ha cesado de desarrollarse y tiende a contraerse. La presión del excedente de capital disponible para la exportación es incomparablemente más grande que aquel de la que hablaban, hace 50 años, Hobson y el senador Beveridge”.

Los datos propuestos por Perlo no parecen, sin embargo, apuntalar esta opinión. El indica que la inversión exterior privada de los EE.UU. ha pasado de los 17 mil millones de dólares en 1930 a 19 mil millones en 1949, o sea, un aumento de sólo dos mil millones, cifra muy débil comparada con el aumento de 14 mil millones de dólares registrado en el período precedente, de 1919 a 1930. Es muy difícil llegar, sobre la base de estas cifras, a un crecimiento de las tasas de inversión exterior privada.

Desde la guerra, sin embargo, los capitales exportados por cuenta del gobierno de los EE.UU. han aumentado en enormes proporciones, y es necesario agregar esas cifras a las de la inversión exterior privada, si se desea obtener el monto total de las inversiones en el extranjero. Según Perlo, el gobierno de los EE.UU. detenta 14 mil millones de dólares de inversiones en el extranjero, pero en ausencia de todo dato complementario sobre esta cifra y sobre la fuente de la que ha sido obtenida, es imposible saber lo que encubre exactamente. De acuerdo con un estudio de la Balanza de Pagos de los EE.UU. efectuado por el Departamento de Comercio⁽⁹⁾, el monto

(8) Michael Barret Brown, “After Imperialism” (1963), pág. 236.

(9) Víctor Perlo, “American Imperialism” (New York, 1951), p. 31.

neto de la ayuda acordada por el Gobierno de los EE.UU. y el monto de las exportaciones de capitales a título gubernamental ha sido de 21.346 millones de dólares, de 1946 a 1949 inclusive. Pero este era un periodo excepcional para tales transacciones y, en los años que siguieron, su volumen anual se ha visto reducido a un nivel inferior que la mitad de la cifra citada.

Sin embargo, para ubicar a esta cuestión en su justa perspectiva, sería útil comparar la importancia de las exportaciones de capitales con las otras soluciones practicadas estos últimos años para utilizar el excedente disponible. Según un estudio de R. A. Gordon⁽¹¹⁾ que trata sobre el periodo 1929-1951, el porcentaje de las inversiones en el extranjero con relación con el producto nacional bruto no ha pasado del 1 % más que en el curso de los años 1938-40 (donde alcanzó el 2,2 %) y 1946-47 (donde alcanzó el 3,8 %).

En los años siguientes esta proporción ha sido bien inferior al 1 %.

En comparación, desde el fin de la guerra mundial, la inversión privada interna bruta ha variado entre el 13 y el 18 % del producto nacional, mientras que los gastos públicos han representado del 12 al 19 % y los gastos de consumo del 62 al 70 % de ese ingreso.

Está claro que las variaciones registradas en el monto de la inversión interior y los gastos públicos han sido, para la economía americana, factores mucho más importantes que la inversión en el extranjero que, en ese contexto, puede ser tenida por un factor que puede dejarse de lado.

Por añadidura, es necesario poner en la balanza, por un lado, las corrientes de los capitales saliendo de los Estados Unidos y destinados a la inversión exterior, y por el otro, las entradas de fondo representando la plusvalía sacada de los capitales americanos en el extranjero, que se agrega a los excedentes disponibles sobre el mercado interior de los Estados Unidos.

Según un estudio publicado por las Naciones Unidas⁽¹²⁾, "El monto de los beneficios y de los dividendos reimportados por las empresas americanas en el extranjero es a menudo igual y a veces superior a las salidas de capitales americanos destinados a las inversiones directas".

(11) R. A. Gordon, "Investment Opportunities in the U.S. before and after World War II". The Business Cycle in the Post-World. (Edit. Erik Lundberg 1955), p. 284.

(12) "El movimiento internacional de los capitales privados", 1956-1958. (UN Department of Economic and Social Affairs, New York, 1959), pág. 29.

De hecho, esto es lo que se extrae del balance de pagos de los Estados Unidos en el periodo 1950/1960, (inclusive): A salida de 20 mil millones de dólares a título de inversión exterior privada y de 23 mil millones de dólares de fondos públicos, corresponden a las entradas de un modo de 19 mil millones de dólares representando las colocaciones extranjeras a largo y a corto plazo y los 25 mil millones de dólares que representan el producto de las inversiones americanas en el extranjero.

Por las razones precedentemente indicadas, el monto del producto de la inversión extranjera es una subestimación del valor real de los ingresos sostenidos gracias a las operaciones comerciales americanas en el extranjero. En consecuencia, si se considera el problema en su totalidad, es forzoso constatar que las salidas de fondo correspondientes a la exportación de capitales son anuladas por las entradas.

Las observaciones de Palme Dutt concernientes a la vuelta de la exportación de capitales provenientes de Gran Bretaña desde el fin de la guerra, merecen ser tomadas en cuenta, ya que aclaran de manera significativa, la situación inmediatamente después de la guerra, y hacen comprender las razones de la exportación de capitales. "En los años que siguieron a la guerra, escribe, la política británica se ha fijado como principal objetivo la reanudación de la exportación de capitales, la reconstitución de la acumulación de capitales británicos de ultramar, hasta, a precio de una penuria de capitales en la metrópolis. (Subrayado del autor). Durante cinco años, de 1947 a 1951, inclusive, el monto de las nuevas inversiones efectuadas por Gran Bretaña en los países de la zona "Esterlina" han alcanzado 996 mil millones de libras.

Estas nuevas inversiones han sido realizadas en gran parte sobre una base artificial, por medio de préstamos simultáneos, impuestos a las colonias en el curso del mismo periodo, ya que las reservas en libras esterlinas en los países de ultramar pertenecientes a la zona "esterlina" han aumentado 460 mil millones de libras" (13). Palme Dutt describe así una situación diametralmente opuesta a la que es cuestión de la teoría leninista. Habla de exportación de capitales en las condiciones generales de una penuria de recursos en la metrópolis, mientras que Lenin entreveía la exportación de capitales en tanto que salida por los antecedentes acumulados en la economía nacional del país metropolitano. En segundo lugar, Palme Dutt insiste sobre el hecho que la exportación de ca-

(13) R. Palme Dutt, Op. Cit., p. 76.

pitales es contralanceada por la repatriación de la plusvalía. A este respecto hubiera podido considerar no solamente los aumentos en esterlinas, sino la corriente normal que representa "el tributo" extraído de los países de ultramar del que se habla en otros capítulos de su libro.

Palme Dutt sostiene que la acumulación de las inversiones de ultramar tiene por principal fuente de financiación la plusvalía extraída de la explotación de los pueblos coloniales. Escribe: "La base principal, en el origen, de las exportaciones británicas de capitales en la segunda guerra mitad del siglo XIX reposaba sobre las ganancias obtenidas por Gran Bretaña gracias a su monopolio de la industria y del comercio mundial. "La exportación" de capitales fue en realidad desde su principio una reinversión de los provechos obtenidos sobre el mercado mundial provenientes de la explotación mundial". Michael Barratt Brown utiliza lo extraído de las estadísticas citadas por A. H. Inmlah para formular una opinión parecida.⁽¹⁴⁾

John Strachey en *The end of Empire*⁽¹⁵⁾, toma como punto de partida el argumento leninista sobre el rol de la explotación de capitales. Strachey nota que la teoría del desarrollo capitalista de Marx que está en la base de la teoría leninista del imperialismo, postula "la miseria acrecida sin cesar de la masa de la población", que no permite la expansión interior de la economía capitalista, sin embargo, si se examinan los textos de Lenin sobre el "Desarrollo del capitalismo en Rusia", se comprueba que no es esa una manera exacta de presentar la teoría de Lenin o según este caso, de Marx. Strachey prosigue, sin embargo, en estos términos:

"El hecho es que la mayor parte de los economistas contemporáneos (pero no todos) rechazan la afirmación según la cual el capitalismo llegado a la madurez tendría tendencia a producir una plethora de capitales de inversiones, lo que insitiría a los inversores a buscar salida en el extranjero... El empuje imperialista puede simplemente explicarse por el hecho de que la posibilidad de realizar inmensas ganancias se ofrecen en el extranjero. Estas posibilidades enriquecedoras drenaban los excedentes acumulados en los países imperialistas; es inútil invocar "un empuje que se ejerce por detrás, ya que ese movimiento se explica por la insuficiencia de las ganancias obtenidas sobre las inversiones interiores".⁽¹⁶⁾

Parece que Strachey mismo no ha examinado todas las insidencias de su propia declaración. Ha llegado a sacar la conclusión un

⁽¹⁴⁾ M. Barret Brown, *Op. Cit.*, pp. 65 y 84.

⁽¹⁵⁾ John Strachey, "The end of Empire", (1959), p. 104.

⁽¹⁶⁾ John Strachey, "The end of Empire", (1959), p. 113.

poco prematura de que América no se comprometería en la vía de la expansión imperialista, no solamente por factores tales como el estado de espíritu antiimperialista (que, admite él mismo, no sería un obstáculo a la expansión imperialista), el crecimiento del nacionalismo en los países subdesarrollados y el contrapeso de la Unión Soviética y China, sino también porque la economía americana según él, ofrece a la expansión interior un campo tan vasto que no hay excedente de capitales a la búsqueda de inversiones más rentables⁽¹⁷⁾.

De hecho, tal argumento no tiene en cuenta los antecedentes del imperialismo americano, ciertos aspectos del cual serán examinados en el capítulo quinto.

IV

La conclusión que se saca de los resultados disponibles, ha saber, que la exportación de capitales no es el principal factor que ha contribuido a mantener la dinámica del capitalismo de postguerra, parece estar implícitamente contenida en lo esencial de la discusión sobre el capitalismo contemporáneo. Esta observación se aplica al primer gran debate sobre la teoría de la crisis que se desarrolla desde la guerra en el seno del partido comunista británico hacia fines de 1957⁽¹⁸⁾. Entre los factores que han jugado un rol en el "aplazamiento de la crisis" se ha citado:

- 1) Los gastos públicos consagrados a los servicios sociales y a la inversión pública, y, sobre todo, los gastos de armamentos.
- 2) Las inversiones efectuadas por las empresas nacionalizadas.
- 3) El impacto de la revolución tecnológica de postguerra y la expansión relativa del sector de la economía productor de

⁽¹⁷⁾ *Ibid.*, p. 113.

⁽¹⁸⁾ Maurice Dobb, "Post-war Development of Capitalism". *Economic Bulletin*, British Communist Party, vol. VI, N° 3.

Emile Burns, "Is the Crisis Theory Out of Data?" *Marxism Today* (Oct. 1957).

John Eaton, "Crisis Theory and Current Policy". *Marxism Today* (Nov. 1957).

Maurice Dobb, "Changes in Capitalism Since the Second World War", *Marxism Today* (dic. 1957).

Emile Burns, "The theory of Crisis-Reply to the Discussion", *Marxism Today* (Mar. 1958).

los medios de producción, uno y otro estimulados por los factores 1 y 2. Estos factores, tienen un lugar preponderante en el simposium publicado por el profesor Tsuru, bajo el título "¿El capitalismo ha cambiado?", al cual Baran, Bettelheim, Dobb, Galbraigh, Kronrod, Strachey, Syezy y Tsuru mismo han contribuido ⁽¹⁹⁾.

Barret Brown agrega otro factor, el efecto estimulante que ha ejercido sobre la economía británica el crecimiento de las exportaciones, crecimiento debido en parte a una modificación de los acuerdos comerciales en favor de los países productores de materias primas, traería como consecuencia la elevación del poder adquisitivo de esos países y su capacidad de exportación.

Nos resistimos a la tentación de emprender esta controversia que ha contribuido a una mejor comprensión de la dinámica del capitalismo contemporáneo. Digamos sin embargo, que después de haber examinado los argumentos relativos al funcionamiento ininterrumpido de los países capitalistas avanzados y de los mecanismos que han contribuido al "aplazamiento de la crisis", la cuestión de lo ineludible de la crisis final, queda en pie. La afectación de una parte de los recursos a los gastos de armamentos y las diversas formas de derroche público y privado inherentes al capitalismo absorben en parte la capacidad productiva en expansión. Pero esos factores no pueden más que alentar el ritmo del crecimiento económico; no pueden eliminar el crecimiento mismo en tanto se prosigan la inversión neta y los cambios tecnológicos.

Se afirma también que la expansión relativa del sector que produce medios de producción puede solamente ofrecer un respiro de corta duración, un aplazamiento de la crisis final: por su naturaleza misma, tal expansión de esta naturaleza no puede más que acelerar el ritmo de crecimiento económico y acentuar así la disparidad entre las fuerzas de producción en expansión y el consumo limitado que debería provocar una crisis.

Existe el derecho de interrogarse sobre la validez de estas explicaciones a corto plazo cuando se considera la expansión secular de las economías capitalistas. Ciertos marxistas advertidos extraerán de matices la predicción relativa a la crisis final del capitalismo. Nos pondrán en guardia contra toda interpretación mecanicista de esta teoría. Es necesario tener en cuenta dirán ellos, el efecto de las contratendencias que pueden provisoriamente contrabalan-

⁽¹⁹⁾ Shigeto Tsuru, ed. *Hass Capitalism Changed?* (Tokio, 1961).

cear las tendencias esenciales que obran en el sentido de la crisis final.

Argumentarán que no se puede preveer con precisión el momento en que la crisis se desencadenará; pero la ineludibilidad de esta crisis no puede ser puesta en duda. Todos esos argumentos son de poco peso cuando se considera un período, no de algunos años, sino de varios decenios. Hace cien años que Marx escribió su obra; y cerca de medio siglo que Lenin ha hablado del advenimiento de la revolución socialista. Tal prolongación de la vida del capitalismo requiere un análisis más profundizado de los cambios acontecidos desde entonces. Se busca a veces resolver la contradicción entre las crisis periódicas y el crecimiento secular del capitalismo recurriendo a la hipótesis —explícita o implícita— según la cual las crisis periódicas contribuirían a restablecer en alguna medida el equilibrio entre las fuerzas productivas hipertrofiadas y una capacidad de consumo limitada.

Es así que Emilio Burns escribió: "Ya que los provechos son convertidos en medio de producción, la capacidad productiva y el volumen real de la producción aumentan; pero el poder adquisitivo de la masa de la población no progresa en la misma medida y resulta de ello una discordancia entre la producción y el consumo. La crisis pone todo en orden y elimina las capacidades excedentes de una manera o de otra... ⁽²⁰⁾".

He aquí una hipótesis que requiere un examen más amplio. Dejarla de lado sería volver al hecho que en curso de los cien últimos años hemos asistido a una vasta expansión de la capacidad productiva (y de la producción) no solamente de los medios de producción, sino también de los de consumo. Este aumento de la producción de bienes de consumo ha sido acompañado por una elevación de los productos reales de la población lo que ha permitido a los capitalistas realizar gracias a la venta, el valor de esta producción crecida.

La teoría debe tener en cuenta este hecho y explicarlo. Es necesario agregar que el aumento de la capacidad de consumo puede ser obtenida no solamente por el aumento de los salarios entregados a los trabajadores encargados de la producción, sino igualmente por el crecimiento relativo de los trabajadores improductivos, es decir, de los que se ocupan de la administración, de la venta, de las finanzas, de la publicidad, etc. Es necesario también notar que una parte de la capacidad productiva en aumento es absorbida por el monto creciente del derroche público y privado (al cual se relaciona

⁽²⁰⁾ *Marxism today* (march 1958), p. 94.

el empleo del personal improductivo) que es uno de los aspectos más característicos del capitalismo contemporáneo.

No es entonces necesario esperar que el aumento de los salarios reales corresponde plenamente al crecimiento de la productividad de los trabajadores. Lo que es necesario, para mantener el meca- nismo capitalista en estado de funcionar es un aumento de los sa- larios reales suficiente como para absorber lo que resta de la ca- pacidad productiva crecida.

Baran cita las estadísticas establecidas por el profesor Barger, de donde surge que "El período 1909-1956 ha sido marcado por un alejamiento considerable entre el aumento de la productividad y el aumento de los salarios reales de los obreros productivos, mientras que el rendimiento por hombre y por hora de trabajo se ha elevado, en el curso de este medio siglo, de 277,1 por ciento para los obreros de producción, los salarios reales medios de esos trabajadores han progresado solamente en un 230 %... (21)"

En cuanto a nosotros lo que más nos llama la atención en las cifras citadas es el aumento efectivo de los salarios reales, sin el cual toda la expansión ulterior de la economía sería inconcebible. Tocamos aquí el punto más espinoso de la teoría marxista de los salarios. Hace algunos años Maurice Dobb, ha criticado "la inter- pretación de la ley llamada de la pauperización absoluta", que era recientemente defendida por los economistas soviéticos (que es to- davía defendida en Francia e invocada de tiempo en tiempo en ese país bajo la pluma de economistas marxistas sin que su validez sea puesta en duda...).

"A mi juicio, declaraba Maurice Dobb, es muy dudoso que Marx haya querido formular una ley de baja continua de salarios (la "Ley de la acumulación del capital", que es tratada en "El capital", hace referencia al crecimiento de un ejército de reserva industrial). Aunque hubiera sido así, él hubiera sido por cierto, el último en sugerir que tal tendencia pudo mantenerse sin sufrir el contrgolpe de la lucha de clases a través de la acción económica y política del movimiento obrero (22).

Así los marxistas comienzan a reconciliarse con el hecho de la elevación de los salarios reales. Es necesario darse cuenta entonces que admitir la posibilidad de un aumento de salarios modifica ra- dicalmente las implicaciones del modelo marxista. Marx sostenía

que el aumento de los salarios, al incitar a los capitalistas a in- currir a un más alto grado de mecanización, lograría la desocupa- ción tecnológica y ayudaría a reaprovisionar los efectivos del ejér- cito de reserva industrial. El aseguraba que la concurrencia cre- ciente de trabajadores en busca de empleo, consecuente con la deso- cupación tecnológica tendría por resultado una nueva reducción de salarios.

Esta posición debería ser revisada sin embargo, si se tiene en cuenta, no solamente el rol de los sindicatos en defensa del nivel de los salarios, sino también, igualmente en una conyuntura donde la acumulación se opere a un ritmo suficientemente rápido para que los trabajadores licenciados sean reemplazados en una economía en expansión. En segundo lugar, los efectos de la mecanización creciente y el aumento subsiguiente de la productividad permitiría un aumento de salarios, **sin por eso reducir la tasa de ganancias.**

Las incidencias de un trastorno tal de las premisas de la teoría marxista del desarrollo capitalista, —que se refiere únicamente al aumento de salarios proporcional al crecimiento de la productivi- dad, pero dejando de lado todos los otros aspectos de las modifica- ciones ocurridas en el sistema capitalista— son ricas en implica- ciones.

Estaríamos entonces en presencia de un sistema dinámico, en el cual la capacidad productiva se desarrolla rápidamente y en el que la capacidad de consumo puede acrecentarse de la misma ma- nera. Pero tal conclusión no ahorraría muchos otros cambios que se han producido desde la época de Marx en el funcionamiento del capitalismo de los monopolios.

Es justamente un error de ese género el que comete John Stra- chey (23), que reconoce, tema central de su argumento, que los tra- bajadores pueden obtener aumento de salarios. Pero deja de lado muchos otros aspectos del capitalismo contemporáneo, los cuales revelan otras contradicciones (nuevos puntos de vista) inherentes a ese sistema. La crítica del capitalismo contemporáneo debe ser dirigida contra las distorsiones y el derroche resultante de un sis- tema donde el consumidor no es más un ser soberano, sino un ob- jeto que manipulean individual y colectivamente (es decir, por el sesgo de la repartición de los gastos públicos) los que buscan salida de estas cosas para la venta de sus productos; de un sistema en el que se deja a la iniciativa privada el cuidado de determinar los planes de producción y de repartir las inversiones; y, sobre todo, de un sistema donde los imperativos de la concurrencia oligopolística

(21) Paul Baran, "Reflections on Under-Consumption", Shigueto Tsuru, Ed., Op. cit., p. 152.

(22) Maurice Dobb, "Some economic revaluation", Marxist quarterly (Ene- ro 1957).

(23) John Strachey, OP. Cit. Chap. VII.

impiden la explotación plena de todos los recursos de la ciencia y el progreso tecnológico. Una de las obras más remarcables escritas en esa perspectiva es el libro de Paul Baran ⁽²⁴⁾.

A pesar que se mantiene en la teoría de la crisis final, este autor no pone menos en evidencia las tendencias al estancamiento y a la distorsión de toda prioridad racional en la repartición de los recursos, que son inherentes al capitalismo contemporáneo. Yo mismo he propuesto una serie de argumentos que comprenden la crítica de Baran en un artículo titulado "¿El Capitalismo, puede sobrevivir?" ⁽²⁵⁾.

No pretendemos que el capitalismo no conocerá más crisis, ya que ese sistema es incompatible con las condiciones que la teoría postula como necesaria para el cumplimiento del crecimiento en la estabilidad. Decimos que una gran crisis catastrófica que provocará la caída del capitalismo **no es una fatalidad**.

Este cambio de perspectiva —de la teoría de la crisis final a la teoría del estancamiento— es importante ya que destruye ilusiones y complacencias. La tesis del estancamiento hace resurgir la importancia de la lucha conciente del pueblo por instaurar el socialismo. Las contradicciones del capitalismo no harán necesariamente eso por nosotros.

Traducción: RAFAEL A. FILIPPELLI

⁽²⁴⁾ Paul Baran, "The Political Economic of Growth" (New York, 1957).

⁽²⁵⁾ "Gordon Henderson" (Hamza Alavi), "Can Capitalism Survive?" Universities and Left Review (Verano 1957).

R. J. WALSH

JUEGOS DE GUERRA

A principios de este año, el semanario "L'Express" publicó la versión de una hipótesis de guerra presuntamente discutida en el estado mayor francés. La hipótesis está referida a 1970, fecha ideal en que se supone: a) que el general De Gaulle habrá puesto a punto su "force de frappe", b) que para entonces dicha "force de frappe" no será obsoleta, y c) que el "enemigo" aguardará amablemente a que a) y b) se cumplan. En líneas generales, el juego de guerra se desarrolla así:

El ejército soviético invade Alemania Occidental y la ocupa casi sin resistencia. Los estados mayores occidentales no prevén para este caso una respuesta atómica que devastaría Europa. El general De Gaulle, prevé justamente esa respuesta. En consecuencia intima a Moscú la retirada de sus tropas antes que lleguen a la frontera francesa. Moscú no responde. Veinte aviones franceses con sus cargas nucleares —la famosa "force de frappe"— despegan rumbo a la Unión Soviética. París prevé que quince de ellos serán derribados antes de alcanzar sus objetivos, pero los cinco restantes llegarán: a Moscú, Leningrado, Volgogrado, etc., y que antes de que eso ocurra la Unión Soviética cederá. Las previsiones se cumplen (siempre se cumplen, sobre el papel). Cuando las cinco máquinas supervivientes están cerca de sus blancos, llega la noticia de que los rusos se retiran. Todo el mundo exclama "¡Uff!" y se enjuga el sudor de la frente. Se ordena el regreso de los aviones. Europa está salvada.

—¿Esto es todo lo que pueden ofrecernos en materia de planes de defensa?— pregunta un oficial.

—¿A usted se le ocurre algo mejor?— responde agriamente el director del ejercicio.

El oficial no alcanza a formular la pregunta que, supongo, está en su ánimo. ¿Qué pasa si ahora, cuando la "force de frappe" está diezmada, los rusos retoman sencillamente su avance?

DOCTOR STRANGELOVE

La fruición de los juegos de guerra ha invadido las capitales occidentales hasta convertirse, casi, en un entretenimiento de sociedad. El último ha merecido su difusión simultánea durante el mes de junio en el "US News & World Report", en el semanario uruguayo "Marcha" y en una revista petrolera local ("Confirmado"). Aparece bajo la forma de un reportaje a Herman Kahn, "master strategist" del Departamento de Defensa y modelo vivo —según algunos— del cinematográfico doctor Insólito.

La palabra "juegos" no es peyorativa. Tiene un significado técnico preciso o, si se quiere, dos significados que se refuerzan. Al juego de guerra clásico se ha incorporado recientemente como método de análisis la teoría matemática de los juegos, elaborada a partir de 1928 por Von Neumann. Esto explica que el señor Kahn sea presentado como "matemático" e ilumina a **giorno** la terminología que usa. Por ejemplo: "En nuestros estudios estratégicos, nos ponemos en lugar de China y nos ponemos en lugar de Rusia. Si **jugamos** a los rusos, preguntamos: ¿Qué podemos hacer en Vietnam?"

DELIRIOS VIETNAMITAS

Y bien, ¿qué pueden hacer los norteamericanos en Vietnam? Mandar más tropas, dice el insólito señor Kahn. Con 10 a 20 divisiones es posible no sólo dominar al Vietcong, sino ocupar todo Vietnam del Norte. China no reaccionaría porque teme los bombardeos. Rusia no reaccionaría porque tiene problemas con China.

Planteada de este modo, la hipótesis es de difícil refutación. Tal vez un método de abordarla consista en examinar otros productos, más accesibles, del mismo cerebro que elabora ese enunciado. Le preguntan al señor Kahn como haría para dominar a las guerrillas del Vietnam. La fantástica respuesta dice:

"Tratar los problemas como si fueran, en parte, de tipo policial... La manera de quebrar una banda amotinada en una gran ciudad es capturar al jefe. Cuando lo reemplazan hay que capturar al remplazante y así sucesivamente. Lo que podríamos hacer en muchas áreas es infiltrarnos en el movimiento del Vietcong por los métodos clásicos: informantes, agentes dobles, mujeres despechadas, coimas y amenazas... Tenemos gente que podría hacerlo, muchos miembros de nuestros departamentos de policía o de los servicios de inteligencia..."

Nadie duda de que el método triunfaría si los guerrilleros vietnamitas operasen en los alrededores de Kansas City, y no en su propia tierra invadida. Otras afirmaciones en que el señor Kahn funda sus argumentos son un verdadero desafío a la semántica:

- a) "Los rusos son prudentes"
- b) "Los indochinos son antichinos"
- c) "Por lo que respecta a los problemas prácticos de conducir una guerra, Estados Unidos está en realidad más cerca de Vietnam que los Chinos"
- d) "Para la mayoría de los vietnamitas el Vietcong aparece como un títere de los chinos"
- e) "Los chinos son un pueblo muy cauteloso"
- f) "Los alemanes son cautelosos"
- g) "Los rusos no son un pueblo cobarde".

Creo que a partir de este tipo de frases totalmente desprovistas de sentido es más fácil juzgar la actividad mental del "master strategist", y por ende el "juego" que se apoya en semejantes datos.

EL CABALLO DEL CORONEL

La teoría matemática de los juegos es, por supuesto, una construcción seria. Su uso por cerebros mediocres puede dar resultados divertidos, que se vuelven peligrosos en cuanto se incorporan a la doctrina militar de una de las mayores potencias del mundo. Desde luego, el requisito esencial para que la aplicación de la teoría dé soluciones correctas es que las variables sean conocidas. No basta **jugar a los chinos** para convertirse en un chino. Pretender que los alemanes son "cautelosos" es burlarse de una historia reciente. Fingir que en Vietnam la delación puede funcionar a favor del invasor y no del invadido es, por lo menos, una idiotez. En rigor, los norteamericanos han carecido de información, o la han evaluado erróneamente, en los tres episodios claves de los últimos quince años: la reacción China junto al Yalu, el primer sputnik, el caso Cuba. En Vietnam los efectivos norteamericanos se acercan ya al nivel pro-

puesto por Kahn. Eso no ha impedido una ofensiva cada vez más firme de la guerrilla.

Queda, por último, un punto que Kahn se cuida de mencionar. En alguno de los juegos con que entretiene sus ocios y gasta la plata del Departamento de Defensa y el tiempo de los periodistas, no aparece un "saddle point", una solución unívoca. Según la teoría, la decisión se toma entonces introduciendo al azar mediante un simple golpe de dados.

Esto nos trae al mejor juego de guerra que yo conozco. Ocurrió hace ya varios años —cuando la caballería estaba compuesta por caballos y no por tanques— en nuestra escuela de guerra. Un victorioso coronel lanzaba sobre las últimas defensas enemigas una carga irresistible (en el papel), cuando el árbitro suspendió el operativo y adjudicó el triunfo al enemigo.

—¿Qué pasa? —preguntó el indignado coronel.

—Su caballo acaba de rodar —sentenció, inapelable, el árbitro.

Julio 1965.

Instituto de Estudios Argentinos

I. D. E. A.

Fundado en 1963, con el propósito de promover el esclarecimiento de los problemas argentinos y la consolidación de la conciencia nacional, ha desarrollado una intensa actividad (conferencias, cursos, mesas redondas) en la ciudad de Buenos Aires.

En 1965 ha iniciado el dictado de dos ciclos de conferencias también en las ciudades de Córdoba, Santa Fe y Rosario, con el siguiente programa:

ARGENTINA 1945 - 1965

LA POLITICA ECONOMICA	<i>Elena Rodríguez</i>
LA DINAMICA SOCIAL	<i>J. C. Portantiero</i>
LA HISTORIA POLITICA	<i>Ismael Viñas</i>
EL MOVIMIENTO OBRERO	<i>José Vazeilles</i>
LA LITERATURA Y SU PUBLICO	<i>Noé Jitrik</i>

PROFESION Y VIDA

PSIQUIATRIA Y CORDURA	<i>F. Pérez Morales</i>
ARQUITECTURA Y SOCIEDAD	<i>J. Molina y Vedia. R. Livingston</i>
TEATRO Y REALIDAD	<i>Norma Aleandro</i>
EDUCACION Y MAGISTERIO	<i>Alicia Nigro</i>

nueva
política

No. 1

Diciembre de 1965

Comité de Redacción

Susana Fiorito
Noé Jitrik
Eduardo Jozami
Juan Molina y Vedia
Juan Carlos Portantiero
León Rozitchner
Osvaldo Soraires
David Viñas
Ismael Viñas

Secretario de Redacción

Rafael A. Filippelli

Casilla de Correo Central 136
Buenos Aires, Argentina

*Publicación del Instituto de
Estudios Argentinos I.D.E.A.*

Precio del número \$ 100,—